



1

CCIC

1

BX175

A2

004371



1080015930



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



EL ATEISTA CONVENCIDO.

OBRA POSTUMA

DEL

P. D. RAFAEL ABOGADO,

PRESBITERO DEL ORATORIO DE S. FELI-

PE NERI

DE



MÉXICO.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



OFICINA DE DON ALEJANDRO VALDÉS.

AÑO DE

1828.



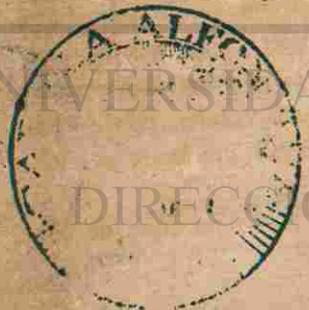
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

41557

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

BX 1751

A 2



FONDO FELIPE NERIO
VALVERDE Y TELLEZ

*Parecer del M. R. P. Dr. D. Manuel
Gomez, del Oratorio de S. Felipe Ne-
ri de esta Capital.*

SEÑOR PROVVISOR.

He visto con reflexion, y ecsaminado detenidamente la obrita que V. S. se dignó remitir á mi censura. Sobre ella no debo decir mas, sino que es tan honrosa para su autor, como su edicion será provechosa y útil al público. Combate vigorosamente el Ateismo, y lo persigué hasta sus últimos atrincheramientos. La sencillez y claridad del estilo son cualidades que la hacen mas recomendable: pues á mas de ser por estas circunstancias proporcionada á la capacidad é inteligencia de todos, se ve que la verdad truيفا, no por el adorno y el afeite, sino por su natural fuerza y hermosura. Con esto está dicho, que la obrita nada contiene contra la fe y buenas costumbres, y que, si V. S. lo tiene á bien, puede conceder la licencia que para su impresion se solicita.

Oratorio de N. P. S. Felipe Neri de México, y marzo 5 de 1828.

Manuel Gomez.

004371

LICENCIA DEL ORDINARIO.

México marzo 6 de 1828.

Visto el dictámen que antecede, concedémos la licencia que se pide para la impresion de la obra que en él se espresa, con la calidad de que salga en él tambien dicho dictámen; y con la de que antes que salga á luz, se coteje con su original por el R. P. aprobante. Lo proveyó el Sr. Provisor y Vicario general de este Arzobispado &c.

M. Bucheli.

Nicolás de Vega,
Notario oficial mayor.

PRÓLOGO

DEL EDITOR.

Aunque prevenido de una muerte repentina no pudo el autor de esta obrita (*) darla la última mano; nosotros conociendo su valor é importancia la publicámos, tal cual la hemos recibido. Los pésimos

(*) Lo es, como queda dicho, EL PRESBITERO DON RAFAEL ABOGADO, sacerdote humilde, que habria dejado en un eterno olvido, y llevado hasta el sepulcro todas sus producciones, si su decidido amor y celo por la verdadera religion, ofendida en las circunstancias del tiempo, no le hubieran obligado á publicar, entre otros muchos escelentes escritos, este precioso *Diálogo*, y las otras no menos apreciables obritas tituladas: *Autoridad del Papa*, y la del *Cristianismo victorioso*.

libros que corren, abren la puerta á los desórdenes de la juventud, y no es difícil, que esta propenda al ateísmo: y como las conversaciones siguientes por su sencillez y erudición atacan vigorosamente este sistema; esperámos que tenga una benigna y general acogida. Si así fuere, será muy bien empleado nuestro trabajo.

MOTIVO Y PRINCIPIO

DE LA CONFERENCIA

SOBRE LA ECSISTENCIA DE DIOS.

CONVERSACION PRIMERA.



Clemente. **D**ios te guarde, Sévero.

Severo. Y la naturaleza te sea propicia, Clemente. Toma asiento, y significame el fin de tu venida, porque á la verdad la extraño.

Clem. Pues no debes extrañarla: supe tu regreso á esta ciudad; me informaron de la suerte adversa que padeces, y de que deseabas verme; pero que ciertas consideraciones te impedían verificarlo.

Severo. Sea la primera, que te supongo irritado contra mí, por aquellos antecedentes, que te fueron tan desagradables; y sea la segunda, que habiendo regresado á mi patria, pobre y sin valimiento, el solicitarte podría atribuirse á un principio de interes personal, lo que ciertamente es muy ageno de la

libros que corren, abren la puerta á los desórdenes de la juventud, y no es difícil, que esta propenda al ateísmo: y como las conversaciones siguientes por su sencillez y erudición atacan vigorosamente este sistema; esperámos que tenga una benigna y general acogida. Si así fuere, será muy bien empleado nuestro trabajo.

MOTIVO Y PRINCIPIO

DE LA CONFERENCIA

SOBRE LA ECSISTENCIA DE DIOS.

CONVERSACION PRIMERA.



Clemente. **D**ios te guarde, Sévero.

Severo. Y la naturaleza te sea propicia, Clemente. Toma asiento, y significame el fin de tu venida, porque á la verdad la extraño.

Clem. Pues no debes extrañarla: supe tu regreso á esta ciudad; me informaron de la suerte adversa que padeces, y de que deseabas verme; pero que ciertas consideraciones te impedían verificarlo.

Severo. Sea la primera, que te supongo irritado contra mí, por aquellos antecedentes, que te fueron tan desagradables; y sea la segunda, que habiendo regresado á mi patria, pobre y sin valimiento, el solicitarte podría atribuirse á un principio de interes personal, lo que ciertamente es muy ageno de la

firmeza de mi caracter: porque si en otro tiempo que yo creia que la humildad es una virtud, que debe adornar al hombre, me eran tan repugnantes los rendimientos, ahora que conosco que la humildad es una bajeza de ánimo, indigna de un filósofo ilustrado, ¿como podré humillarme á una persona, que ha encarecido y ecsagerado unos agravios de poca consideracion?

Clem. El motivo de mi venida no ha sido querer renovar esos agravios, que como cristiano he sepultado en el olvido: vengo á verte impelido del amor que te he profesado, y de la compasion que ecsitan en mi espíritu tus infortunios. Creía, que las lecciones costosas que has aprendido en la escuela de la adversidad, te habrian dado á conocer tus verdaderos intereses, y habrian mudado tu corazon; pero ahora conosco: mas vale enmudecer; porque no es conveniente hablarte con la ingenuidad y franqueza que yo deseara.

Sever. Pues esplicate con toda la franqueza que quisieres; que yo espero me permitas lo mismo, despues que hayas hablado.

Clem. Te acepto la palabra, y te doy la mia; pero para esto es necesario tomar

el hilo de nuestra conversacion desde muy atras; porque así lo juzgo conveniente á los fines que me propongo.

Sever. Sea en hora buena.

Clem. Voy á referir unos sucesos, que, aunque no los ignoras, por ser la persona principal de esta historia, ni los habrás olvidado, la renovacion de su memoria te puede ser muy provechosa. Tu naciste en un pais católico: entraste al seno de la iglesia por las puertas del bautismo: militaste bajo las banderas del cristianismo. Tu conducta era verdaderamente religiosa: tus costumbres arregladas: tus inclinaciones eran siempre á la virtud: y, en fin, por una reunion de circunstancias muy recomendables, eras las delicias de tus padres: sí, de aquellos padres virtuosos, que tanto me honraron con su amistad, y con la confianza que hicieron de mí, encomendandome tu direccion.

Te acordarás, que en el momento que tu madre terminó la carrera de sus dias, tu padre afligido y penetrado de dolor prorumpió en estas espresiones: „Esposa la mas amable: tu pérdida vá á ser para mí un verdugo, que ne breve me privará de la ecsistencia, y me

„conducirá á habitar contigo en el imperio sombrío de la muerte; pero con el consuelo de que mi alma se unirá con la tuya en una eternidad feliz.” Así fué en efecto. Dentro de pocos dias, tu amante padre fué víctima de la melancolía y del abatimiento: se postró en el lecho del dolor y de la pena: y acercándonos tu y yo á recoger sus últimos suspiros, y á limpiar de su rostro el sudor que producian las angustias del postrer combate, dirigió á tí una mirada en que ecshaló los restos de su amor y de su ternura, y me dijo con voz dolorida y lastimera: „Amado amigo Clemente, voy á terminar la escena triste de mi vida; ya estos son los últimos momentos de mi peregrinacion sobre la tierra; estoy resignado en las disposiciones adorables del Eterno; y conosco que es indispensable entrar por las puertas de la muerte á la vida bienaventurada. No me affige el morir; pero la separacion de mi querido hijo, es un peso enorme, que gravita sobre mi corazon atribulado. Él queda huerfano, desamparado, joven, en un mundo corrompido, y en unos tiempos de impiedad y de libertinage. ¡Ah infeliz! ¿cual se-

rá su suerte? ¿Pero por qué me affijo, si le queda el Padre mas bondadoso, que es nuestro Dios, y le quedas tú, que en testimonio y última prueba de nuestra amistad, harás con él los oficios de un padre verdadero sobre la tierra. Te suplico encarecidamente lo recibas por tu hijo, te encargues de los intereses que yo le he adquirido con tantos afanes, y de que lo deجو por único heredero, y cuides de su educacion política y cristiana. Tu aceptacion derramará sobre mi espíritu el bálsamo de la consolacion, para que yo entre tranquilamente en la region de la eternidad. ¿Qué respondes, Clemente?” Entónces yo le contesté: *Sabes que siempre te he amado con sinceridad, y que á Severo, por ser hijo tuyo, lo he visto como mio: yo te prometo, en cuanto lo permitan mis fuerzas, dar el lleno á tus deseos, con amor y con eficacia.*

Despues, dirigiendose á tí te dijo: „Severo amadísimo, no ignoras lo que debes á mi amor; sabes que he hecho todos los esfuerzos para cumplir los deberes de padre; que he procurado poner todos los medios para que seas hombre honrado, y cristiano virtuo-

so, á fin de que seas feliz temporal y eternamente. Te he amado como padre; pero padre humano que debia faltarte algun dia: ya ha llegado ese momento doloroso; y asi por última demostracion de mi amor te dejo á Clemente en mi lugar. Respétalo, obedécelo, amalo, y agradécele los oficios que haga contigo, á que no está obligado como yo; pero ya no puedo continuar: conosco que mi alma se halla en estado de violencia en la carcel de este cuerpo, y que quiere salir fugitiva hasta el seno de su Criador. Mi cuerpo ya desfallece, y ya está tocando el borde del sepulcro: voy á consagrar los restos de mis suspiros en llamar á las puertas de la divina propiciacion para dar felizmente el salto desde el tiempo á las mansiones eternas. A Dios, hijo querido: á Dios, amado Clemente: á Dios, hasta la eternidad." Aquí acabó su despedida; recibió las últimas bendiciones de la iglesia; murió con la paz de los justos; y su alma partió desde el centro de las tinieblas de la muerte, hasta la region de la luz inaccesible.

Yo entónces te alargué la mano para levantarte del abismo de la pena y del

dolor en que te sumergió una pérdida tan irreparable, y me esforcé en darte todos los consuelos que estaban á mi alcance. En lo sucesivo cuidé de tus intereses, de tí, de tu educacion y establecimiento. Tú correspondias á los deseos de tu padre, y á mi empeño y esmero. Tu aplicacion á las letras, y tu conducta juiciosa y cristiana, formaban el objeto de mi gozo, y cada dia te amaba mas, como á hijo verdadero. Pero, ya es tiempo de que me permitas correr el telon en el teatro de tu vida, para representar con dolor la escena de tus estravios y de tus desgracias. A los dias venturosos de la virtud y del honor, se siguieron los del vicio y de la ignominia. Empecé á advertir la inquietud y la disipacion de tu espíritu. Me valí de consejos llenos de dulzura, y de benignidad para cortar los progresos del mal en su principio. Diligencias á la verdad que no produjeron el efecto deseado. Despues por un descuido, ó por un atolondramiento juvenil, te dejaste en casa, en un lugar visible, unas estampas que gravó la mano de la obscenidad, y un librete en que se enseñan por principios las reglas de mancharse con

el vicio infame de la impureza: reglas que se habrian avergonzado de dar los gentiles y bárbaros mas desenfrenados, en los siglos de las tinieblas mas horrosas; pero que se dan en el siglo llamado *de las luces*, por los que se jactan de ser ilustradores de todos los hombres. ¡Qué afrenta de nuestros tiempos! Con esto conocí, que tus costumbres caminaban á pasos agigantados al término de la relajacion; y me confirmé en este concepto, y en el de que ya te habias estraviado del camino de la religion, cuando tube la noticia infausta de que leías con teson el decantado folleto de *Las ruinas de Palmira*, que es propiamente ruinas del honor, de las buenas costumbres, de la fé, de la conciencia, y de todo lo bueno y precioso que posee el hombre; pues lo arrastra á ser apóstata, irreligioso, libertino, y victima de las pasiones mas criminales y vergonzosas; porque inspira orgullo y altanería, que es el origen de todos los desórdenes, y persuade, que no hay otra felicidad que la de la vida presente; con lo que el hombre se entrega sin freno á la satisfaccion de sus apetitos. En vista de esto, traté de corregirte benignamente

para no ecsasperarte. Pero si en otro tiempo escuchabas mis consejos con buena disposicion, y te aprovechabas de ellos con docilidad, ya despues se asomaba á tu semblante el desagrado y el furor, que te hacian prorrumpir en espresiones muy ajenas de tus principios, y de lo que debias á un hombre que tanto se desvelaba por tu bien. Mas ¿en qué vino á parar todo esto? En que arrebatado tú de un impulso de inhumanidad, y con una ingratitud que debería horrorizar á las mismas fieras, conspiraste contra mi vida, para quedar en una libertad absoluta, sin tener quien te pudiese salir al paso en el camino de tus caprichos, y de tus desórdenes. Para conseguirlo, mezclaste veneno en mi alimento, que no tuvo el efecto que deseabas, porque aunque me ví en sumo peligro de perecer, los médicos me ocurrieron oportunamente con remedios eficaces.

Pero ¡cuan contrarios son los sentimientos que inspira la bárbara filosofia de la incredulidad, de los que infunde aquella religion divina de que has apostatado; que tanto nos recomienda la caridad y la misericordia, aun para con los enemigos mas rabiosos! Me acor-

dé de que un Hombre Dios, colocado en un suplicio, no solamente sacrifica su vida en beneficio de sus mismos verdugos, sino que con una generosidad inaudita pide á su Padre Eterno el perdon para ellos; hasta llegar al estremo de disculparlos y de defenderlos. Esta accion generosísima, elogiada con entusiasmo aun por uno de los mayores enemigos de Jesucristo, Juan Jacobo Rousseau, me obligó á perdonarte de corazon una injuria y un perjuicio tan atroz. Y ¿cual fué la correspondencia? Causa rubor el decirlo. Presentarte á un juez, ante quien yo con justicia podia haber demandado contra tu vida, por atentador efectivo contra la mia, y acusarme calumniosamente de dilapidador de tus bienes; con el fin de que se me despojase de su administracion, y se te entregasen como á dueño, para girarlos por tí mismo.

Yo te convencí de calumnia, y di pruebas auténticas de mi desinterés, y de haber aumentado notablemente tus bienes; y sin embargo de que el magistrado falló contra tí, yo interpuse mis súplicas á fin de que no te parara en perjuicio, y de que se me exonerara de los encargos que me ha-

bia hecho tu padre. Se me admitió esta renuncia. En un momento te viste joven dominado de pasiones, libre, rico, y rodeado de amigos aduladores y corrompidos.

Todo esto formaba una nube horrosa que amenazaba terribles tempestades, que habian de descargar algun dia sobre tu cabeza. Así fué en efecto. Ympelido de la curiosidad, y de la inquietud é inconstancia de tu caracter, y alentado por malos consejos, partiste de tu pátria, sin director ni destino fijo, á viajar por la Europa, y correr córtes; acompañado solamente de otro joven aturdido, y notado de atesta, que fué, segun me dijeron, el que pervirtió tu corazon inocente. A los tres años vino de Europa un sugeto que te conocia, y me aseguró, haberte visto en una famosa capital, en compania de los hombres mas impios y libertinos; que fuiste herido mortalmente en una pendencia, por rivalidad de amores ilícitos; y que despues escapaste fugitivamente de las manos de las autoridades, que te perseguian por incurso en una conspiracion contra el estado; de las que frecuentemente están maquinando los increí-

dulos, que no queriendo sujetarse á autoridad alguna, ni divina ni humana, pretenden apoderarse de las riendas de los gobiernos, alucinando á los pueblos con las voces lisongeras de filantropía, derechos imprescriptibles, y sacrosanta libertad; con el fin de oprimirlos, tiranizarlos, y constituirlos víctimas de su codicia, de su ambicion y libertinage.

No volví á tener noticia de tí en los cuatro años siguientes, hasta ahora que acosado en todas partes de los rebeces de la fortuna, que has vuelto tu enemiga por tus extravagancias y delirios, has regresado á tu patria, pobre, consumido, sin destino, sin protectores, y sin amigos; que pocos, ó ninguno quedan en el tiempo de la adversidad; pues el pobre y el infortunado, son unos enfermos contagiosos de quienes todos huyen; y, en fin, tú te has hecho un objeto, que ecsita la compasion aun del hombre mas insensible. Esta es en compendio la historia trágica de tu vida; cuya relacion te habrá sido muy desagradable, porque te he hablado con la ingenuidad y energia, que son impulsos del verdadero amor, y por la confianza que me inspira el engrei-

miento justo de haber hecho contigo los oficios de padre, en aquellos dias felices, que ya pasaron, y porque tú me has incitado á que te hablase con la franqueza que me caracteriza, muy opuesta á la vil adulacion de aquellos, que no siendo amigos tuyos, sino de tu fortuna, para aprovecharse de ella, te han sumergido en un abismo de desgracias. Si las proposiciones de mi narracion no están marcadas con el caracter de la verdad, replicame, y enmudeceré.

Sever. No has proferido mas que un conjunto de verdades, que aunque muy amargas para mí, por ser tan ciertas y evidentes, me veo precisado á confesarlas con rubor y confusion; pero no puedo pasar por los títulos de impios y de libertinos, que das á las personas con quienes me acompañé en esa capital famosa de la Europa. Yo los solicité con ansia para constituirlos mis maestros; ellos correspondieron ecsattamente á mis deseos; porque me comunicaron unas luces brillantes con que se disiparon las tinieblas del fanatismo, y de la supersticion en que me habian sepultado mis padres, con una educacion propia de los siglos de la igno-

rancia, y de la barbaire. Ellos desterraron de mi corazon la pusilanimidad y bajeza, que infunden las ideas religiosas, é hicieron mi espíritu fuerte, desprecupado y sublime. Ellos me obligaron dulcemente á sacudir el yugo de la religion, y á ecsonerarme del peso enorme é insoportable de las obligaciones que ella impone, y, ellos, arrancando de mis ojos la venda de la credulidad, que me tenia tan ciego, me hicieron conocer mi origen, al autor de mi ser, que no es otro que la naturaleza, mi fin, que no pasa mas allá de los límites del tiempo, y que la única felicidad á que debo aspirar consiste solamente en el goze de los bienes de la única vida que tiene el hombre, que es la presente. He aquí las luces de la filosofia con que me ilustraron.

Clem. Filosofia verdaderamente luminosa y benéfica, que haciendo á sus secua- ces hombres sin fe, sin religion, sin Dios, sin moralidad y sin conciencia, les abre un camino anchuroso para los placeres, para los desórdenes, y les señala un fin semejante al de las bestias. ¿Esta es la filosofia, que tanto encarece y ecsalta la grandeza y supe-

rrioridad del hombre sobre los demas seres del universo? ¡Contradiccion monstruosa! En suma, segun tus espresiones, tu ilustracion te ha conducido hasta el extremo lastimoso de negar la ecsistencia de Dios, y te ha obligado á militar bajo las banderas del ateismo.

Sever. No es extremo lastimoso, sino envidiable. Ya mi espíritu no se aterrará con la idea molesta de un Dios, que observa todas nuestras acciones, para castigar unas supuestas ofensas. Este es un fantasma bueno para espantar niños, y gentes ignorantes. Ya no doblo la rodilla ante un ser imaginario, porque me hallo ilustrado con los resplandores de una filosofia, que me enseña, que no hay Dios en el universo; y si se quiere llamar Dios á la naturaleza, esta es el único Dios que yo reconozco; mientras que los idiotas y fanáticos se entretienen con la ilusion de un Criador y Gobernador del mundo. Me compadesco demasiado de su insensatez y delirios.

Clem. Me veo precisado á decirte, que ahora mas que nunca me hé convencido del orgullo y altanería de los filósofos incrédulos, que son perpetuos despreciadores de todos aquellos que

no siguen su sistema de impiedad. No hay mas que leer sus escritos, y se verán llenos de ultrages, de improperios, de sarcasmos, de chocarrerías y de calumnias, con que faltan no solo á las leyes de la humanidad, sino tambien á los principios de una buena educacion. Quien ha sabido perdonarte mayores injurias, te perdona ahora los epitetos de idiota y de fanático con que tanto me honras. No siento mis desprecios, no la falta de respeto, ni la ingratitud con que me correspondes; siento sí tus estravios y tu perdicion. Las lágrimas que se desprenden de mis ojos, y corren á humedecer mis mejillas, te dán un testimonio del amor que te tengo. ¡Ay, amado Justino, si ahora reanimándose tus cenizas salieras del lugar del reposo eterno á observar la situacion lamentable de aquel Severo, que es la porcion idolatrada de tí mismo, la vehemencia del dolor te reduciría en un momento á la tumba silenciosa en que descansas! Procuré satisfacer tus deseos, haciendo cuanto pude por el bien de tu hijo; pero la disipacion de su espíritu, el capricho de su caracter, los malos libros y las peores compañías, lo han estraviado de las

sendas de la virtud, y de la religion, que son las únicas que conducen á la felicidad verdadera.

Sever. Qué ¿te enterneces? Qué ¿lloras? Aunque soy ateista, mi corazon está dotado de sensibilidad, y me obliga á ceder á los impulsos de la naturaleza. No desconosco lo mucho que te debo, y la parte que tomas en mi suerte. El modo de espresarme es propio de mi carácter, y no del deseo de insultarte. He querido manifestar el sistema que he abrasado en materia de religion, y el convencimiento que tengo de la verdad de él, me ha impelido á hablarte con una franqueza de que te has dado por ofendido.

Clem. Pues qué, ¿por puro convencimiento niegas la existencia de Dios?

Sever. Sí; porque es propio de un filósofo investigar la verdad para abrazarla en donde quiera que la encuentre; y yo en el ateismo he hallado la verdad.

Clem. Pues bien: si tanto te glorias de ser filósofo, y por lo mismo amante de la verdad, si ésta la hallaras en el sistema contrario, ¿la seguirías?

Sever. Indudablemente. Pero este es un caso imposible.

Clem. Y ¿por qué lo juzgas imposible?

Sever. Por la falta de razones, á favor de la existencia de Dios.

Clem. Y si yo te manifiesto razones sólidas y poderosas, ¿qué contestarás?

Sever. Si las razones fueren convincentes, diré que existe Dios.

Clem. ¿Estás en disposicion de escucharlas?

Sever. Estoy tan convencido de la verdad de mi sistema, que me parece ocioso prestar oido á discursos contrarios.

Clem. Y yo estoy persuadido de que una de las causas principales por que muchos se mantienen en la incredulidad, es, porque leen libros, y escuchan discursos contrarios á la religion, y se desdennan con tono despreciador de leer, y de oir las pruebas á favor de ella. Un filósofo que desea sinceramente acertar, pesa unos y otros fundamentos en las balanzas de la razon, para desidirse imparcialmente por el partido de la verdad. Es suma injusticia sentenciar sin conocimiento de causa.

Sever. Para que veas que deseo el acierto, y que no quiero ser injusto, estoy dispuesto á escucharte las razones que quieras esponer á favor de la existencia de Dios.

Clem. Antes de dar principio á mi discurso, debo advertir, que aunque yo no soy fi-

lósofo de profesion, me esforzaré á hablar filosóficamente. Para que convengamos en el modo de tratar esta cuestion, propondré solamente algunas de las razones que me parecan mas perceptibles y claras; porque siendo innumerables las que militan por mi sistema, ni yo las se todas, ni podria alegarlas sin hacer interminable nuestra conferencia: y por último te suplico, que moderes tu carácter, para tratar un asunto de tanta importancia, con la serenidad de ánimo propia de un filósofo, que quiere ceder á la voz imperiosa de la razon y de la verdad.

Sever. Te prometo irme á la mano, y conducirme con la moderacion debida.

Clem. Acepto la palabra; y por cuanto nuestra conversacion ha sido muy difusa, y se nos ha hecho demasiadamente tarde, mañana darémos principio á nuestra conferencia, que yo espero humildemente en la proteccion del Dios benéfico y omnipotente, cuya existencia voy á defender, que ha de dar energia y uncion á mis palabras, y á tí te ha de comunicar docilidad, para que quedando tu vencido, cantes la victoria sobre tí mismo, y éste que será el triunfo de su misericordia, lo hayamos de referir á

la gloria de su santo nombre. Así
pues, Severo mio, hasta mañana.
Sever. Hasta mañana Clemente.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS,
por la ecsistencia del mundo.

CONVERSACION SEGUNDA.

Clem. **S**evero, mi corazon ha culpado á la
noche por la lentitud con que cami-
naba, pues sus pasos perezosos y tar-
dios la hacian eterna al que con im-
paciencia esperaba su fin: pero ¡cuanto
me llenó de alegría el hermoso fébo, al
asomar su semblante risueño por las
cumbres elevadas de los montes! Este
fué un anuncio de la llegada de aquel
momento para mí tan deseado, en que
hemos de comenzar nuestra conferen-
cia. ¿Estás en la misma disposicion que
ayer, para escuchar las razones y fun-
damentos de la ecsistencia de Dios?

Sever. Estoy en la misma. Tengo empeñada
mi palabra, y la he de cumplir hasta el fin.

Clem. Mi voluntad no sufre demoras; y así
demos principio á nuestro asunto.

Para demostrar evidentemente la ec-

sistencia de Dios; esto es, de un sér
eterno, infinitamente sábio, poderoso,
providente, benéfico y bondadoso, con-
junto y agregado de infinitas perfeccio-
nes, criador y conservador del univer-
so, por quien todas las cosas visibles é
invisibles ecsisten, se mueven y obran,
primer principio y último fin de todos
los seres, y fuente inagotable de todos
los bienes; me valdré de unas pruebas
eficaces, claras y perceptibles, aun á
los entendimientos mas rudos, y mas
estúpidos. De suerte, que será el hom-
bre mas insensato el que recibiendo el
golpe de la luz esplendorosa de la ver-
dad, cierre obstinadamente los ojos para
sumergirse en el abismo tenebroso del
error y de la falsedad. Es indudable que
para el hombre que no admite la revela-
cion, ni los principios de la fe, no queda
otra clase de argumentos con que conven-
cerlo, que los que se tomen de la razon
natural; y tanto mas, quanto los incréd-
ulos se jactan de ser defensores de la
razon natural, y de no admitir otros
principios que los que dimanen de ella.
En esta virtud, yo no usaré otras prue-
bas que las que me ministra la luz de
la razon, y me acomodaré en quanto
me sea posible, al estilo de que usan los

la gloria de su santo nombre. Así
pues, Severo mio, hasta mañana.
Sever. Hasta mañana Clemente.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS,
por la ecsistencia del mundo.

CONVERSACION SEGUNDA.

Clem. **S**evero, mi corazon ha culpado á la
noche por la lentitud con que cami-
naba, pues sus pasos perezosos y tar-
dios la hacian eterna al que con im-
paciencia esperaba su fin: pero ¡cuanto
me llenó de alegría el hermoso fébo, al
asomar su semblante risueño por las
cumbres elevadas de los montes! Este
fué un anuncio de la llegada de aquel
momento para mí tan deseado, en que
hemos de comenzar nuestra conferen-
cia. ¿Estás en la misma disposicion que
ayer, para escuchar las razones y fun-
damentos de la ecsistencia de Dios?

Sever. Estoy en la misma. Tengo empeñada
mi palabra, y la he de cumplir hasta el fin.

Clem. Mi voluntad no sufre demoras; y así
demos principio á nuestro asunto.

Para demostrar evidentemente la ec-

sistencia de Dios; esto es, de un sér
eterno, infinitamente sábio, poderoso,
providente, benéfico y bondadoso, con-
junto y agregado de infinitas perfeccio-
nes, criador y conservador del univer-
so, por quien todas las cosas visibles é
invisibles ecsisten, se mueven y obran,
primer principio y último fin de todos
los seres, y fuente inagotable de todos
los bienes; me valdré de unas pruebas
eficaces, claras y perceptibles, aun á
los entendimientos mas rudos, y mas
estúpidos. De suerte, que será el hom-
bre mas insensato el que recibiendo el
golpe de la luz esplendorosa de la ver-
dad, cierre obstinadamente los ojos para
sumergirse en el abismo tenebroso del
error y de la falsedad. Es indudable que
para el hombre que no admite la revela-
cion, ni los principios de la fe, no queda
otra clase de argumentos con que conven-
cerlo, que los que se tomen de la razon
natural; y tanto mas, quanto los incréd-
ulos se jactan de ser defensores de la
razon natural, y de no admitir otros
principios que los que dimanen de ella.
En esta virtud, yo no usaré otras prue-
bas que las que me ministra la luz de
la razon, y me acomodaré en quanto
me sea posible, al estilo de que usan los

verdaderos filósofos en tales materias. Por tanto, discurso de esta manera.

Todos los seres que vemos en el universo, y que lo componen, son contingentes; esto es, que de tal modo ecisten, que pudieran no haber ecistido; ó que antes de ecistir eran indiferentes para ecistir ó no ecistir: pues cualquiera cosa que tiene esta indiferencia para ecistir, ó no, necesita de una causa que lo determine á la ecistencia. Por ejemplo: los hombres que actualmente vivimos, hubo tiempo en que no ecistiéramos, y para ecistir fué necesario que recibiéramos el ser de otros hombres, y estos mismos lo recibieron de otros anteriores, y estos de otros, y así succesivamente irémos retrocediendo hasta venir á parar en un hombre, que no recibió el ser de otro hombre, sino de una causa enteramente distinta de los hombres, y que es primera causa de todos los hombres. Figúrate una cadena suspensa en el ayre, cuyo último eslabon depende del penúltimo, este del antepenúltimo, este del anterior, y así succesivamente vendrán á terminar todos los eslabones en el primero, que no pudiendo sostenerse por sí mismo, es necesario que sea sostenido por otra cosa.

Pues si los hombres que son los seres mas escelentes entre todos los visibles del universo, han recibido la ecistencia de una primera causa, los demás seres inferiores es claro que tambien ecisten por un principio que los ha producido, y que es su primera causa. Pues esta primera causa es á quien reconocémos con el nombre de Dios: luego eciste este Dios, primer principio y causa de todos los seres.

Sever. El número de los hombres es infinito; y así aunque váyamos retrocediendo con el pensamiento, nunca concebirémos uno que haya sido primero; y por consiguiente todo tu argumento es falso.

Clem. Todos los filósofos sensatos reprueban el proceder hasta lo infinito, de manera que se vaya pasando de causa en causa, sin venir á llegar á la primera; porque esto, en substancia, es no manifestár la principal causa de las cosas; y por lo mismo este modo de discurrir ni es propio del filósofo, ni del racional. El verdadero saber consiste, en conocer el por qué de cualquiera cosa. Es propio del entendimiento humano la investigación de la verdad, y este no descansa mientras no llega

á encontrarla; y procediendo hasta lo infinito en el órden de las causas, nunca podrá alcanzar la verdad; y así en lugar de descansar con la posesion de su objeto, siempre vivirá atormentado. Hé aquí un modo de discurrir racionalmente en este ejemplo sencillo: una casa está hermosamente formada, porque sus materiales están colocados con la debida proporcion; esta proporcion la tiene por el entendimiento del artífice; á este entendimiento lo movió la voluntad; á la voluntad la movió el interes de adquirir dinero; este interes nace de la necesidad de comer; esta procede de la precision de conservar la vida; y esta es la causa primera por qué el artífice fabricó aquella casa tan hermosa: porque de otro modo no hubiera satisfecho los deseos del que se la mandó edificar, y así no habria adquirido lo necesario para conservar la vida.

Pero respondiendo directamente digo. En este número infinito de hombres ¿hubo alguno que ecsistiera primero que los otros, ó no lo hubo? Si lo hubo, este ¿se dió el sér á sí mismo, ó lo recibió de otro? Es claro que no pudo dárselo á sí mismo, porque ninguno

puede dár, ni hacer alguna cosa antes de ecsistir; y así el primer hombre recibió de otro el ser; este otro es la primera causa de todos los hombres, y esta primera causa es Dios. Si en este número infinito de hombres no hubo quien fuera el primero de todos, es manifiesto que muchos ó infinitos ecsistieron juntos á un mismo tiempo; y en este caso vuelvo á formar el mismo argumento: conque debes convencerte, de que ya ecsistiera uno primero, ó ya ecsistieran muchos á un mismo tiempo, los hombres reconocen un primer principio y causa de su ser, enteramente distinta de ellos; y este es Dios.

Sever. Ni hubo primer hombre; ni los hombres tienen una causa primera de su ser: ellos han ecsistido desde que hay mundo, y el mundo es eterno; luego la generacion de los hombres viene desde la eternidad, y así no tienen un primer principio de su ecsistencia.

Clem. Para no oprimir tu imaginacion con un peso enorme de razones muy sólidas, con que los filósofos y los teólogos prueban eficazmente, que es un solemne desatino asegurar, que el mundo es eterno, elegiré para tu convencimiento algunas de aquellas razones mas claras

y mas concluyentes. Dime de buena fe, podrá alguno afirmar racionalmente que los hombres por los infinitos siglos de la eternidad han vivido sepultados en las tinieblas de la ignorancia de todas las ciencias, y de todas las artes, y aun de aquellas que son mas necesarias para la comodidad, utilidades y conservacion de su vida?

Sever. Ninguno puede afirmar racionalmente tal absurdo.

Clem. Pues tu eres uno de los que lo afirman. Mira aquí la razon. Nosotros no tenemos otro medio para saber los hechos que precedieron á nuestra ecsistencia, que las historias que los refieren, ó por escrito, ó de palabra, que pasando de boca en boca hasta nosotros, hacen una historia verbal. Pues por las historias consta, que el descubrimiento é invencion de las ciencias y de las artes, ha sido de siete mil años á esta parte; por consiguiente, si el mundo es eterno, en los infinitos siglos de la eternidad que antecedieron á estos siete mil años, los hombres todos vivieron en esa ignorancia horrorosa é increíble. Pasemos á la prueba con las historias.

La filosofia, bajo cuyo nombre se com-

prenden todas las ciencias naturales, no hallarás que tenga un origen mas antiguo que Adan, á quien reconocemos por el primero de todos los hombres. Desde la época de su ecsistencia, hasta el tiempo en que vivimos, se han ido descubriendo é inventando todas las ciencias y todas las artes. Haré mencion en particular de las mas útiles y necesarias, segun refieren las historias; y aunque es cierto que acerca de los inventores de dichas ciencias y artes, y acerca de las épocas en que comenzaron á ejercitarse, se hallan diferencias notables entre los historiadores, es igualmente cierto, que todo esto ha sucedido en el espacio de los siete mil años que cuenta el mundo de su ecsistencia, segun los cómputos cronológicos de mas estension.

Los que creemos la creacion del mundo, conforme se refiere en el libro del Génesis, estamos convencidos de que Adan recibió de Dios todos los conocimientos de las ciencias, que son necesarias para el bien y conservacion de la vida humana, para que él, como padre universal de los hombres, los comunicára á sus hijos inmediatos, y estos á otros sucesivamente. Pero ha-

blemos de las historias profanas, y veámos qué nos dicen acerca de las diversas ciencias que se comprenden en la palabra filosofía.

La Lógica, que es la ciencia que da reglas para la investigación de la verdad, y para distinguir lo verdadero de lo falso, tuvo por autor á Zenon Eleates; segun dice Aristóteles, y este redujo la Lógica á mejores preceptos y forma.

La Física, ó aquella parte de la filosofía, por la que se ecsaminan y esplican la naturaleza, causas y efectos de todos los cuerpos ecsistentes en el universo, se ha estudiado desde que hay hombres, pues sus necesidades y el deseo de saber, los ha obligado á ello; pero de los primeros filósofos que hayan escrito de esta ciencia, no hallo otros mas antiguos que Archelao; segun refiere Diogenes Laercio, y Estratón de Lampsac, fisico antiquísimo, discipulo de Teofrasto; y otros dicen, que el primero que escribió fué Alcmeon, en la olimpiada 69, año 250 de la fundacion de Roma. Pero la Física no comenzó á ilustrarse hasta el tiempo de los siete sábios de Grecia, que fueron, Tales Milesio, Periandro, Biantes, Solón, Pitacco,

Quilón, y Cleobulo, que fué el último, y murió en la olimpiada 70; y el primero que tomó el nombre de filósofo, fué Pitágoras, discipulo de Ferecides Siro, y este de Pitacco.

De la Astronomía, ó Astrología, que es la ciencia de conocer el lugar y movimiento de los astros, y la division de los tiempos, Plinio y otros hacen inventor á Atlante, rey de Mauritania, que vivió por los años 2412 del mundo. Luciano afirma, que la inventaron los Etiopes de quienes la aprendieron los Egipcios, que celebran por su maestro á Hermes, que ecsistió en tiempo de Osires su rey; y prescindiendo de otras opiniones de los historiadores, lo cierto es, que segun Josefo, los inventores mas antiguos fueron los hijos de Seth, hijo de Adan.

De la filosofía moral, que trata de las costumbres de los hombres, y da reglas para la práctica de la virtud y fuga del vicio, el mas antiguo que escribió, fué Moisés, que murió el año de 2553 del mundo, y despues entre los gentiles fué Cleobulo, que, como dije, falleció en la olimpiada 70.

Los Egipcios aseguran, que su rey Mercurio Trimegisto fué el inventor de

la medicina, y este, segun los cómputos astrológicos, ecsistió en los tiempos de David, que murió el año 2990, y de Salomon, que falleció el año 3030. Otros dicen, que su invencion se debe á Apis rey de Sinope, ó segun otros, de Egipto, que fué mucho mas antiguo que Mercurio, y así venimos á deducir, que la medicina ejercitada como ciencia, empezó á florecer en la opinion de la mayor antigüedad, por los años 2053 del mundo. La Cirujía se atribuye á Esculapio que ecsistió posteriormente.

Las leyes son tan necesarias para el bien estar de los hombres, que Ciceron decia, que sin ellas no puede permanecer una casa, ni una ciudad, ni una nacion, ni el género humano, ni aun el mismo universo. Pues hablando del derecho civil, y de la institucion de las leyes, dicen los escritores, que Mercurio Trimegisto las dió á los Egipcios; Dracon y Solon á los Atenienses; Licurgo á los Espartanos; Minos á los Cretenses; Filolao á los Tebanos; Rómulo y Numa á los Romanos; y otros á otras naciones, que sería muy largo referir. Dicea Pomponio, Diodoro, y Plinio, que Ceres fué la primera que dió leyes á los hombres, y esta segun

los cálculos de Eusebio, fué posterior á Moises. Pero prescindiendo de opiniones sobre la antigüedad del origen de las leyes, aun quando este lo vayamos á buscar en el nacimiento de las monarquias, y de los gobiernos organizados, hallarémos, que estos por antiguos que se supongan, segun las historias, comenzaron á ecsistir despues del diluvio universal.

Omitiendo los inventores de otras ciencias; para no hacer nuestra conversacion tan dilatada, hablemos algo de los inventores de las artes. Los inventores mas antiguos de las letras, caractéres, y geroglíficos para expresar los conceptos, fueron los hijos de Seth, nietos de Adan, que segun Josefo, las gravaron en unas columnas; pero otros historiadores las arribuyen respectivamente á otros que ecsistieron despues del diluvio. La invencion de las letras gravadas en láminas se le debe á Juan Gutemberg, ciudadano de Maguncia, en el año 1440 de Jesucristo; y en este mismo siglo se perfeccionó la impresion con letras separadas como ahora se acostumbra, cuyo uso lo introdujo en Roma, Conrado, y segun otros Sixto Resinger; y todos convie-

nen, en que las primeras obras que se imprimieron, fueron los libros de la Ciudad de Dios, de S. Agustin, las instituciones de Lactancio, y los oficios de Ciceron.

Acerca de los edificios, que son el objeto de la arquitectura, la ciudad mas antigua de que tenemos noticia, fué la que fabricó Cain, con el nombre de Enós su hijo, segun dice Moyses, y despues del diluvio, la que edificó Nemrot; sin embargo de que Diodoro dice, que el primer inventór fué Pallas, que ecsistió mucho tiempo despues.

Sobre la invencion de las naves no descubrimos artifice mas antiguo que Noé, que fabricó la Arca, en que se salvó del diluvio.

De los inventores de las otras naves, despues de los tiempos de Noé, y de la náutica, ó ciencia de navegar, hay suma diversidad entre los historiadores.

No dando tú credito á las divinas Escrituras, por las que consta, que Adan fué el primer inventor de la agricultura, te ves precisado á confesar, que su inventor mas antiguo, segun los escritores profanos, fué Baco, ó por otro nombre Osiris, Rey de Egipto, que ecsistió

segun los cómputos de Gordono en el año de 2537. del mundo.

Dice Plinio, que los primeros escultores fueron Dipeno, y Sellis su hermano, que nacieron en Creta, en la Olimpiada 50; pero lo cierto es, que los escritores convienen, en que la idolatría tuvo origen de la estatua de Nemrot, ó Belo, dedicada por su hijo Nino, que ecsistió muchos siglos antes que los artífices de que habla Plinio; pero Nino vivió despues del diluvio. Hay variedad acerca de los inventores de la pintura. Plinio la atribuye á Giges Lidio, en Egipto, y Aristóteles á Pirro, en la Grecia; pero estos dibujaban solo delineando el cuerpo. Polignoto inventó el vestido y los adornos. Cleofanto Corintio, los colores, y Apolidoro Ateniense el pincel. Todos estos ecsistieron mucho tiempo despues del diluvio.

La necesidad de abreviar nuestra conferencia me obliga á omitir los descubridores ó inventores de las demas ciencias y artes liberales, mecánicas y serviles; pero sí afirmo con la seguridad de no ser desmentido, que todas las ciencias, y todas las artes, han sido descubiertas é inventadas de siete

mil años á esta parte, y si nó registra, ecsamina todas las historias, todas las tradiciones, y todos los monumentos públicos y privados de todos los siglos, y de todos los pueblos de la tierra, y preséntame un inventor de ciencia, ó arte, que haya ecsistido antes de estos siete mil años, y entónces llevarás la palma de la victoria: pero estoy cierto de que no me lo presentarás, porque el historiador mas antiguo de que habla la fama es Beroso Caldeo, y este comienza su narracion por el diluvio de Noé.

Pues bien, si tu convienes en que es un absurdo creer, que los hombres que ecsistieron en los infinitos siglos de la eternidad, anteriores á estos siete mil años, viviesen sin el conocimiento de aquellas ciencias y de aquellas artes, que son las mas necesarias para la conservacion y utilidades de la vida, y por otra parte tú no das una prueba de que en esos siglos haya habido tales ciencias y tales artes, es forzoso que convengas en que, ó no han ecsistido los hombres desde la eternidad, y así es un delirio asegurar que el mundo es eterno, ó que los hombres de esos siglos vivieron sumergidos en

la ignorancia de todas las ciencias, y de todas las artes, y que por lo mismo mas bien fueron brutos, que racionales, y que descendiendo nosotros de ellos, serémos igualmente brutos. Este honor me parece no lo han de admitir los señores incrédulos que se glorian de ser muy racionales, y maestros ilustradores de todo el universo.

Sever. El que no tengámos noticia de las ciencias y de las artes, de los siglos anteriores á estos siete mil años, no es prueba de que no las haya habido, porque bien puede haberse perdido su memoria en la noche obscurísima de esos innumerables siglos de la eternidad. Tu argumento es negativo, y esta clase de argumentos son de poca ó ninguna fuerza.

Clem. Pero las ciencias, cuya memoria se perdió en la noche obscurísima de esos innumerables siglos de la eternidad, ó renacieron, si es que murieron, ó quedaron para siempre muertas. Si nunca renacieron, se sigue el absurdo, que ya te prevení, de que por innumerables siglos vivirían los hombres como brutos, careciendo enteramente de artes y ciencias; y si volvieron á nacer, debería ciertisimamente ecsistir la memo-

ria de esa resurreccion acaecida en cualesquiera epocas que me asignes.

Por lo que toca al argumento, negativo cuyo vigor me niegas, debes saber, que los criticos convienen en que hay casos en que el argumento negativo es poderoso; cuando la cosa que se afirma es de tal naturaleza, que si hubiera sucedido habria alguna constancia de ella, el no haber esta constancia es prueba de que no sucedió. La existencia de las ciencias, y de las artes, es cosa de mucha importancia y consideracion, y asi la falta de constancia de la existencia de ellas, es prueba muy poderosa de que no existieron: porque de lo contrario, cualquiera querria tener derecho para que se le creyesen todos los sucesos que refiriéra; sin presentár documento ni testimonio de ello. Mira otra razon de que si hubiera habido tales ciencias y artes, debería haber alguna constancia. Los hombres son amantes de la gloria y de la alabanza; de esto ha dimanado, que todas las naciones y todos los pueblos hayan procurado conservar por medio de escritos, de pinturas, de inscripciones, ó por lo menos de palabra, algun acontecimiento, in-

vencion, ó hecho que les da honor. De esto se deduce, que es enteramente increíble, que si hubiera habido alguna ciencia, ó arte, se hubiera perdido su memoria y su noticia; yo me convenceré con que siquiera me cites algun monumento, ó historiador fidedigno, que asegure, que hubo tales ciencias y artes en esos siglos eternos, ó por lo menos que me manifiestes el modo en que probablemente pudo haberse perdido la memoria de ellas.

Sever. Es muy facil esplicarlo, por los diluvios que han inundado la tierra.

Clem. Aristóteles y otros filósofos han demostrado, que por causas naturales no puede verificarse un diluvio general, que cubra toda la tierra. El que los cristianos confesamos, lo atribuimos á causa sobre natural, esto es, á la justicia de Dios, que quiso con él castigar las iniquidades de los hombres; pero como tú no admites causa sobre natural alguna, debes convenir, estando á la sentencia y razones de estos filósofos, que no ha habido diluvio alguno general; por consiguiente, tu respuesta estriba en un supuesto falso.

Sever. Las historias nos refieren algunos diluvios. Conque el supuesto es verdadero.

Clem. Fuera del diluvio de Noé, no ha habido otros universales, sino particulares, como el que anegó la Atica, y otro la Tesalia, del que tomaron ocasion los poetas para fraguar la fábula de Deucalion. Pero aunque yo admita todos los diluvios generales que tú quisieres, esto en lugar de favorecerte, es contra tí. Vamos á la razon. En esos diluvios ó perecieron todos los hombres, ó no perecieron todos: si perecieron, ya se rompió la cadena de la sucesion de unos hombres de otros, en que los unos eran la causa de ser de los otros. Esta sucesion era un orden eterno de causas, segun tus principios: por otra parte, el orden eterno de causas, segun tus mismos principios, es inmutable, no se puede interrumpir; luego en este caso incurres en una contradiccion manifiesta, lo cual es contra tí. Ademas de esto, nosotros que hemos ecsistido despues, ¿de quienes hemos recibido el ser? ¿decendémos de las piedras, de las plantas, ó de quienes? Si no perecieron todos los hombres en esos diluvios ¿es posible que algunos, ó alguno de los que se salvaron, no nos hubiese transmitido, y comunicado la noticia de alguna ciencia;

ó arte, ó suceso, que hubo antes de esas inundaciones generales; así como sucedió en el único diluvio universal, que nosotros creemos? Pues por medio de Noé y de su familia, que se salvaron en el arca, sabemos innumerables cosas que hubo antes del diluvio. Así tambien sucede en una batalla en que perece un ejército, en un naufragio en que se sumerge una nave, y en un incendio en que se abrazan los habitantes de una casa ó pueblo; que aquellos ó aquel que se libran de la ruina, refieren muchos sucesos que acompañaron y antecedieron á estas desgracias. Pero de esos diluvios que tú supones, ¿es posible que no nos haya quedado noticia alguna de lo que en ellos, ó antes de ellos sucedió? ¡Que prodigio tan singular!

Pero de tu misma respuesta pretendo sacar un argumento poderoso contra tí. Observamos con evidencia, que cayendo las lluvias sobre los montes, bajan á las llanuras las aguas turbias por la mezcla de las partículas de tierra de los mismos montes, por lo que es necesario que estos se vayan disminuyendo, aunque insensiblemente; pues en el caso de ser el mundo eter-

no, los montes tambien serian eternos, porque no me podrás dar una razon convincente con que pruebes, que siendo el mundo eterno, los montes se hayan formado en tiempo por causas naturales. Y así, si los montes fueran eternos, ciertamente ya se habrian allanado con las lluvias, que hubieran caido sobre ellos en los infinitos siglos de la eternidad. Y con mucha mayor razon debemos decir esto, si hubiera habido esos diluvios que suponen ustedes los ateistas. Vemos que agitado el mar con los vientos, se forman las olas levantándose en figura de montañas, chocan unas contra otras, dando bramidos horribles, y juegan con las naves mas pesadas, como un niño con una pelota: Pues si solas las lluvias hubieran sido bastantes para allanar los montes eternos, ¿cuanto mas hubieran contribuido á esto, los choques contra los montes de las olas de esos diluvios generales impelidas por los vientos?

Sever. Esa pérdida de materia de los montes, causada por las lluvias, se compensa por la agregacion de otras materias estrañas, conducidas por los vientos y otros medios.

Clem. No hay razon fisica con que puedas probar racionalmente, que la reposicion de la materia por los vientos y otros medios, sea matemáticamente igual á la pérdida causada por las lluvias, y así es necesario, que la agregacion de la materia estraña sea ó menor, ó mayor que la cantidad que se pierde por las aguas. Si es menor, claro es, que la pérdida por pequeña que se suponga en cada año, ya en los infinitos siglos de la eternidad habria subido á una cantidad tan enorme, que hubiera bastado á allanar enteramente los montes. Si la reposicion es mayor, por corta que sea, ya en siglos infinitos habria aumentado tanto los montes, que hubieran crecido hasta lo inmenso; pero ni uno ni otro ha sucedido; luego el mundo no es eterno.

Sever. Por los terremotos y por las erupciones volcánicas se puede reponer á los montes, la materia que pierden por las lluvias.

Clem. Esta es una respuesta arbitraria, que dan los ateistas para eludir la fuerza del argumento que te he propuesto. Sabemos que lugares y aun ciudades enteras se han hundido por los terremotos; y hasta ahora no sabemos que

por estos se hayan formado ni aumentado los montes; y yo no comprendo, como los terremotos hayan resarcido á los montes la parte que les robaron las aguas.

Cuanto á los volcanes digo, lo primero, que convengo en que por sus erupciones podrá formarse algun monte en una llanura; pero si esto ha sucedido, habria sido rarissimas veces. Lo segundo, que aunque es cierto que un monte se puede aumentár en su esterior, con la materia interior que extrae acia fuera la erupcion volcánica, tambien es cierto, que esta misma explosion arranca multitud de piedras, y otras materias de la superficie, y las arroja fuera del monte, con lo que suele ser mas la pérdida, que la compensacion. Ultimamente, aunque por las erupciones volcánicas se compensára la materia que pierden los montes por las lluvias, esto se verificaria en aquellos poquisimos que tienen volcanes; pero no en aquellos que no los tienen, que son casi todos.

Concluyámos este punto con este otro raciocinio contra la eternidad del mundo. Si el mundo fuera eterno, sería tan numerosa la multitud de los hombres,

que ecsistieran actualmente, que no cabrian en toda la estencion de la tierra. Es constante que un pueblo es tanto mas numeroso, quanto mas remoto y lejos se haya de su origen, esto es, de aquel ó aquellos que fueron sus progenitores y fundadores. Se ha observado, que una isla, ú otro lugar desierto se ha poblado con muy pocos individuos, y el número de sus descendientes ha ido aumentandose á proporcion de lo que se han ido alejando del tiempo de sus primeros pobladores. Este aumento ha sido mas ó menos, segun la salubridad, ó insalubridad del clima, y segun los mayores ó menores medios de subsistencia. Por ejemplo, segun las observaciones del baron de Humboldt en las llanuras encumbradas de nuestra México, el número de los nacidos respecto del de los muertos, es como de 230, á 100, y en todas las regiones frias, que son las mas de la América mexicana, están en la proporcion de 200, á 100; de modo, que segun los cálculos de este sabio viagero, la poblacion de nuestra América debería duplicarse en el espacio de 36 á 40 años; sin embargo asegura que personas muy instruidas en la materia, se inclinan á creer,

que los progresos han sido mas rápidos, y así se duplicaria la poblacion en menos tiempo, si no lo embarazaran la peste, y las demás plagas destructoras de la humanidad.

En confirmacion de esto hagámos mencion de los datos siguientes. Segun el empadronamiento del año de 1793, y los cálculos de personas inteligentes, la poblacion entonces de la américa mexicana, que se llamaba, nueva España, era de cinco millones y doscientas mil almas, y el aumento que regulaba Humboldt cada año era de ciento cincuenta mil, en años sin peste, ni otra plaga; y desde 1793, hasta 1824, se ha aumentado la poblacion en 3 millones de habitantes, segun el catecismo geográfico, que salió á luz en Londres dicho año de 824. De manera, que la poblacion se ha aumentado en mas de una mitad, en el tiempo de 31 años, á pesar de la plaga de muchas pestes, y de una guerra desoladora que ha padecido nuestra américa en este espacio.

Es evidente que el imperio de la Rusia padeciendo estas calamidades, especialmente la de la guerra, de cuyo azote está afligida con frecuencia, ha tenido unos aumentos asombrosos.

Segun la obra estadística de Mr. Hermann, el empadronamiento del año de 1763 dió catorce millones setecientas veinte mil almas. Resulta del que se hizo en 1783 cerca de veinte y cinco millones setecientas y setenta y seis mil almas; y en 1805 la poblacion de la Rusia se valuaba en 40 millones: que es decir, que en 42 años tuvo un aumento de 25 millones, y 280 mil individuos. En los Estados unidos del norte se ha visto desde el año de 1774 duplicarse la poblacion en 22 años: segun Humboldt parece que este cálculo está tomado de las tablas estadísticas de Mr. Samuel Blodget. Finalmente, aunque en otros estados sea menor el aumento de la poblacion, siempre es estable, segun la relacion de los viageros, y de otros que tratan sobre este asunto. Asentados estos cálculos, pasémos á los del sabio Taquet, que regula el número de los habitantes de toda la tierra en cada siglo, en dos mil millones. Pero yo quiero suponer, que sean muy ecsagerados los cálculos del aumento de la poblacion, y los de los habitantes del globo en cada siglo, y así rebajémoslos hasta su mitad, y demos que en cada siglo ecsisten en todo el

orbe solamente mil millones de hombres, y que este número se duplique, no como en la Rusia, en la que en 42 años se triplicó la población; ni como en los estados unidos del norte, en donde en 22 años se duplicó; sino que se duplique cada mil años, ó si quieres cada diez mil, que para eso tenemos sobrados siglos de que echar mano; pues en tu sistema el mundo tiene de existencia infinitos, porque es eterno.

Hechos estos cálculos en que confieso que puede haber muchos yerros, ó por exceso, ó por defecto, pues no son susceptibles de una exactitud matemática, repito, que si el mundo fuera eterno, deberían vivir un número tan incalculable de hombres, que no cabrían en toda la estension de la tierra; porque existiendo el género humano desde la eternidad, habría ido atravesando la serie de infinitos siglos, y así aunque hubieran sido muy pocos, ó uno solo allá en su principio (si acaso en la eternidad se puede concebir principio) y aunque se hubiera duplicado su número cada diez, ó veinte mil años, sería tan extraordinario, y tan inconcebible el número de los hombres

que existirían en la actualidad, que ningunos guarismos bastarían para calcularlos, y toda la estension de la tierra no sería bastante para hospedarlos.

EL MUNDO NO SE FORMO POR LA casualidad, sino por un ser sabio y omnipotente.

CONVERSACION TERCERA.



Sever. **B**ien, aunque tú me convenzas de que el mundo no es eterno, no me convencerás de que tubo un autor de quien recibió el ser. Porque muchos filósofos han explicado sabiamente la formación del mundo, sin que sea necesario fingirse un Dios que lo criara. Lo explican de este modo. Existieron desde la eternidad una multitud infinita de cuerpecillos ó partículas, que se llaman átomos; estos moviéndose incesantemente por todos los espacios, y ácia todas partes, se vinieron á unir, y á convarnar casualmente de tal modo, que formaron todos los cuerpos, y todos los seres de que consta el universo.

Clem. ¡O cuantos disparates, y cuantos de-

orbe solamente mil millones de hombres, y que este número se duplique, no como en la Rusia, en la que en 42 años se triplicó la población; ni como en los estados unidos del norte, en donde en 22 años se duplicó; sino que se duplique cada mil años, ó si quieres cada diez mil, que para eso tenemos sobrados siglos de que echar mano; pues en tu sistema el mundo tiene de existencia infinitos, porque es eterno.

Hechos estos cálculos en que confieso que puede haber muchos yerros, ó por exceso, ó por defecto, pues no son susceptibles de una exactitud matemática, repito, que si el mundo fuera eterno, deberían vivir un número tan incalculable de hombres, que no cabrían en toda la estension de la tierra; porque existiendo el género humano desde la eternidad, habría ido atravesando la serie de infinitos siglos, y así aunque hubieran sido muy pocos, ó uno solo allá en su principio (si acaso en la eternidad se puede concebir principio) y aunque se hubiera duplicado su número cada diez, ó veinte mil años, sería tan extraordinario, y tan inconcebible el número de los hombres

que existirían en la actualidad, que ningunos guarismos bastarían para calcularlos, y toda la estension de la tierra no sería bastante para hospedarlos.

EL MUNDO NO SE FORMO POR LA casualidad, sino por un ser sabio y omnipotente.

CONVERSACION TERCERA.



Sever. **B**ien, aunque tú me convenzas de que el mundo no es eterno, no me convencerás de que tubo un autor de quien recibió el ser. Porque muchos filósofos han explicado sabiamente la formación del mundo, sin que sea necesario fingirse un Dios que lo criara. Lo explican de este modo. Existieron desde la eternidad una multitud infinita de cuerpecillos ó partículas, que se llaman átomos; estos moviéndose incesantemente por todos los espacios, y ácia todas partes, se vinieron á unir, y á convar casualmente de tal modo, que formaron todos los cuerpos, y todos los seres de que consta el universo.

Clem. ¡O cuantos disparates, y cuantos de-

lirios en uno! No es de admirar que á Demócrito, á quien se atribuye la invencion de este sisetma, lo premiasen sus conciudadanos con entregarlo á Hipócrates, para que lo curase como á loco. Los ateistas por no admitir un ser eterno que es Dios, se ven en la precision de admitir infinitos seres eternos, que son los atomos. ¿Conque estos cuerpesitos fueron la materia de que se formó la máquina hermosísima y maravillosa del universo; el movimiento fué el único trabajador; y el arquitecto y director fué la casualidad? ¡O que artifice tan sabio! Estos atomos tubieron un movimiento eterno, ó no lo tubieron. Si lo tubieron, ¿es posible que en los infinitos siglos que precedieron á la formacion del mundo, no hubiesen hecho cosa alguna? Y sino tubieron el movimiento eternamente ¿quien se los comunicó? Porque segun los principios ciertos de la fisica, todo cuerpo que está en quietud, necesita de una causa esterna, que lo ponga en movimiento. Dice el axioma filosófico, todo lo que se mueve, se mueve por otro. Todo cuerpo por su naturaleza es indiferente para el movimiento, ó para la quietud; y así para tener movimiento,

necesita que otro se lo comunique, y á este, otro, y al otro, otro, y así sucesivamente hasta venir á terminar en un primer motor, que dando movimiento á todos los cuerpos, él no lo recibía de otro alguno: esta es la primera causa, este es Dios.

Además de esto: ¿el movimiento era una propiedad esencial, ó accidental á los atomos? Por propiedad esencial, como sabes, se entiende aquella que la cosa tiene por su naturaleza, sin la cual, ó no puede ecsistir, ó no puede concebirse. Y propiedad accidental es aquella sin la que la cosa ecsiste y se concibe, y le viene de una causa extrinseca. Es claro que el movimiento no es esencial á los atomos, porque fuera de que todos los filósofos sensatos afirman, que el movimiento no es una propiedad esencial á la materia, la esperiencia enseña, que infinitos cuerpos ecsisten sin movimiento, sin que les falte nada de los constitutivos de verdaderos cuerpos. Y en el caso de que los atomos hayan formado todos los cuerpos, ya perdieron su movimiento en aquellos cuerpos que se hallan en quietud: siendo así, que nin-

gun ser puede naturalmente perder una propiedad esencial.

Sever. Es cierto que todo lo que se mueve en tiempo, reconoce una causa que lo mueva; pero los atomos se movian desde la eternidad; y así, como su movimiento no tuvo principio, no reconoció causa alguna.

Clem. Esa es una respuesta arbitraria que nace de una mera adivinanza, y que se opone á las reglas de la lógica. Los ateistas fingén, que pudo haber tales atomos, y que pudieron tener un movimiento eterno, y con esto ya dan la cosa por hecha. Aun cuando esto hubiera sido posible, de allí no se infiere que realmente fué así. Es un raciocinio pésimo el que se forma de este modo: una cosa puede ser; luego es efectivamente. Y infinitas concebimos que pueden ser, y con todo eso no son. Y así los ateistas debian dar una razon sólida y convincente de que lo que aseguran pudo ser; y que realmente ha sido.

Segunda razon. ¿Los atomos se movian ácia un mismo lado, ó á diversos? Si á un mismo lado, entónces no pudieron unirse y combinarse entre sí, de modo que formáran los cuerpos, porque para es-

to se necesitaban movimientos ácia partes diversas y contrarias; y aun cuando se hubieran podido combinar, llevando todos una misma direccion, es claro que los cuerpos que se hubieran formado de ellos, hubieran seguido moviéndose ácia la misma direccion: pero la esperiencia enseña que los cuerpos tienen movimientos diversos y contrarios.

Si los atomos se movian ácia diversas partes, como era necesario para que se unieran, y se combináran entre sí estrechamente para formar los cuerpos, es claro que todos debieron quedar en perfecta quietud, porque unos á otros se impedian su movimiento. Los atomos que caminaban de oriente á occidente, serian impedidos por los que caminaban de occidente á oriente, y al reves; y lo mismo sucederia con los que se movian de norte á sur, y de sur á norte. Conque en este caso los cuerpos ya quedaron en quietud. ¿Pues quien les ha dado el movimiento que despues han tenido y actualmente tienen? ¿Se lo dieron ellos á sí mismos, ó lo recibieron de otro? No se lo pudieron dar á sí mismos, por-

que nadie da lo que en sí no tiene, dice el proloquio filosófico; luego lo recibieron de otro, que no moviéndose por alguno es el primer motor; luego los ateistas deben admitir un primer motor de los cuerpos distinto de ellos mismos: este es Dios; luego deben admitir la ecsistencia de Dios, demostrada por la necesidad de un primer motor de todos los cuerpos.

Paso ahora á demostrar, que la casualidad no pudo ser la causa de la formación de los cuerpos, y por consiguiente, ni del universo. Entre otras muchísimas demostraciones elijo la de un sabio Inglés. (Paley) Dice este: "Si al atravesar un desierto camináse sobre una peña, y me preguntáse á mí mismo, ¿por qué está allí la tal peña? pudiera responder mi curiosidad, que aquella peña habia estado allí siempre. Absurda sería esta respuesta; aunque por ventura no fuéa fácil demostrar que lo es. Mas supongámos que en vez de la peña hubiese hallado un reloj: ¿quien sufriría al que respondiese, que siempre habia estado allí? ¿En qué consiste esta diferencia? ¿Por qué no es aplicable igual respuesta á uno y otro caso? Porque al ecsaminar la estructura

del reloj, hallo en él lo que no puedo descubrir en la peña: hallo que las partes de que se compone han sido hechas unas para otras, y con determinado objeto: que este objeto es el movimiento: y que este movimiento se dirige á señalar las horas. Continuando el ecsamen del reloj, descubro, que si tuviesen diversa estructura sus piezas, ó fuesen de otro modo colocadas, no se lograría el fin de su construcción. Observo en él un muelle que es principio de su movimiento, una multitud de ruedas, y un encadenamiento de encajes, que dan impulso desde el cono canelado hasta el volante, y desde el volante hasta las saetas.

Supuesto el mecanismo del reloj, parece evidente la consecuencia de los hechos. Forzoso es que esta máquina sea obra de uno, ó de muchos artífices; que estos artífices ecsistiesen antes de fabricarla; y que al fabricarla se propusiesen el resultado de ella que estoy observando.

Pues si la máquina de un reloj no puede ser efecto de la casualidad, cuanto menos lo podrá ser la máquina admirable del universo, que hace imponderables ventajas á la del reloj. Si nó vol

vámonos los ojos á la magnitud, orden, proporción, variedad, hermosura, constancia y uniformidad del universo, y, no declarándonos enemigos de la verdad y de la razon, nos convencerémos que este universo no pudo ser obra del acaso, sino de un ser infinitamente sabio y poderoso. Decia Ciceron, orador y filósofo gentil: ¿qué, no me admiraré de que haya quien se persuade que hay ciertos cuerpos sólidos é indivisibles, que se mueven por la fuerza y la gravedad, y que de su concurrencia casual se haya formado este mundo tan adornado y tan hermoso? Si hay quien crea esto, no entiendo como no crea que de innumerables caracteres ó letras que se arrojen en el suelo, no se formen los anales de Enio, ó siquiera un solo verso que se pueda leer; y si el mundo se pudo formar por el concurso casual de los átomos, ¿por qué no se forma un pórtico, un templo, una casa, ó una ciudad, que es de menos trabajo y de mayor facilidad?

La grandeza y tamaño del mundo es tan extraordinaria, que los mas célebres astrónomos se han fatigado en valde para determinarla. Solo podemos

conjeturarla por el tamaño del sol, y por la distancia de este á la tierra. Casini dice, que el sol es un millon de veces mayor que la tierra: Hugens juzga, que es trece millones seiscientas mil novecientas setenta y ocho: y Wolfio, opina que es treinta y cinco millones once mil ochocientas y ocho veces mayor. La distancia de este astro hermosísimo hasta la tierra es tanta, que los mejores astrónomos discordan en millones de leguas. Algunos dicen, que dista veinte y siete millones cuatrocientas cincuenta y tres mil trescientas cuarenta y cuatro leguas. A esto se agrega que los mas sabios en la astronomia juzgan, que las estrellas fijas son otros tantos soles con sus respectivos planetas, que giran al rededor de ellas; y aunque se ven tan pequeños es por su imponderable distancia de nosotros. Dicen algunos astrónomos, que si desde la tierra se disparara una bala de cañon, que siempre caminara con una misma velocidad, tardaria en llegar á la estrella fija mas cercana á nuestro globo, seiscientos mil años; y así, si los planetas del sol distan de él millones de leguas, es de creer que lo mismo suceda con los

planetas de las estrellas fijas respecto de ellas; por consiguiente, es enormísima la distancia de una estrella á otra; y siendo estas innumerables, es claro que el entendimiento humano se pierde al querer concebir la multitud de millones de leguas que hay desde el último astro del oriente, hasta el último del poniente; que es decir, la distancia que media entre los dos astros que están en las estremidades del diámetro de la esfera del mundo.

El hombre menos reflexivo, el mas insensato conoce con evidencia el orden y proporcion tan concertada y tan harmoniosa que guardan entre sí las partes todas del universo. Observamos que las unas dicen relacion á las otras, y que todas se gobiernan por unas leyes, que las hacen dirigirse y conspirar á un mismo fin, de que resulta un orden y una harmonia, que llama la atencion aun del hombre mas indiferente.

Contraigámonos solamente al sol y á la tierra. Estos dos cuerpos están colocados con tal proporcion entre sí, cuanta es necesaria para la conservacion del mundo, y para la utilidad y necesidades de todos los vivientes; de modo que colocados el sol y la tier-

ra en otra distancia, todo seria confusion, desorden y ruinas. Si el sol estuviera mas cercano á la tierra, con su sumo calor moririan las plantas y los animales, se derritirian los metales, las aguas se disiparian en vapores, no habria atmósfera ni nubes, y la tierra reducida á cenizas, se haria enteramente estéril é infecunda. Pero si el sol distara mas de la tierra de lo que actualmente dista, se cubriría esta de tanta abundancia de nieve, que todos los vivientes perecerian con el sumo frio, todas las aguas y las nubes se congelarian, y estas por su gravedad desprendidas de lo alto, cubrirían la superficie de la tierra, que quedaria incapaz de producir las plantas y las yervas. Y en el caso de que el sol, en la misma distancia, ó fuese mayor, ó de calor mas activo, pereceria el globo de la tierra; pero si fuese menor en la masa ó en la actividad, moririan todas las plantas y todos los vivientes, por el rigor del hielo y de la nieve. La conveniencia en la proporcion tan igual de tamaños y de distancias de estos dos cuerpos, su colocacion en esta estension inmensa de espacios, en aquellos dos puntos en que deben es-

tár para el bien de los habitantes del mundo, demuestran una inteligencia y una eleccion; esto es, prueban que hay un ser infinitamente sabio, que conoce la conveniencia y la proporcion en que deben colocarse estos dos cuerpos, y elige mas bien esta que cualquiera otra. Lo que obserbamos con tanta admiracion en estos dos grandes cuerpos, podemos observar en las innumerables partes aun mínimas de que consta el universo, y halláremos, que en todas resplandece la sabiduria infinita y la omnipotencia del criador universal. El mundo corporal es tambien una máquina; pero las partes de que se compone, y sus diferentes usos son innumerables. Está dividida en muchos globos luminosos ú opacos: estos se mueven en sus orbitas que tienen prescriptas, y en tiempos fijos, al rededor de los globos luminosos, para recibir de ellos la luz, el calor, el dia y la noche, las estaciones, y las diversas temperaturas, el alimento y aumentos, segun las necesidades y naturaleza de los diversos habitantes. La posicion de los planetas, y su gravitacion mutua, se diferencian tanto, que parece casi imposible determinar de

ante mano el tiempo preciso en que volverán al punto de donde partieron, para comenzar de nuevo su curso periodico. No obstante los varios fenómenos que estos globos nos presentan, y la espantosa multiplicidad de sus movimientos, no ha sucedido todavia en el curso de millares de años, que estos cuerpos enormes se hayan tropezado, ó embarazado unos á otros en sus revoluciones. Todos los planetas corren regularmente sus orbitas en el tiempo prescripto: siempre han guardado su orden y sus respectivas distancias, y no se han acercado mas al sol: sus fuerzas están siempre en el mismo equilibrio y en las mismas proporciones. Las estrellas fijas son lo mismo hoy que lo han sido siempre: sus distancias, su fuerza proyectiva, su ascenso recto, sus declinaciones, sus paralajes y sus direcciones, son perpetuamente las mismas: y tambien la altura del sol, los dias y las noches, los años y las estaciones, son ahora lo mismo que eran antes. Prueba incontrastable de que en la primera disposicion de los cuerpos, en la medida de sus leyes, y relaciones de sus fuerzas, en la regularidad y rapidez de su curso, hay una sabiduria

y un poder infinito, que previó y determinó el estado futuro del mundo y de sus partes, por toda la duracion de los siglos.

Sever. En la tierra no hay uniformidad ni constancia en los efectos de la naturaleza: el tiempo, el frio, el calor, el rocío, la lluvia, la nieve, los relámpagos, las tempestades y todos los tiempos, varían indiferentemente. Las aguas inundan la tierra; se descubren continentes que antes estaban cubiertos de las aguas: se secan los rios, ó mudan su curso; y brotan manantiales de los lugares en donde antes no los habia. Estos efectos son puramente casuales; luego no hay en la naturaleza esas leyes que producen unos mismos efectos constantes y uniformes.

Clem. Tu argumento mas bien es contra tí, y contra los demás ateistas que aseguran, que la naturaleza se gobierna por unas mismas leyes eternas é inmutables. Nosotros aunque defendemos que es uniforme y constante el orden de la naturaleza, confesamos, que el autor de ella tiene libertad y poder para variar, ó suspender la ley ó leyes que fueren de su agrado, y segun conveniga á los altos fines de su providencia. Pero respondiendo directamente digo:

que estas variaciones que se observan en la tierra no son substanciales porque no muda su figura, su tamaño, sus fuerzas, su equilibrio, y en el sistema de Copernico, de que la tierra se mueve al rededor del sol, siempre conserva respecto de él una misma distancia, siempre sigue una misma direccion, describe una misma orbita, con igual velocidad y en igual espacio de tiempo. Esas variaciones son accidentales, y esto en la apariencia y respecto de nosotros: porque cada variación ó modificacion, tiene su razon suficiente, y su causa en la variacion que le precedió, y esta en la anterior, y así de las demás hasta llegar al origen de las cosas. Por el contrario, estas variaciones de los elementos, son los verdaderos medios de mantener en la tierra de año en año, el orden, la fertilidad y la abundancia: y si cada modificacion actual está fundada sobre la precedente, es manifesto que los elementos no se formaron ni combinaron por un acaso ciego; sino que desde el principio una sabiduria eterna produjo, mezcló y combinó los elementos, midió sus fuerzas, y determinó sus efectos para toda la sucesion de los tiempos.

PRUEBASE LA ECSIISTENCIA DE DIOS
por la formacion de los insectos, y repro-
duccion de las plantas.

CONVERSACION CUARTA.

Es preciso hablar de un objeto de que vivimos olvidados, y que aun cuando nos acordamos de él, lo vemos con el mas alto desprecio. Estos son los insectos, que perecen continuamente bajo nuestros pies. ¡Que ageno está el hombre poco reflexivo de creer que los insectos son un objeto de los que mas recomiendan la sabiduria y el poder del autor de la naturaleza!

Sever. En efecto, yo siempre he tenido á los insectos por una cosa de las mas viles y despreciables de la naturaleza.

Clem. Es señal de que no los has visto con ojo filosófico, observando y meditando el conjunto de maravillas inesplicables que encierran. Estáme atento. Los filósofos, como bien sabes, llaman insectos á aquellos animalejos que carecen de huesos, y que no tienen sangre, y si la

tienen no es del color que la nuestra. Los insectos tienen cabeza, sesos, ojos, barba, dientes, trompa, pies, coraza, anillos, pelos, respiracion, voz y sentidos: tienen pulmones y vasos para la respiracion: tienen corazon, estomago ó ventrículo, para que el alimento se convierta en jugo para nutrirlos: tienen músculos para los movimientos y saltos: se observan en ellos ciertas fibras, que se cree son venas y arterias, por donde circula un humor equivalente á la sangre.

Sever. Me parece que en esto hay mas de suposicion y de adivinanza, que de realidad: porque ni hay instrumentos tan sutiles para hacer la diseccion de cuerpos tan pequeños, ni hay ojos tan perspicaces que puedan ver unas partes menudisimas, é imperceptibles.

Clem. Reflexiona, que estos descubrimientos los debemos á la invencion industriosa y admirable de aquellos anteojos, llamados microscopios, que aumentan los objetos hasta un término casi increíble; pues los aumentan millones de veces. En nuestros dias, ninguno que tenga una mediana tintura en la filosofia puede dudar de este aumento; porque consta por observaciones continuas.

Muchos de los insectos son transparentes, y se perciben sus intestinos con el microscopio, especialmente poniendo á la otra parte una luz muy fuerte, como sucede en el microscopio solar; y aquellos que no son transparentes, despojados de la piel con la delicadeza posible, quedan diáfanos, y ya entónces se pueden observar.

Pero aun crece nuestra admiracion al considerar la suma pequeñez de algunas clases de insectos. Despues que los filósofos, observadores de la naturaleza, inventaron los microscopios, se descubrió un innumerable pueblo de animales, que vivian delante de nuestros ojos y con nosotros mismos, toda la vida, sin que tuviésemos noticia de ellos. Uno de estos naturalistas observó en una sola gota de vinagre millares de insectos. Otras veces halló animalillos tan pequeños, que serian menester un millon y aun mas de ellos, para igualar el tamaño de un grano de arena. Mr. Melizeu dice: que con su microscopio halló insectos veinte y siete millones de veces mas pequeños, que el gusanillo imperceptible que se cria en el queso.

Pues ahora bien: estós insectos de una pequeñez tan extraordinaria y asombro-

sa, tienen, segun dijimos, todas sus partes exteriores é interiores, formadas con órden y con armonía, y tienen todos sus organos y vasos para recibir el alimento, para la nutricion, para el movimiento, para las sensaciones y demás funciones de la vida, lo mismo que los elefantes: y ¿será posible que estos cuerpillos tan perfectamente organizados, estas máquinas tan admirablemente construidas, en que se advierten oficios, destinos, y órden de unas á otras, y que por lo mismo suponen inteligencia, prevision, y designio en el autor, sean obras de un concurso casual y confuso de los átomos, de un acaso ciego é impotente? Es necesario para afirmar este delirio, ser tan ciego, como la misma casualidad. Para evitar difusion, omito hablar de la propagacion extraordinaria de los insectos, de sus transformaciones maravillosas, y de la generacion y reproduccion de otros innumerables seres en quienes resplandecen evidentemente las operaciones de un ser infinitamente sábio y poderoso, origen y causa fontal de cuanto encierra el universo.

Sever. Sin necesidad de recurrir á un Dios, principio de todos los seres, hallámos

que la naturaleza es la autora de todas esas producciones, que tanto nos sorprenden, y arrebatan nuestra admiracion.

Clem. Permite me que diga, que los ateistas y todos los incrédulos, son á manera de los pájaros, que perseguidos en un arbol, saltan sucesivamente á otros, sin hacer mansion en alguno mientras dura la persecucion. Cuando los ateistas se ven estrechados por argumentos poderosos, contra la casualidad, ó concurrencia fortuita de los atomos, dan un salto de un principio á otro, diciendo, que la naturaleza es la causa de los seres y de las producciones que contiene el universo. Conque, primeramente, el principio de todos los entes, ya no es uno, sino dos, la casualidad y la naturaleza. En segundo lugar, quisiera yo que me esplicaras, ¿qué significa la palabra *naturaleza*? porque en cualquiera acepcion ó sentido que se tome, no puede ser la causa de los seres y de las producciones. ¡O, quanto han abusado, y abusan de esta palabra los ateistas y deístas! Prescindiendo de otros significados que tiene esta voz *naturaleza*, que no hacen á nuestro asunto, veámos los dos principales y mas comunes, y hallarémos, que de ninguna manera favorecen á los

ateistas. La palabra *naturaleza* significa las calidades y propiedades de un ser; y así, se dice, que una cosa es por naturaleza húmeda ó seca, fria ó caliente; que un hombre es fuerte ó débil, sano ó enfermiso; y que un cuerpo es duro ó blando &c: en este sentido es evidente, que la voz *naturaleza* no favorece á los ateistas; porque seria un desatino el mas ridiculo, y un error filosófico el mas intolerable, decir, que las calidades y propiedades de una cosa, sean la causa de su ser, y de su ecsistencia: como si yo dijera: la fortaleza ó debilidad, la sabiduria ó necedad de un hombre, es la causa de su ecsistencia.

Sever. Los ateistas no son tan necios, que tomen en este sentido la palabra *naturaleza*: porque no puede ser principio de una cosa, lo que supone la cosa ya ecsistente; pues primero es ser, y luego ser de este, ó del otro modo.

Clem. Me parece muy bien, y así pasemos á la significacion principalísima. Por esta voz *naturaleza*, se entiende el conjunto y agregado de todos los seres, que forman y componen el universo. ¿No es este el sentido en que toman esta palabra los ateos?

Sever. Convengo en ello.

Clem. Te ves forzado á convenir, porque no hay otro sentido en que tomarla, que sea para tu intento. Pero breve te pesará de haber convenido en ello, por la consecuencia terrible que va á venir sobre tí, y es esta: luego todos los seres son causa de todos los seres: es decir, son causa de sí mismos. Esta es una contradiccion evidente, un imposible.

Sever. Manifiesta esa consecuencia, de que se sigue esa contradiccion.

Clem. Mirala en este discurso sencillo, claro y demostrativo. Si pregunto á un ateaista, ¿cual es la causa de una piedra, de una planta, ó de un hombre? me responde, que la *naturaleza*; de modo, que si yo le siguiera preguntando por la causa de cada uno de los seres del universo, me respondería, que la *naturaleza*. Pues bien: ¿qué otra cosa es la *naturaleza*, segun hemos convenido, sino el agregado de todos los seres? luego los seres todos son la causa de todos los seres: y así, son causa de sí mismos. Está demostrada la consecuencia, y ahora paso á demostrarte la contradiccion. Si los seres fueron causa de sí mismos, ecsistian y no ecsistian á un mismo tiempo: lo que es una contradiccion evidente. Ecsistian,

porque fueron causa; y nada puede ser causa, sin ecsistir antes.

Sever. No hay duda: porque es principio filosófico, que primero es ser, que obrar.

Clem. Por otra parte: no ecsistian al mismo tiempo, porque si recibieron la ecsistencia, no la tenian; luego ecsistian, porque fueron causa de su ecsistencia; y no ecsistian al mismo tiempo, porque la recibieron. Esta es una contradiccion evidente, es un absurdo, y es un imposible, segun el proloquio filosófico, que califica de imposible el que una cosa sea, y no sea á un mismo tiempo. Pero para abreviar: ¿qué dirias de un hombre, que asegurase, que era padre de sí mismo?

Sever. Diría, que era el loco mas frenético del mundo.

Clem. Pues esto son los ateaistas, cuando responden, que la *naturaleza* es la causa de los seres, y de las producciones del universo. Y son tanto mas delirantes, cuanto mas se jactan de filósofos.

Sever. Mas extraño es, que los que defienden la ecsistencia de Dios, digan, que esta cosa, ó la otra, es produccion de la *naturaleza*; y así admiten dos causas de los seres, una que es Dios, y la otra la *naturaleza*.

Clem. Los que defendemos la existencia de Dios, tomamos la voz naturaleza, unas veces por el autor de ella, y otras veces atribuimos algunas producciones á la naturaleza como á causa secundaria; pero siempre reconociendo á Dios como á causa primaria y universalísima de todos los seres, y de todas las producciones de la naturaleza. Finalmente, ¿qué razones positivas alegan los ateístas para asegurar, que el universo se formó por la concurrencia casual de los átomos?

Sever. Nosotros concebimos, que así pudo ser: y no hallando otra causa á que atribuirlo, nos vemos precisados á atribuirlo á la casualidad.

Clem. Con ese mismo argumento te voy á demostrar mas eficazmente la existencia de un Dios. Nosotros concebimos, que Dios es el autor y criador del universo; y no hallando otra causa á que atribuir la formación del mundo, nos vemos obligados á atribuirlo á Dios: he aquí las razones. Nosotros observamos en la naturaleza, en sus efectos y producciones, hermosura, orden, armonía, uniformidad y constancia. Vemos, que unas cosas dicen relación á otras, y que todas están ordenadas res-

pectivamente cada una á su fin particular, y todas juntas á su fin general. Nos convencemos de que en esto hay un designio, y un intento premeditado, y que este designio supone una inteligencia capaz de disponer, de combinar, y de ordenar las cosas á sus fines; y de aquí inferimos justamente, que en la naturaleza resplandecen las operaciones de un artífice, sábio y poderoso: pero quiero darle mayor fuerza á este argumento. Supongamos por ahora, que el universo se formó por el concurso casual de los átomos; pues aun en este caso, la razon y la prudencia nos obligarian á creer, que no habia sido obra de la casualidad, sino de la sabiduria y del poder de algun artífice. Figurémonos como posible este caso, que un hombre tomando una porcion de pinceles empapados en diversos colores, los arrojára, ó todos juntos, ó uno por uno en un lienzo, y que de este hecho casual se formara una imágen perfecta de un hombre. Es claro que este caso es imposible; y ¿quanto mayor lo es, el que el universo, que es una obra mucho mas perfecta, que la imágen mas acabada, se haya formado de la concurrencia accidental y tumultuaria de los átomos?

Pero aun suponiendo, como dije, que el caso no solamente es posible, sino que hubiera sucedido efectivamente; si entonces esta imágen se hubiera presentado á los ojos de innumerables espectadores, me persuado que no la hubieran tenido por obra de la casualidad; no obstante de que lo habia sido; sino que todos la hubieran reputado por obra de un artífice, que habia practicado en ella las reglas del arte, con inteligencia y acierto de la idea y fin que se propuso. Pues á este modo, y con muchísima mayor razon, aun cuando el universo hubiera sido obra de la casualidad, al ver en él artificio, proporciones, orden, relaciones de unas cosas con otras, fin y medios conducentes á él, todos deben confesar, compelidos por la razon, que esta es una obra de un artífice infinitamente sabio y poderoso.

El hombre mas ignorante y estúpido, cuando discurre con sinceridad, reconoce y admira esto mismo en la reproduccion de las semillas. Ve, que estas metidas en la tierra, se pudren, se corrompen, revientan, y producen un tallo casi imperceptible, que despues brota de la tierra, crece y se engruesa poco á poco, forma un pequeño tronco con su

corteza, que luego produce las ramas, despues las hojas, y que, últimamente, cuando llega á tal estado de corpulencia y de tamaño, nacen de las ramas una multitud de flores, y que de estas nace el fruto que va creciendo hasta su perfecta sazón. Que este mismo arbol, cuando vuelve la estacion oportuna, se reviste nuevamente de hojas y de flores, que vuelven á producir sus frutos, y que estos frutos se regeneran á sí mismos, produciendo en su interior unas nuevas semillas, que producen nuevos frutos. ¿Quien no admirará en la reproduccion de las semillas, una mano poderosa, que les comunicó esta virtud; una mano sabia que ha ido dirigiendo ordenadamente todas estas operaciones hasta el término de la perfeccion? ¿y quien no reconocerá una mano próspera, que quiso destinar todo esto para el alimento, medicamentos, utilidad, recreacion y otros fines, propios para la conservacion de la vida del hombre, y que contribuyen tanto á su bien y su felicidad?

Sever. Bien pudo resultar esa virtud en las semillas de la union de los átomos, combinados de este, ó del otro modo, apto para producir esos efectos.

Clem. Es necesario que no olvidemos, que es reprobado en buena lógica el raciocinio que se forma de la potencia al acto: esto es: pudo ser una cosa, luego fué; es mal modo de discurrir. Además de esto, es tambien necesario no desentenderse de las razones que te he alegado. En la reproduccion de las semillas, y lo mismo en todos los efectos de la naturaleza, se observa con evidencia un encadenamiento de operaciones que van caminando sucesivamente hasta el término de la perfeccion. Esto supone un agente, que se propuso este fin, que conoció los medios conducentes á su consecucion, que supo elegirlos, que los puso en efecto, y que fué conduciendo todas estas operaciones hasta conseguir el fin que se propuso. Todo esto manifiesta en el agente conocimiento, providencia y poder: propiedades, que ciertamente no se pueden atribuir á una combinacion casual y fortuita; que ni tiene conocimiento del fin, ni eleccion de los medios, y que, por consiguiente, no puede poner estos, ni irlos ordenando hasta la consecucion de tal fin.

Sobre lo dicho debes añadir, que es constante é indefectible la combinacion,

y orden, que se nota en los seres todos, porque como no puedes negarlo, las generaciones en los animales y plantas, la formacion en los metales &c., siempre observan una misma marcha; pero lo que es obra del acaso, es incapaz de esta uniformidad: pues lo que hoy casualmente sucedió así, mañana será ciertamente de otro modo, y quizá nunca volverá á ser, como fué la vez primera. ¿No es esto lo que miran tus ojos en todo aquello donde tiene lugar la casualidad? luego ¿con qué juicio, ni con qué lógica quieres atribuir á esta inesperada combinacion unos efectos tan uniformes y tan constantes? Creeme Severo, que si lo reflexionas, debes avergonzarte de adoptar tan despreciable sistema.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS
por la conservacion de los animales.

CONVERSACION QUINTA. ®

✻✻✻

Quiero hacer una observacion ligera sobre la conservacion de los animales. Todos estos hallan en la naturaleza

Clem. Es necesario que no olvidemos, que es reprobado en buena lógica el raciocinio que se forma de la potencia al acto: esto es: pudo ser una cosa, luego fué; es mal modo de discurrir. Además de esto, es tambien necesario no desentenderse de las razones que te he alegado. En la reproduccion de las semillas, y lo mismo en todos los efectos de la naturaleza, se observa con evidencia un encadenamiento de operaciones que van caminando sucesivamente hasta el término de la perfeccion. Esto supone un agente, que se propuso este fin, que conoció los medios conducentes á su consecucion, que supo elegirlos, que los puso en efecto, y que fué conduciendo todas estas operaciones hasta conseguir el fin que se propuso. Todo esto manifiesta en el agente conocimiento, providencia y poder: propiedades, que ciertamente no se pueden atribuir á una combinacion casual y fortuita; que ni tiene conocimiento del fin, ni eleccion de los medios, y que, por consiguiente, no puede poner estos, ni irlos ordenando hasta la consecucion de tal fin.

Sobre lo dicho debes añadir, que es constante é indefectible la combinacion,

y orden, que se nota en los seres todos, porque como no puedes negarlo, las generaciones en los animales y plantas, la formacion en los metales &c., siempre observan una misma marcha; pero lo que es obra del acaso, es incapaz de esta uniformidad: pues lo que hoy casualmente sucedió así, mañana será ciertamente de otro modo, y quizá nunca volverá á ser, como fué la vez primera. ¿No es esto lo que miran tus ojos en todo aquello donde tiene lugar la casualidad? luego ¿con qué juicio, ni con qué lógica quieres atribuir á esta inesperada combinacion unos efectos tan uniformes y tan constantes? Creeme Severo, que si lo reflexionas, debes avergonzarte de adoptar tan despreciable sistema.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS
por la conservacion de los animales.

CONVERSACION QUINTA. ®

✻✻✻

Quiero hacer una observacion ligera sobre la conservacion de los animales. Todos estos hallan en la naturaleza

con que alimentarse, con que curarse de sus enfermedades, y con que defenderse de los peligros en que pueden perecer. Las aves que vagan por los áires, los brutos que andan por la tierra, los peces que surcan las ondas, y los insectos imperceptibles que habitan las concavidades de las peñas y las entrañas de la tierra, tienen el alimento correspondiente, según sus especies y condición, para nutrirse y conservar la vida. Tienen, según hemos dicho, una multitud de partes interiores destinadas maravillosamente para la recepción del alimento, para su decocción, para su distribución, y para la nutrición. Tienen también todas las partes exteriores que les sirven de instrumentos proporcionados á estos efectos. De las aves, unas se proveen de alimento en el aire, como el Milano, el Cuervo, el Gavilan y la Aguila; y estas tienen las uñas puntiagudas y duras, para agarrar en el vuelo la presa viva, y asegurarla para que no huya; y tienen el pico fuerte y retorcido, para dividirla en partes, y así poder tragarla. Otras suelen buscar el alimento en los árboles, en los arbustos, en las yerbas, y en las espigas, como las palomas, los canarios, los gorriones, los gilgueros y

otras aves, y tienen los pies con muchas coyunturas, para poderlos encorvar, y así sostenerse de las ramas. La facultad de volar, les produce gran utilidad; y observamos, que la configuración de sus cuerpos y su ropage, son acomodados al vuelo. Tienen la cabeza pequeña, que termina en un pico agudo para cortar facilmente el aire: tienen las plumas ligeras, para no cargarse de peso; y están dispuestas de tal modo, que no se opongan al viento, que les serviria de obstaculo para su carrera: están adornadas de alas para volar, provistas de muchos músculos para el movimiento necesario, y concavas moderadamente para recoger mas aire que las sostenga en lo alto, y para abrigarse cuando el ambiente las molesta.

Reflecionémos sobre los cuadrúpedos. De estos, unos se sustentan con carne, como los leones, los lobos y los tigres; y para hacer su presa, y que no se les escape, tienen uñas largas, afiladas, corvas y fuertes, y una dentadura robusta para despedazar la carne cruda, por dura que sea. Siendo de notar, que dentro de los pies tienen unas vainas para esconder y guardar las uñas, y precaverlas

de que se emboten y desafilén con el roce que tendrían con la tierra y con las piedras.

En los animales corpulentos el cuello es proporcionado á la altura de sus cuerpos, como en el Camello; porque de otro modo no podrían pacer en la postura natural de parados. Pero como en el Elefante, que es una torre de carne, no se acomodaria bien un cuello tan largo como la altura de su cuerpo, tiene por suplemento la trompa, que le sirve como de cuello dilatado y de manos, para vencer todas las incomodidades que le trae su excesiva corpulencia, en desarraigar las plantas, cuando se apacienta, y en vadear los rios, cuando no puede hacerlo, sino nadando.

Ultimamente, los peces están formados de tal modo, qual lo ecsigen el elemento en que viven, y las necesidades que deben satisfacer. Su cabeza comunmente es algo larga, debiendoles servir como de proa á estos baxeles animados, que surcan las ondas. Las niñas de sus ojos son esféricas, y no como en los animales terrestres; en forma de lentejas, para que así puedan los rayos visuales pasar con mayor facilidad por el agua, que es mas

densa que el aire; porque necesitan percibir desde lejos el alimento de que se han de proveer. No tienen párpados; porque estos sirven, segun los físicos, para impedir á los cuerpecillos que vuelan por el aire, su introduccion en los ojos. No tienen lengua; sino muy imperfecta; porque no mascan el alimento, sino que lo tragan, para impedir al agua su entrada en abundancia. Carecen de cuello, porque naciendo mudos, segun lo pide su elemento, no lo necesitan para formar la voz. Como navegan, tienen en lugar de pies unas plumillas, que les sirven de remos, y una pluma mas ancha en las estremidades, de que usan como de timon, para gobernarse y dirigirse en sus giros; y, en fin, tienen cerca de la cabeza unos canales para arrojar la agua que tragan.

Las configuraciones, formas y operaciones de los animales, arrebatan la atencion, y ecsitan la admiracion aun de los hombres mas indiferentes en contemplar las maravillas que se encierran en estas cosas: y cualquiera por poco reflexivo que sea, si presta el oido á la voz de la razon, conoce, y confiesa, que en todo esto hay un designio, hay un fin y una eleccion de medios, que

es necesario atribuir á una inteligencia y á un ser infinitamente sabio.

Sever. ¿No te resta otra cosa que añadir sobre esta materia?

Clem. Tengo tantas, que si hubiera de hablar de ellas, sería interminable mi discurso. Pero para concluir este capítulo, quiero añadir en compendio las reflexiones siguientes. Los animales no solo se proveen del alimento necesario, sino que saben distinguir el provechoso del nocivo: saben precaverse y librarse de todos sus contrarios exteriores é interiores: están dotados de armas y de sagacidad para defenderse de los enemigos exteriores. Las aguilas afilan sus uñas en las piedras, y despues las resguardan, para no perder la aptitud de estas armas con que han de vencer. Los toros, los ciervos y los corzos, aguzan sus cuernos en los troncos, y luego hacen prueba de ellos repetidas veces antes de entrar en la lid con sus contrarios. La Ardea se vuelve con el pico ácia arriba entre las alas, y recibe intrépidamente el ímpetu de los halcones, que bajando furiosos sobre ella para hacerla su presa, quedan heridos y muertos. Los ganados mayores se hacen fuertes contra el lobo, uniendose unos

con otros en círculo espeso, con las cabezas vueltas al enemigo. Los jumentos se vuelven con los pies ácia el Lobo, pues teniendo en ellos toda la fuerza se defienden á coces. Muchos animales para librarse de sus contrarios, convocan con la voz á sus compañeros, como los cisnes, las cigüeñas, las monas y otros. Algunas veces, para ofender y defenderse, se valen de unos medios como si fueran racionales, astutos y sagazes. El Vron para pelear con las serpientes se prepara comiendo antes ruda; yerba de olor intolerable para ellas. El Tigre para que lleguen con seguridad las otras fieras á alimentarse con su carne, se finge muerto, y de repente da el salto sobre ellas, y las despedaza. Se ha visto á la Vulpeja revolcarse en tierra roja, para parecer cadáver sin piel; á fin de que se acerquen las aves á comer de ella, y han sido víctimas de su sagacidad. Las sepias, y los pulpos, al tiempo de ser sorprendidos, despiden una tinta con que enturbian la agua para escaparse del que los va á coger. El Oso entra en la cavidad ácia atras para aparentar que ha salido, y aun el Leon, á pesar de su fortaleza y furor, borra las

hueyas de sus pies, estampadas en la arena, para que no se vea el camino que toma. ¡Qué astucia, qué sagacidad tan admirable en los brutos! y no es menor la que tienen para curarse, y precaverse de las enfermedades que son los contrarios interiores. A la verdad son pocas sus enfermedades en comparacion de las nuestras: se presume prudentemente que una de las causas es, que viven con mas templanza que la mayor parte de los hombres. La gula, la lascivia y otros ramos de la intemperancia, influyen en gran manera en el quebranto de la salud de los hombres, y en acortarles los pocos y rápidos dias de su ecsistencia sobre la tierra. Y si esto sucede en aquellos que creen que hay un Dios, que los obliga á la observancia de una ley, tan opuesta al desahogo de las pasiones, y que están persuadidos de que tienen una alma inmortal, que ha de entrar en la posesion de los premios, ó de los castigos eternos; ¿qué será respecto de aquellos, que nada de esto creen, y que antes se persuaden que han de tener un fin semejante al de las bestias?

Sever. Omite declamaciones, y no te apar-

tes del camino que llevas, porque aunque somos contrarios en esta materia, gusto mucho de oírte discurrir; prometiendote, que si me alegares tales razones que á su peso deba inclinarse el entendimiento racional, yo daré gloria á la verdad, y me confesaré vencido.

Clem. Dispensame una esclamacion que es hija del dolor, que oprime mi corazon á vista de los estravios y desgracias de mis semejantes; y alentado con tu buena disposicion, voy á concluir este discurso, para pasar á otros no menos conducentes á nuestro asunto.

Finalmente, los animales saben hallar remedios proporcionados á sus enfermedades. La Golondrina se cura la ceguera con la celidonia, y la Vivora con el hinojo. El Ciervo se cura las heridas con el dictamo. Las tortugas se libran de los efectos del veneno, con el orégano. Las palomas torcaces y los cuervos, hallan remedio para todos sus males en el laurel; pero aun es mas admirable, el que saben precaverse anticipadamente de los males que les amenazan. Los peces ya pasan de alta mar á las costas, y ya de las costas vuelven á alta mar, y muchos de ellos se

transportan de los mares calientes al ponto euxino, y de aquí regresan á sus primeras estancias, para librarse de la destemplanza de los vientos. Las grullas de la Scytia septentrional, para huir los rigores del invierno, pasan á la Etiopia sin errar el camino. Se cree que las golondrinas de la Italia, para escaparse de la crueldad de los hielos, se van á la Africa. Tambien las codornices, los tordos y las tórtolas, se acogen en tierras apacibles, mientras que vuelve la primavera; y aun los buitres, no obstante de alimentarse de cadáveres, buscan países en donde corre el aire sano; de manera que el morar estos animales en algun país, se toma por indicio de sanidad. Pues ahora, pregunto, ¿en donde estudiaron los brutos la ciencia de la medicina para conocer sus enfermedades y los medicamentos eficaces para su curacion, tanto que muchas veces ellos con elegir, ó desechar las yerbas, han enseñado á los mismos hombres, cuales son provechosas, y cuales nocivas?

Por otra parte, vemos que un Hipócrates, príncipe de la medicina, despues de haber consumido en el estudio su propia vida, para alargar la de sus se-

mejantes, confesó ingenuamente, que la arte es dilatada, la vida es breve, los experimentos son falibles, y que hasta entónces no se habia hallado remedio á muchas enfermedades: esto mismo sucede en nuestros tiempos. Vuelvo á preguntar, ¿quien enseña á los brutos la fisica y la astronomia, para que conozcan anticipadamente los temporales, las tempestades, y la mudanza de las estaciones? ¿Podrá una casualidad que nada conoce, comunicar á los brutos estos conocimientos que son el objeto de la admiracion de los hombres mas sabios y reflexivos? ¿Cuanto se manifiesta en esto la sabiduria y la omnipotencia de un ser, que quiso que en todas las hechuras de sus manos, brillasen los rasgos de su bondad!

Sever. La misma experiencia da lecciones muy interesantes, y ella enseña á los brutos, á que busquen aquello que les es benéfico, y repelan de sí todo aquello que les es pernicioso; y ellos obligados de la necesidad, lo hacen así por un istinto natural. Esta respuesta desvanece todo tu argumento, sin que nos veamos precisados á recurrir á la ecsistencia de un ser inteligente y poderoso.

Clem. No puedo negar que los brutos, á manera de los hombres, obran en muchos casos enseñados por la esperiencia; pero tambien es innegable, que en otros muchísimos solicitan el bien, y huyen del mal, aun antes de toda esperiencia; luego ésta no es su maestra en estos casos. Los animales que se alimentan de la substancia de sus mismas madres, en el momento que nacen, buscan anciosamente los pechos de ellas, para proveerse del alimento necesario. La primera vez que se ven urgidos de la necesidad, la satisfacen perfectamente. Antes de esto no han hecho tentativas ni pruebas para remediar la necesidad, ni han observado en otros animales el modo de remediarla; luego hasta aqui la esperiencia nada les ha enseñado en este caso. La vez primera que ciega la Golondrina, busca la celidonia; la vez primera que ciega la Vivora, sabe hallar el hinojo; y la vez primera que el Ciervo es herido, se cura con el dictamo; por consiguiente, en este caso nada han aprendido de la esperiencia. A la verdad son sobremanera admirables estas operaciones de los brutos. Antes de toda esperiencia, sin que ninguno los instruya, des-

de la primera vez saben buscar el bien, y remediar el mal con acierto.

Las aves forman sus nidos, colocan allí sus huevos, se recuestan sobre ellos, y despues nacen los polluelos. Discurramos un poco sobre el asunto. ¿De donde saben estos animales, que de aquellos huevos se han de formar los pollos; que para esto se necesita del calor; que este ha de ser el suyo; que ha de ser en tal grado; y que para la operacion han de tejer el nido anticipadamente? Si á un hombre de grande talento, que jamás ha tenido noticia del empollamiento de las aves, se le presenta un huevo, y se le pregunta, ¿que si este es capaz de transformacion? no sabrá que responder: y si despues que se le dice, que si es capaz; pero que diga, ¿en qué se ha de transformar? responderá, que no lo alcanza; y si por último se le asegura, que de aquel huevo ha de nacer una ave perfecta y hermosa; pero que discurra el modo en que esto se ha de verificar, responderá ingenuamente, que no puede alcanzarlo. Pues una ave, que es decir, un bruto que no está dotado de racionalidad, ni de discurso, como el hombre, conoce lo que ha de nacer del huevo;

los medios que conducen á este fin; y sabe ponerlos en ejecucion para conseguir este mismo fin. Estas operaciones tan perfectamente ordenadas, suponen en el agente conocimiento y prevision: pues ¿quien ha enseñado esto á un bruto?

Sever. La misma esperiencia de lo que pasó con ella en su nacimiento. Despues que rompió la cáscara del huevo, vió, que de él habia nacido, y se vió tambien abrigada de la madre de quien recibia el calor; y así esto mismo le sirvió de esperiencia para liacerlo despues con los huevos que puso.

Clem. Tu respuesta no satisface el argumento. En primer lugar, la ave que prepara el nido para colocar los huevos, ignora enteramente el modo, con que su madre le dispuso á ella el nido para que naciera. En segundo lugar, las aves que nacen en un horno, hacen con sus hijuelos, lo que no se hizo con ellas. Me explicaré. Consta por experimentos que se han hecho, que poniendo los huevos de la hembra Gorrion en un horno, á que reciban el grado de calor que está les comunicaria, han empollado y nacido otros gorriones; y tomando dos de ellos, macho y hembra, para que vivan juntos, y al mismo tiempo separa-

dos de las demas aves, en llegando la hembra á poner sus huevos, les prepara el nido, y se recuesta sobre ellos del mismo modo que las otras aves. Todo esto lo hace sin esperiencia; porque ella nació á beneficio del calor del horno, y no del de la madre: tampoco ha visto lo que hacen las demas aves, pues ha vivido separada de ellas; luego estos conocimientos no los adquirió por la esperiencia. Lo mismo digo de las avejas solitarias, que hacen con sus hijos lo que no vieron que hicieran con ellas sus propias madres. Pues ¿quien les ha dado este instinto ó conocimiento verdadero, como se esplican algunos filósofos? Tú responderás, que la casualidad, á quien atribuyes la formacion de todas las cosas, ó la naturaleza; pero yo responderé, que ni la casualidad ciega, ni la naturaleza (en el sentido que tú la tomas) que es tan ciega como la casualidad, son capaces de comunicar este instinto, ó conocimientos, sino que esto es propio de un Dios, que siendo el criador de los animales, quiere propagarlos y conservarlos por estos medios verdaderamente admirables.

Sever. ¿Tienes algo que añadir á esta materia?

Clem. Tengo muchísimo; pero es preciso omitirlo porque nos quede tiempo para tratar otros puntos muy interesantes sobre el asunto principal de nuestra conferencia.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS por otras invenciones que suponen en el agente, conocimiento y prevision.

CONVERSACION SESTA.

Clem. **D**ime: ¿los niños recién nacidos tienen dientes?

Sever. No los tienen, sino hasta que está para concluirse el tiempo de la lactancia.

Clem. ¿Y tú hallas alguna razón para ambas cosas?

Sever. Si la hallo muy poderosa, y es esta. Cuando el niño se alimenta con la leche de la madre, no necesita dientes; y antes bien serían estorvosos á él, y molestos á la madre; pero cuando ya para sustentarse con otra clase de alimento que es preciso mascar y triturar necesita de los dientes, entónces le salen para este efecto.

Clem. Estas razones que has espuesto sabiamente, son una prueba de la ecsistencia de Dios. En esto se advierte una mano inteligente que obra segun las circunstancias y oportunidad de los tiempos; no dando al hombre alguna cosa en el tiempo en que no la necesita, y concediendosela puntualmente en aquellas circunstancias en que ya va á necesitar de ella.

Sever. Es constante por las observaciones anatómicas, que cuando el niño está formado perfectamente en el seno de la madre, tiene tambien formados perfectamente sus ojos. Es claro que en tales circunstancias los ojos le son inútiles, porque no hace ningun uso de ellos; y así, si de que el niño reciba los dientes en el tiempo en que le sirven, infieres tú que ha habido un autor inteligente que le haya dado los dientes; de que el niño tenga ojos bien formados cuando no le sirven, infiero yo que el niño no reconoce por autor de su ecsistencia á un ser inteligente.

Clem. Este racionio en lugar de ser contra mí, confirma enteramente mi discurso: y si no dime: si tú vieras á un hombre que en su juventud fabricaba unos anteojos para que le sirvieran en la ancian-

Clem. Tengo muchísimo; pero es preciso omitirlo porque nos quede tiempo para tratar otros puntos muy interesantes sobre el asunto principal de nuestra conferencia.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS por otras invenciones que suponen en el agente, conocimiento y prevision.

CONVERSACION SESTA.

Clem. **D**ime: ¿los niños recién nacidos tienen dientes?

Sever. No los tienen, sino hasta que está para concluirse el tiempo de la lactancia.

Clem. ¿Y tú hallas alguna razon para ambas cosas?

Sever. Si la hallo muy poderosa, y es esta. Cuando el niño se alimenta con la leche de la madre, no necesita dientes; y antes bien serían estorvosos á él, y molestos á la madre; pero cuando ya para sustentarse con otra clase de alimento que es preciso mascar y triturar necesita de los dientes, entónces le salen para este efecto.

Clem. Estas razones que has espuesto sabiamente, son una prueba de la ecsistencia de Dios. En esto se advierte una mano inteligente que obra segun las circunstancias y oportunidad de los tiempos; no dando al hombre alguna cosa en el tiempo en que no la necesita, y concediendosela puntualmente en aquellas circunstancias en que ya va á necesitar de ella.

Sever. Es constante por las observaciones anatómicas, que cuando el niño está formado perfectamente en el seno de la madre, tiene tambien formados perfectamente sus ojos. Es claro que en tales circunstancias los ojos le son inútiles, porque no hace ningun uso de ellos; y así, si de que el niño reciba los dientes en el tiempo en que le sirven, inferes tú que ha habido un autor inteligente que le haya dado los dientes; de que el niño tenga ojos bien formados cuando no le sirven, infero yo que el niño no reconoce por autor de su ecsistencia á un ser inteligente.

Clem. Este racionio en lugar de ser contra mí, confirma enteramente mi discurso: y si no dime: si tú vieras á un hombre que en su juventud fabricaba unos anteojos para que le sirvieran en la ancian-

nidad, si acaso entonces perdía su buena vista, dirías que este hombre no obraba con inteligencia y racionalidad, porque formaba los anteojos en aquel tiempo en que no le eran útiles?

Sever. Diría todo lo contrario. Diría que este hombre obraba con prevision, y por lo mismo con inteligencia y racionalidad: porque preveía que en edad avanzada podía faltarle la vista, y que fabricando los anteojos con anticipacion, no solo obraba con conocimiento, sino con prudencia, preparando previamente lo que le podía servir en tiempo oportuno.

Clem. Pues si el que fabrica los anteojos para un tiempo mas remoto, y en contingencia de que no le sirvan, obra con prevision y con prudencia; ¿dejará de obrar con prevision y con prudencia, el que forma los ojos del niño antes de nacer; que ademas de ser una fábrica de un artificio mucho mas delicado, mas maravilloso, y que supone en el artífice mayor inteligencia, van á servir al niño dentro de mas breve tiempo, y con certeza de que le sean útiles, pues le han de servir para ver en el primer momento en que sale á la luz del dia? Aquí debo pregun-

tar como David: ¿el que fabrica el ojo, no ve, no conoce, no reflexiona? *Qui finxit oculum, non considerat?* (SALM.93.V.9.)

Pongamos otro ejemplo de prevision. Dime: ¿el que fabrica un paragua en tiempo de perfecta seca, espera alguna utilidad de él, en el tiempo que lo construye?

Sever. No, sino que espera que le sirva en el tiempo de lluvias.

Clem. Luego ¿este artífice espera que ha de ocurrir un caso en que le ha de servir el paragua?

Sever. Es cierto.

Clem. Pues la esperanza es un acto propio de la inteligencia: y así este hombre es un ser inteligente, ya porque conoce la relacion que hay entre el paragua y la utilidad que debe producir, y ya porque espera y prevee que ha de llegar el caso en que reciba esta utilidad.

Sever. Es indudable.

Clem. Has convenido en estos principios ciertos, y por esto te has de ver precisado á conceder la consecuencia legitima que de ellos se deduce. Oye cual es. El niño antes de nacer tiene pulmones: estos son unos vasos para el aire, formados donde no hay ai-

re, y contruidos con un esmero esquisito, para admitir y espeler alternativamente un fluido elástico, en donde no ecsiste tal fluido. Este grande organo con todo el aparato que le pertenece, se halla encerrado en el thorax del feto, sin uso alguno; pero dispuesto y pronto para obrar en el primer momento en que se necesite el uso de su accion. Así se verifica efectivamente, pues en el instante mismo que nace el infante, comienzan los pulmones á tener su ejercicio de la respiracion, que es enteramente necesaria para la vida. Pues si el artifice del paragua obra con inteligencia y con prevision, segun tú mismo confiesas; es evidente que obra con inteligencia y prevision, el que forma en el niño, antes de nacer, los pulmones que le han de servir necesariamente para la vida en el primer instante de su nacimiento.

Sever. No has satisfecho la dificultad. Si al niño se le dan los ojos y los pulmones antes de nacer, porque despues de nacido ha de necesitar de ellos, ¿por qué no se le dan tambien los dientes antes de nacer, si despues de nacido los ha menester?

Clem. Lo primero, porque los ojos y los pulmo-

nes los necesita luego para el primer momento en que nace, y los dientes no le son necesarios, sino hasta mucho tiempo despues de nacido, y cuando ya los va á necesitar, se le dan con una anticipacion oportuna: y lo segundo, porque en el tiempo de la lactancia le serian estorvosos, y molestos á la madre, segun tú mismo acabas de decir; luego esta oportunidad, en uno y otro caso, supone prevision en el autor, y por lo mismo inteligencia, de la que la casualidad es incapacisima.

Sever. No quiero replicar con todo empeño á las razones que vas esponiendo, porque despues que hayas concluido, pretendo alegarte otros fundamentos á favor de mi sistema, para que me contestes: y así por ahora puedes proseguir tu discurso.

Clem. Sea enhorabuena, que yo fiado en el auxilio del omnipotente, cuya ecsistencia defiendo, procuraré contestarte. Entre tanto, añadiré las dos reflexiones siguientes, y concluiré con un argumento muy poderoso para cualquiera hombre amante de la razon y de la verdad.

No es mi intento hablarte de la estructura y mecanismo verdaderamente

maravilloso del cuerpo humano, en que tanto resplandece la sabiduría y el poder infinito de su artífice. Es materia esta tan difusa, que en ella empleó Galeno diez y siete libros, que tituló: *Himno á la divinidad*; diciendo, que este himno era mas glorioso y honorífico á Dios, que el incienso y el hecatombe; esto es, el sacrificio de cien bueyes. En efecto: la fábrica y construcción del cuerpo humano, es una de las obras mas maravillosas que se observan en la naturaleza. El consta de una multitud innumerable de huesos, de nervios, de arterias, de venas, de vasos &c; colocadas todas estas partes en orden, en armonia, en distancia y en proporcion: de modo que teniendo cada una de ellas su destino y su oficio particular, se dirijen todas al fin general de formar esta máquina tan admirable, y de conservar al hombre la vida, poniéndole en aptitud de comer, de alimentarse, de nutrirse, de reparar la pérdida de las fuerzas, de usar de sus sentidos, de moverse, de trabajar, y de otras muchas acciones vitales, para sus necesidades, para su utilidad, para su descanso, para su recreacion, y para otros fines. Pues este artificio encantador del cuerpo hu-

mano, en que los anatómicos hallan cada dia mas que observar y admirar, y estos fines y designios prueban una inteligencia autora de todo esto, y un artífice infinitamente sábio y poderoso.

Si paramos la consideracion solamente en la estructura del ojo, hallaremos un conjunto de maravillas y de prodigios tan asombrosos, que nos obligarán á convencernos de que la obra, la máquina mas delicada y perfecta, que pueda discurrir el hombre de mayor talento é industria, siempre será infinitamente inferior. Y ¿es posible que el ojo, todo el hombre, todos los seres y todo el universo, sea obra de la casualidad, que es mas incapaz que los mismos brutos, pues es enteramente ciega é impotente? Pero no se si sean mas ciegos los que le atribuyen tanta sabiduría y poder.

Ya que no tenga el placer de formar la descripción de la estructura del cuerpo humano, por no serte fastidioso, permite á lo menos, que haga una reflexión ligera sobre la formación de las manos y del rostro del hombre; asunto á la verdad nada comun, y que excita la curiosidad.

Sever. Haz las reflexiones que quisieres, pues bien conocerás que me agrada oírte discurrir.

Clem. Son imponderables los bienes que le resultan al hombre de las ciencias y de las artes, para la conservacion de su vida, para el remedio de sus necesidades, para su utilidad, para sus comodidades, para su descanso, para su recreacion, y para todo aquello que constituye su felicidad temporal. Pues las manos son las causas inmediatas de todos estos bienes; y así se pueden llamar la fuente prócsima de la felicidad natural del hombre; ó si se quiere, llámense los instrumentos necesarios para conseguir esta felicidad.

El hombre necesita de las manos para romper la tierra, sembrar la semilla, cultivarla, recoger los frutos, y disponerlos para su sustento. Tambien son necesarias las manos para proveerse de los demas alimentos, de vestido, de medicinas, de habitacion y de otras muchísimas cosas, que ha menester para la conservacion de la vida. Por medio de las manos se habilita de lecho ó cama para su descanso, de frutas, de árboles, de flores y de otros objetos para su recreacion. Necesita de las manos para la pintura, para la escultura, y, en suma, para todas las artes, que son conducentes á remediar todas las

necesidades, y prestarle utilidad, comodidad y desahogo; y, finalmente, el hombre con sus manos dirigidas por su entendimiento, atraviesa provincias y reinos, navega los mares, se defiende de las fieras, de las inclemencias de los tiempos y de todos sus contrarios, se sirve de todos los seres del universo, y parece un señor de la naturaleza, pues esta se le rinde, y se le sujeta.

Pues si todo esto conviene al hombre por su propia naturaleza y condicion, y como al ser mas noble y mas escelente de los que habitan la tierra; ¿se podrá negar que las manos del hombre están destinadas por una sabiduría provisorá, para todos estos fines? Solo por una ceguedad monstruosa se puede asegurar, que la casualidad es la autora de unos instrumentos tan necesarios y tan útiles al hombre, y fabricados con un artificio y unas proporciones tan admirables, que han servido á los sábios de materia para las observaciones mas atentas y detenidas, y los han obligado á prorumpir en los elogios mas recomendables del autor infinitamente sabio de tales instrumentos.

Sever. ¿Cual es la segunda reflexion?

Clem. Es esta: procuraré consultar á la

*

brevedad. Si en el imperio de la razon, la mano (como hemos visto) es el primer ministro de la alma, para el cumplimiento de sus designios, la cara es como el trono, donde sentada hace á todos visible su magestad. No hablémos de lo interior de la cara del hombre, sino solamente de la superficie, ó fachada de ella, y porque las cinco cosas que requiere Vitruvio en un edificio perfectamente ideado pueden cómodamente reducirse á dos, esto es, la hermosura y la utilidad, contempláremos nosotros estas dos solas, en la fábrica augusta del rostro humano.

En cuanto á la belleza, digo, que no es mi ánimo hablar de ella con todos los requisitos que algunos piden para que sea perfecta, porque si entrámos en ecsamen, en ninguna persona, por hermosa que sea, se hallan todos juntos. Hablo de la belleza en general, que gloriándose de ser señora, es una verdadera tirana, que manda despóticamente, oprime y esclaviza los corazones de los miserables mortales. Ella obliga aun á los monarcas mas poderosos, que imperan sobre millones de hombres, y gobiernan dilatadas provincias, á que abandonen el sólio brillante de la magestad,

y se le rindan y postren, para tributarle inciensos y adoraciones, hasta el grado de idolatria. Ella colocada en el rostro de una Helena, puso en armas á toda la Grécia, y arruinó á Troya: ella ha hecho correr torrentes de sangre humana en los campos de batalla y en las discordias domesticas: ella ha destruido ciudades y aun imperios, y ha causado grandes trastornos en el universo: en fin, siendo la belleza una perfeccion, han abusado de ella los hombres hasta cegarse, enloquecerse, embrutecerse, y echar sobre sí un cúmulo de males infinitos.

El mayor elogio que hicieron los antiguos de la elocuencia del filósofo Platon, fué afirmar, que de lo que decia, no se podia quitar ni una palabra, para substituirle otra, sin echarlo á perder: pues con mayor razon podemos decir esto mismo de la belleza del rostro humano. Es una perfeccion de naturaleza tan delicada por la union y enlace íntimo y ordenado de unas partes con otras, que basta cualquiera variacion ligera de su simetría, para desfigurar el todo.

Pero lo mas admirable es, que la hermosura, siendo una é invariable en

una misma cara, se divide en tantas y tan diversas, cuantas son las caras en que se halla; de modo, que no hay dos por parecidas que sean, en quienes no se advierta alguna diferencia que las distinga. Es constante que si observámos en un cuadro pintados muchos rostros, ó hermosos ó feos, de tal suerte que ninguno sea perfectamente semejante á otro, atribuimos esto á pericia, ingenio y fecundidad de ideas del artífice que los pintó, no obstante, que estas cópias podrá haberlas tomado de otros originales vivos, ó pintados: ¿pues con cuanta mayor razon deberémos confesar la inteligencia y destreza del artífice, que ha formado los rostros humanos, adornándolos de una hermosura, que siendo en sí misma una sola, la ha distribuido con tal artificio, que la ha multiplicado en infinitas caras, haciendo que aparesca diversa en cada una de ellas, sin haber tenido á la vista ningunos originales?

Si de la diversidad de la belleza en las caras hermosas, que son en menor número, resulta una prueba de la sabiduría de su artífice; mayor debe resultar de la diversidad que se advierte en todas las caras de todos los hombres,

que habitan el globo de la tierra. Es tan general esta diversidad, que no se hallarán dos caras tan perfectamente semejantes entre sí, en quienes no se note algun rasgo de desemejanza. Es verdad que algunas veces ha habido hombres, tan parecidos el uno al otro, que los han equivocado; pero esta ha sido una semejanza perfecta á primera vista, ó respecto de personas que no han tomado todó el empeño necesario para hacer un cotejo esacto; mas, despues, haciendose observacion atenta por personas reflexivas, se ha hallado alguna razon, ó señal de diferencia; y si se pretende insistir, en que ha habido perfecta igualdad, digo, que ha sido raras veces. Esta diversidad tan universal de semblantes, demuestra una sabiduría infinita en el autor que los ha formado. Porque si todo artífice antes de pintar ó esculpir una cara, concibe de ella en su entendimiento una idea, que le sirve como de modelo, y si cuanto es mayor el número de caras diversas, tanto es mayor el ingenio, y la fecundidad de ideas de su artífice; siendo los diversos rostros humanos tantos, cuantos han sido los hombres que han ecsistido hasta la épo-

ca presente, que es decir, infinitos, es evidente, que las ideas ó modelos del entendimiento de su autor son infinitas; y por consiguiente es infinita su sabiduría.

Pero no solo de la diversidad de los rostros humanos se infiere la sabiduría de su autor, sino tambien de los fines prudentísimos, que, á mi modo de pensar, se propuso en esta diversidad. Estos fines son los muchos bienes que de aquí les resultan á los hombres. Esta es la utilidad de que voy á hablarte en segundo lugar. Es indisputable, que son bienes verdaderos y utilísimos, la buena fe en los contratos, la fidelidad en las promesas, la honestidad, la paz, la justicia; que sea apreciado el virtuoso, que se premie al hombre de mérito, que se castigue al delincuente, que se enfrene y reprima al discolo y mal inclinado, que se observen las leyes, que se obedesca á los superiores, y todo aquello que es conducente al comercio y comunicacion provechosa de los hombres entre sí. Pues para que gozen de todos estos bienes, es necesario que no halla entre ellos una perfecta semejanza, sino que antes bien tengan una señal, por la que se distingan los unos de los otros.

Así como en las letras ó caracteres del abecedario, para escribir y leer ordenadamente, de modo que á primera vista se distinguen las unas de las otras, porque si todas fueran semejantes entre sí, sería imposible el escribir y leer, siendo imposible distinguirlas; á este modo, si los hombres fueran perfectamente semejantes entre sí, ¿como podríamos distinguir al acreedor del deudor, al virtuoso del perverso, al esposo del que no lo es, al pariente del extraño, al superior del subdito? De aquí brotaría un manantial de infidelidades, de mentiras, de engaños, de fraudes, de adulterios, de incestos, de inobediencias, de rebeliones, y de toda clase de desordenes y de crímenes inevitables, que harían perniciosísima y aborrecible la sociedad de los hombres; de manera, que sería menos dañoso el irse á vivir en los bosques en compañía de las fieras, de quienes procurarían precaverse y librarse, sabiendo que son enemigas de la humanidad; pero los hombres en lugar de librarse de sus semejantes, siempre estarían espuestos á engaños continuos y ruinosos; porque el asesino se vendería por protector de nuestra vida, el infiel por fiel, el mentiroso por verdadero, el

extraño por pariente, el adúltero por esposo, y el enemigo por amigo; luego el artífice de los rostros humanos, ha obrado con suma sabiduría en haberlos formado con esta infinita variedad, y ha procedido con una providencia verdaderamente admirable, en haber evitado con esta variedad, un cúmulo inmenso de males, que gravitarían irremediabilmente sobre la misera humanidad.

Sever. Esta diversidad de que hablas, no prueba sabiduría ni providencia en el autor de los hombres; porque ella ha sido efecto de la casualidad, y no de la necesidad de evitar esos inconvenientes que refieres. He aquí la razón que destruye todo tu argumento. Esta misma variedad se advierte en los brutos, en las plantas y en los demás seres de la naturaleza, y ninguno habrá por insensato que sea, que diga, que ella ha sido necesaria para impedir esos males respecto de los brutos, de las plantas y otros seres distintos del hombre.

Clem. Esta objeción en lugar de destruir la fuerza de mi argumento, se la aumenta y la confirma. En cuanto á los brutos, ó hablamos de los individuos, ó de las especies: si de los individuos, digo, que

muchos de ellos á nuestra vista no se diferencian en el aspecto, y otros por lo regular se diferencian poco; pero por grande que sea esta diversidad en ellos, no es como en los hombres, en quienes es general é imponderablemente mas notable, pues como ya he dicho se distinguen á primera vista los unos de los otros. Además de esto, aunque hubiera una perfecta semejanza de los brutos entre sí, es evidente que de ella no se seguirían los inconvenientes indicados; pero respecto de los hombres no puedes negar, que ciertamente se seguirían; por lo que es manifiesta la necesidad de diferenciarse.

Ultimamente, aunque halla esta diversidad en todos los brutos, y yo ignore la razón de ella, esto no impide que yo afirme, que tal diversidad es necesaria en los hombres, para evitar estos males, atendiendo á su carácter, á su condición y á sus inclinaciones. Por ejemplo, veo á un febricitante recostado en su lecho, y volviendo los ojos veo á otro hombre en igual postura, sin saber yo si padece ó no padece enfermedad: es claro que, en este caso, aunque ignore la razón por qué el segundo está acostado, puedo decir con funda-

mento, que el primero se halla de este modo, porque así lo ecsige el quebranto de su salud.

Si hablámos de las especies de los brutos, es evidentísimo, que se diferencian notablemente las unas de las otras. Pero en esto mismo brilla la sabiduría y la providencia del autor de su ser; ya porque en la multitud de especies de brutos de diversos tamaños, de diversas formas, de diversas pieles, de diversos plumages, de diversos colores, y de otras diversas calidades específicas resplandece la fecundidad de ideas del entendimiento de su autor, y ya porque las necesidades del hombre, para quien fueron formados los brutos, ecsigen forzosamente esta diversidad. Necesita el hombre distinguir los animales que le son nocivos, para precaverse de ellos, y necesita tambien distinguir los que le son útiles para aprovecharse de ellos. De unos para el alimento, de otros para el vestido, de otros para la carga, de otros para caminar, de otros para la labranza de la tierra, de otros para la curacion de las enfermedades, y de otros para mil usos de la vida. Para esto es necesario que vea en ellos impreso un caracter de diversidad con-

que distinga á unos de otros. Esto mismo se debe decir de los árboles, de las plantas, de los metales, de las piedras y de los demás seres, para que el hombre pueda desechar ó elegir aquellos que sean convenientes á los fines á que quiera destinarlos.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS
por el consentimiento de todos los pueblos.

CONVERSACION SEPTIMA.

Clem.

Concluyámos con el argumento que se forma del consentimiento de todos los pueblos sobre la ecsistencia de Dios. Recorrámos con el pensamiento todo el universo, y hallaremos naciones y pueblos, que se diferencian y aun son contrarios en sus costumbres, en sus usos, en sus inclinaciones, en sus ejercicios, en sus idiomas, en sus leyes, en sus propiedades corporales como el color, las facciones y la estatura, y muchos apenas se distinguen entre sí en la fisonomía y figura de hombres; pero á todos los hallarás acordes en reconocer y confesar la ecsistencia de Dios.

mento, que el primero se halla de este modo, porque así lo ecsige el quebranto de su salud.

Si hablámos de las especies de los brutos, es evidentísimo, que se diferencian notablemente las unas de las otras. Pero en esto mismo brilla la sabiduría y la providencia del autor de su ser; ya porque en la multitud de especies de brutos de diversos tamaños, de diversas formas, de diversas pieles, de diversos plumages, de diversos colores, y de otras diversas calidades específicas resplandece la fecundidad de ideas del entendimiento de su autor, y ya porque las necesidades del hombre, para quien fueron formados los brutos, ecsigen forzosamente esta diversidad. Necesita el hombre distinguir los animales que le son nocivos, para precaverse de ellos, y necesita tambien distinguir los que le son útiles para aprovecharse de ellos. De unos para el alimento, de otros para el vestido, de otros para la carga, de otros para caminar, de otros para la labranza de la tierra, de otros para la curacion de las enfermedades, y de otros para mil usos de la vida. Para esto es necesario que vea en ellos impreso un caracter de diversidad con-

que distinga á unos de otros. Esto mismo se debe decir de los árboles, de las plantas, de los metales, de las piedras y de los demás seres, para que el hombre pueda desechar ó elegir aquellos que sean convenientes á los fines á que quiera destinarlos.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS
por el consentimiento de todos los pueblos.

CONVERSACION SEPTIMA.

Clem.

Concluyámos con el argumento que se forma del consentimiento de todos los pueblos sobre la ecsistencia de Dios. Recorrámos con el pensamiento todo el universo, y hallaremos naciones y pueblos, que se diferencian y aun son contrarios en sus costumbres, en sus usos, en sus inclinaciones, en sus ejercicios, en sus idiomas, en sus leyes, en sus propiedades corporales como el color, las facciones y la estatura, y muchos apenas se distinguen entre sí en la fisonomía y figura de hombres; pero á todos los hallarás acordes en reconocer y confesar la ecsistencia de Dios.

Romanos, griegos, judios, asirios, etio-
pes, egipcios, caldeos, italianos, france-
ses, alemanes, ingleses, rusos, suecos,
prusianos, úngaros, polacos, portu-
gueses, españoles, turcos, persas, tártaros,
chinos, peruanos, mexicanos, y, en fin,
todas las naciones y todos los pue-
blos, en todos los siglos, han convenido
en reconocer la ecsistencia de la divi-
nidad.

Decia Plutarco á Colote filósofo epi-
cureo: „Si caminares, por todo el orbe
„hallarás ciudades sin letras, sin rey,
„sin riquezas, sin teatros y sin acade-
„mias; pero ninguno halló ni hallará ciu-
„dad sin templos, sin Dios, que no ha-
„ga oracion, que no jure, que no con-
„sulte á los oráculos, y que no ofresca
„sacrificio para conseguir los bienes,
„y alejar los males; y antes tengo por
„mas facil que se edifique una ciudad
„sin suelo, que el que se constituya y
„permanezca sin divinidad.”

Ciceron en el libro 2.º de las leyes cap.
8.º dice: No hay pueblo por intratable y fe-
roz que sea, que ignore que deba te-
ner Dios; aunque no sepa cual es el
que ha de adorar. Hablando en otro
lugar de la ecsistencia de Dios, y de la
la inmortalidad de la alma humana, Tus-

cul. libro 1.º capitulo 13, dice: no hay
hombre por bárbaro que sea, cuya men-
te no esté imbuida en la opinion de la
divinidad:: Todos juzgan, que ecsiste
la naturaleza divina. Esta opinion no se
ha originado de convenio y consenti-
miento; ni se ha radicado por estatutos,
ni leyes. El consentimiento de todos los
hombres en toda materia, se debe re-
putar por ley de la naturaleza.

A los testimonios de estos dos ilustres
escritores gentiles podria agregar otros
innumerables de escritores tambien pa-
gános. Aunque no considerémos á Moi-
ses como escritor divinamente inspira-
do, sino únicamente como el mas anti-
guo de los escritores, conformándose
con la sentencia de todos los críticos;
pues segun algunos ecsistió trescientos
años. y segun otros, seiscientos an-
tes de la guerra de Troya, por la re-
lacion que hace de la creacion del
mundo, se ve claramente, que desde el
principio de este, los hombres recono-
cieron á Dios como á criador y gover-
nador del universo, y desde entón-
ces comenzaron á darle adoracion y
culto. Despues del diluvio general acon-
tecido á los diez y seis siglos del naci-
miento del mundo, Noé que se salvó de

este catástrofe, dejó á sus hijos con la sangre, la religion: estos se dispersaron ácia diversas partes del orbe: se empezó á poblar de nuevo la tierra: se formaron reinos en el Asia y fuera de ella; y en todos permanecía el conocimiento de Dios. Y aunque despues por la ignorancia, por las pasiones y corrupcion de los hombres, se introdujo la supersticion, los errores y la idolatría, en todas partes perseveró la persuacion de la ecsistencia de la divinidad. Esto mismo refieren los demas escritores, que nosotros llamamos sagrados, hablando de las marchas, transmigraciones, guerras y hechos de los hebreos; y por su comercio con las demas naciones nos manifiestan la religion y costumbres de ellas; y aunque por estas relaciones vemos grandes variaciones en el culto, hallámos á todos estos pueblos concordes en el reconocimiento y adoracion de la divinidad.

Pasando de los historiadores hebreos á los de otras naciones, se nos presentan los griegos, que aunque no fueron los mas antiguos, fueron los mas sábios. Entre ellos florecieron las artes, las ciencias y el comercio, con otros pueblos remotísimos, de cuyos usos, costumbres,

tradiciones y religion, adquirieron estensas noticias, y de quienes recogieron los monumentos de su mayor antigüedad, adelantando sus investigaciones y descubrimientos hasta los dos períodos de tiempo, que Varrón llama obscuro y fabuloso. Por relaciones de estos historiadores entre los que es el primero Herodoto, sabémos el origen de los imperios, de los reinos, de las repúblicas, sus fundadores, sus principes, sus leyes, sus guerras y sus hechos ilustres; y vemos por todo esto, que todos los pueblos han reconocido la ecsistencia de la divinidad, y que este conocimiento y el culto, han permanecido á pesar de los trastornos horrosos y mutaciones estraordinarias que han padecido en todo lo demás.

Con los historiadores griegos convienen en esto los latinos, que hablan no solamente del culto de Roma, sino tambien de otros pueblos remotísimos, feroces y bárbaros, á donde penetraron las armas romanas; como se puede ver en César y en Tácito.

Tambien por las obras de los poetas nos debémos convencer del consentimiento de todas las naciones acerca

de la ecsistencia de Dios. Esto se ve claramente en Homero, poeta antiquísimo y el mas sábio de todos los poetas, en Hesiodo su contemporáneo ó poco posterior, en Ovidio, en Virgilio y otros que hablan de los sucesos y de la religion de pueblos muy remotos y muy antiguos.

Sever. Ningun aprecio merecen las relaciones de los poetas sobre la materia; porque ellos las mezclaron con fábulas tan ridiculas y tan estravagantes acerca de la genealogía y hechos de los dioses, que si las hubieramos de admitir, nos veriamos precisados á reconocer por divinidades una multitud asombrosa de monstruos.

Clem. Aunque los poetas hayan mezclado tales relaciones con fábulas estravagantes, no se infiere de esto que los pueblos de que hablan, no hayan admitido la ecsistencia de la divinidad, sino todo lo contrario. Mi proposicion es esta: todos los pueblos, en todos los tiempos han convenido en la ecsistencia de la divinidad, y así aunque acerca de ella hayan tenido mil supersticiones y errores, y aunque los poetas hayan mezclado miles de fábulas acerca de la religion de esos pueblos de que hacen mencion, se infie-

re claramente que tales pueblos han reconocido la ecsistencia de la divinidad, que es lo que hace á mi intento, y para lo que cito el testimonio de los poetas, y no para que se les crea cuanto dicen.

Esto se confirma con la autoridad de Lucrecio, que como ateista es nada sospecho en la materia. Este elogiando á su maestro Epicuro, lib. 3. dice: que teniendo todos los hombres religion, su maestro fué el primero que sacudió el yugo de ella, y le declaró la guerra. Por las obras que nos han quedado de los filósofos mas ilustres podemos inferir, que ellos reconocieron la ecsistencia de Dios; y por los antiguos monumentos que citan Laercio, Ciceron, Plutarco y otros, consta, que algunos pocos que no tenian religion, eran llamados atéos, eran abominados como monstruos, y eran quitados de enmedio como enemigos de la naturaleza. Sócrates, segun se dice comunmente, reconoció la unidad de Dios, y los jueces calificándolo de ateista, porque no admitia la multitud de sus dioses, lo condenaron á muerte, que sufrió bebiendo un vaso de veneno. Anaxágoras, llamado á juicio por Cleon,

por despreciador del dios pátrio, aunque él sentía bien de la divinidad, como escribe Plutarco, fué multado en cincuenta talentos, y condenado á destierro. Protágoras habiendo compuesto un libro, en que parecía que dudaba de la ecsistencia de la divinidad, fué arrojado de su pátria por los atenienses, y su libro fué entregado públicamente á las llamas.

Por último, con innumerables escritos y monumentos de la antigüedad mas remota, se prueba evidentemente el consentimiento de todos los pueblos en todos los siglos sobre la ecsistencia de la divinidad.

Sever. Aunque es cierto que las naciones mas cultas y mas célebres confesaron la ecsistencia de Dios, no es cierto que todas generalmente la reconocieron. Cotta, filósofo antiguo, citado por Ciceron, lib. 1. de la naturaleza de los dioses cap. 23 dice: *Juzgo, á la verdad, que hay muchas naciones tan bárbaras, que no tienen ni aun sospecha acerca de la ecsistencia de la divinidad; luego no es universal el consentimiento de las naciones sobre este asunto.*

Clem. Primeramente digo: que este sofista académico no nombra ni una region,

ni un pueblo siquiera en que esto se verifique; ni cita testimonio, ni autoridad alguna para probar su proposicion. En segundo lugar digo: que el mismo Cicerón, hombre de mayor crédito que Cotta en la república literaria, afirma lo contrario en muchos lugares, de los cuales citaré uno, lib. 2. de la misma obra. Dice pues: *es una persuacion innata y que está como esculpida en el ánimo de todos el que hay dioses: cuales sean, en esto hay variedad: que los haya, ninguno lo niega.* Lo mismo asegura Eliano lib. 2. De varias historias. Aristóteles citado por Mácsimo Tirio, y lo que es mas, Luciano, enemigo acérrimo de toda religion, disputando con Timocles en el diálogo llamado, *Jupiter Tragedus*, núm. 42 viene á concederle tácitamente el argumento que este le hace, á favor del culto de la divinidad, con el consentimiento de todos los pueblos.

Sever. Consta por las relaciones de algunos viageros, que en algunas islas junto á las Mólucas, y en otras partes de la América y de la Africa, no reconocen la ecsistencia de la divinidad.

Clem. Es digno de admiracion el que los ateístas que tanto se glorían de estar adornados de grande ingenio, y de po-

seer una vasta erudicion, para quererse librar de la fuerza del argumento que se les hace en defensa de la divinidad, con el consentimiento de todos los pueblos, se vean precisados á investigar lo que pasa en algunos rincones miserables del mundo. Aun cuando fueran verdaderas las relaciones de esos viajeros, con ellas no puedes destruir ni aun debilitar la verdad de mi proposicion: porque aun supuesta la verdad de esas relaciones, ese cortísimo número de hombres salvages que viven en los bosques á manera de fieras, se debe reputar como nada, comparado con todos los pueblos, especialmente los mas cultos, mas civilizados y sábios de todos los tiempos.

Pero te contestaré mas directamente. Segun la narracion de personas que han vivido mucho tiempo en esas regiones de que hablas, que conocieron el idioma y las costumbres de esos hombres bárbaros, consta, que estos reconocen la ecsistencia de Dios. Algunos escritores citan testimonios muy graves, para vindicar de la nota de ateistas á estos hombres. Juan Alberto Fabricio en la apología del género humano contra la acusacion del ateismo;

Grocio en su libro entretenimientos sobre muchas materias de la historia; Stillingleto en su libro, orígenes sácos, prueban eficazmente, que los pueblos del Canadá, de las Antillas, del Brasil, de China, de Cuba, de la nueva Inglaterra, del Paraguay, y otros de la Africa, como los Cafres y los del Madagascar, han sido calumniados con el nombre de ateistas por algunos viajeros, ó maliciosos, ó ignorantes, ó ligeros en formar congeturas contra estas gentes, por su aspecto deforme, por su barbárie, y por su modo de vivir, casi de brutos; y Kolbeno, que vivió diez años en los pueblos bárbaros de la Africa, en la descripcion del capítulo de Buena-esperanza dice: que pudo averiguar que los moradores de estos pueblos creen que hay un Dios supremo criador y Señor del universo, y que están persuadidos de la inmortalidad de la alma humana.

Muchos varones eruditos y prudentes, ecsaminando esas relaciones de los viajeros, han quedado convencidos de su falsedad; de modo que bien podemos llamarlas unos meros romances. Finalmente, consta por las historias de esta América septentrional, que en to-

dos los lugares de estas vastas regiones á donde penetraron los conquistadores, hallaron estos culto religioso: lo que prueba evidentemente que reconocian la ecsistencia de la divinidad; y por un argumento de analogía podemos asegurar lo mismo de los demás lugares incógnitos de esta América, y de la meridional, pues sus usos y costumbres son sustancialmente idénticas.

Sever. Todas las naciones admitieron multitud de dioses, y creyeron cosas ridiculas, inicuas, é indignas de la divinidad. ¿Quién podrá contar el número de los dioses que adoraron los griegos y los romanos; la bajeza y abatimiento de las deidades de los Egipcios y otros pueblos; los vicios de un Júpiter adúltero, de una Venus lasciva, de un Baco ébrio, de un Marte vengativo, y así de otros muchísimos? De esto se deduce, que el consentimiento de todos los pueblos sobre la ecsistencia de Dios nada prueba, pues creyeron cosas indignísimas y ajenas de la divinidad; ó que si algo prueba, es que ecsiste una multitud de dioses viles é infames, pues sobre esto convinieron todas las naciones.

Clem. Este consentimiento de los pueblos

acerca de la pluralidad de dioses, es una prueba de que todos los pueblos han estado persuadidos de la ecsistencia de la divinidad: porque cuando se disputa sobre el número y propiedades de la cosa, es claro que los que disputan convienen en la ecsistencia de la cosa; luego si unos hombres defienden que hay un solo Dios, y que tiene estas ó las otras propiedades; y los demás sostienen que hay muchos dioses, y que estos tienen otras propiedades, es evidente que todos los hombres convienen en la ecsistencia de la divinidad. Conque por esta parte tu argumento es á mi favor; y ahora voy á manifestarte, que por la otra no es contra mí, respondiéndote directamente.

Este consentimiento de los pueblos acerca de la multitud de dioses, no ha sido perpétuo, ni universal, ni uniforme; y el consentimiento de las naciones sobre la ecsistencia de Dios ha sido perpétuo, universal y uniforme, en la idea general de la ecsistencia de la divinidad. Vamos por partes. Primeramente, ese consentimiento de la pluralidad de dioses no ha sido perpétuo. Este es un hecho, que puede constar

solamente ó por un testimonio histórico, ó por un monumento acreditado, ó por una tradicion verdadera: pues por ninguno de estos medios consta la perpetuidad del politeismo, y antes bien sabemos por la historia, que este tuvo origen muchos siglos despues de que el mundo ecsistia; y si no dime, ¿por donde consta esta perpetuidad?

Sever. Por el testimonio de Homero, y de Orfeo, poetas antiquísimos, que hablan de la idolatria como de una cosa ya estendida y arraigada en su tiempo. De esto se infiere, que ella venia de tiempos mas antiguos, y por lo mismo se puede deducir su perpetuidad.

Clem. Estos poetas hablan de los dioses que eran adorados en su tiempo; pero no dicen que siempre hubo estos dioses, y antes bien, por la relacion que hacen dichos poetas y otros muchos gentiles sobre la genealogía de estas falsas deidades, se viene en conocimiento de la época en que cada una de ellas tuvo su origen; por quanto la narracion de este origen va entretrejida con otros sucesos, á que los historiadores señalan su época; especialmente de aquellos dioses que fueron reyes, como Júpiter y Baco, de cuyo reinado se infieren otros

hechos, y tambien la cronología de sus sucesores: y así de la antigüedad de estos poetas, y de la mayor de la idolatria, solo se infiere, que esta era antiquísima; pero no que fué perpetua. Homero, segun la opinion de algunos escritores paganos, vivió quinientos años despues de la destruccion de Troya; segun otros, menos tiempo: y aun cuando convengámos en que acompañó á Agamenon en la espedicion contra Troya, resulta, por los cálculos de Taciano y otros, que Homero ecsistió por los años tres mil del mundo. Orfeo vivió pocos años antes, segun el mismo Taciano, pues fué coetaneo de Hércules, padre de Tlepolemo, que acompañó á los griegos en la guerra contra los troyanos.

Asentado esto, digo: que supuestó que noijas época del nacimiento de la idolatria, ni dices el tiempo que fué necesario para su propagacion hasta la existencia de este poeta, quiero concederte, que fueran quinientos ó mil años antes, cuyo espacio de tiempo es mas que suficiente para dicha propagacion y radicacion. De este dato resulta, que á los dos mil años de la creacion del mundo tuvo origen la idolatria; y en

este caso, ¿cómo puede ser perpetua, pues no ha ecsistido en todo tiempo?

Sever. Voy á manifestarte, que la idolatria es mas antigua de lo que tú la supones; y de ahí se puede deducir su perpetuidad. Moises refiere en el capitulo 31 del Génesis, que Raquel robó los ídolos á su padre Laban al salir de su casa con su esposo Jacob. Este hecho, segun las notas cronológicas de Vitre, sucedió el año dos mil doscientos sesenta y cinco; desde este año hasta la muerte de Moises, corrieron doscientos ochenta y ocho años, pues dices que murió en el de dos mil quinientos cincuenta y tres, y desde esta época, hasta la ruina de Troya, en cuyo tiempo vivía Homero, pasaron novecientos años, segun Lactancio, escritor de crédito entre los cristianos: todo esto da la suma de un mil ciento ochenta y ocho años desde el robo de los ídolos, hasta la época de Homero; y si á esto se agrega el tiempo que corrió desde el nacimiento de la idolatria, hasta el hecho de Raquel, resulta, que el origen del politeísmo, antecedió á Homero mucho mas de mil años, y si vamos retrocediendo á los siglos anteriores, no hallaremos el ori-

gen de la idolatria; de lo que podemos deducir su perpetuidad.

Clem. Primeramente, debo acordarte la notable variedad de opiniones que hay en la cronología sagrada y profana, sobre la época de innumerables sucesos. De aquí es, que si Lactancio le da á Moises novecientos años de mayor antigüedad respecto de Homero, suponiendo que este vivió en el tiempo de la destruccion de Troya, lo cual ni afirma ni niega Lactancio, no faltan escritores que lo hacen quinientos años posterior á esta guerra. Taciano dice, que Moises vivió cuatrocientos años antes de Homero.

En segundo lugar, yo no tengo inconveniente en concederte que Moises fuese novecientos años mas antiguo que Homero; de lo que tú deduces mayor antigüedad de la idolatria. Tan lejos estoy de esto, que para que veas mi buena fe, convengo (segun lo que he averiguado) en que la idolatria es doscientos sesenta y cinco años mas antigua que el hecho de Raquel; pero no convengo en tu proposicion, de que si vamos retrocediendo á los siglos anteriores no hallaremos la época de su origen. Yo sí la he hallado, segun la relacion de escritores muy

sábios y veraces. Estos dicen, que el autor de la idolatría fué Belo, primer rey de Babilonia; y que Nino su hijo y sucesor en el reino, le dedicó un templo, y le tributó honores de divinidad. Este Belo ó Baal, fué á quien los gentiles llamaron el Padre de los dioses, con el nombre de Júpiter; y entre muchas naciones tuvo varios nombres, que derivaron del primitivo llamandolo Bel, Belzebud, Belphegor, Baalim, Babbarit y Balsames.

Aunque no consta en que año introdujo Belo la idolatría, ni en cual Nino le edificó el templo, se sabe, que Belo murió el año doscientos cuarenta y nueve del diluvio; esto es, el año mil novecientos seis del mundo, y entónçes empezó á reinar Nino. La relacion de estos hechos y de estas fechas, se halla en los escritos de autores que no te cito, por ser corrientes y comunes; pero si tu tienes algun documento que pruebe que la idolatría es mas antigua, manifiéstamelo, porque aunque algunos han opinado, que esta comenzó antes del diluvio, es solo por congeturas, y no asignan la época de su origen: siendo de advertir, que entre la creacion del mundo y el diluvio, hubo un espacio de mil seis-

cientos cincuenta y siete años; y así, aunque tu me probáras que la idolatría habia empezado cuatro ó seis siglos antes del diluvio, todavia queda entre esta época y la creacion del mundo, una estension de tiempo de mil años, y por consiguiente la idolatría no es perpetua; porque para esto era necesario que hubiera comenzado con el mundo ó poco tiempo despues. Y llevando el discurso con todo el rigor de una conferencia tan importante, para que tú me convencieras de que la idolatría habia sido *perpetua*, era preciso que probáras que es *eterna*; porque para ser perpetua, es necesario que sea de una misma edad que el mundo; y como en tu sistema, el mundo es eterno, era menester que la idolatría tambien fuera eterna.

Sever. Ya nos hemos detenido demasiado en este punto, pasémos al segundo.

Clem. La idolatría tampoco fué universal. Consta por la escritura divina, y aun por la historia profana, que la nacion judia no adoraba sino á un solo Dios, á quien llamaba el Dios de Israel, ó de Judá, el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob.

Sever. Consta por la misma escritura que los

judios cayeron muchas veces en la idolatría; luego si las demás naciones eran idólatras, y la judaica lo era en algunas épocas, en estas mismas épocas el politeísmo era universal.

Clem. También es manifiesto por la escritura, que no toda la nación incurrió en este crimen, pues los verdaderos israelitas seguían celebrando las fiestas, ejercitando las ceremonias de su antigua religión, y ofreciendo sus sacrificios al único Dios, á quien siempre habían adorado. Y después de la cautividad de Babilonia, quedaron tan escarmentados de los castigos que habían sufrido por su idolatría, que jamás volvieron á caer en ella, á pesar de las persecuciones y opresión, que padecieron de los griegos, de los romanos y otros pueblos idólatras. A esto debo añadir, que aun en las naciones paganas se conservaba algun conocimiento de un solo Dios, á quien únicamente adoraban en otro tiempo. Esto se infiere de que entre la multitud de sus Dioses, reconocían uno supremo. Muchos de los sábios del paganismo daban á entender, que confesaban la ecsistencia de un solo Dios, pues cuando hablaban de la divinidad usaban de la palabra Dios y no

dioses. Esto se manifiesta mas claramente con el hecho de burlarse en lo privado, y aun en sus escritos, de la multitud de los dioses; y algunos asentaron espresamente la unidad de Dios, como Sofocles, Euripides, y Menandro entre los poetas, y por eso eran llamados atéos: y entre los filósofos lo significaron bastantemente Pitágoras, Platon, Aristóteles, y con especialidad Sócrates. Restame por último manifestar, que la idolatría no era uniforme. Este es un hecho tan evidente por la tradicion y por los escritos, aun de los mismos gentiles, que no necesita de prueba. Mas, con todo eso, daré la siguiente. Aunque es cierto, que algunos pueblos solian convenir en adorar, ya á esta, y ya á la otra deidad, en lo general era tanta la discordancia de las naciones en reconocer á las falsas divinidades, que cada nacion, cada ciudad, cada lugar, cada familia y aun cada casa, tenía sus dioses particulares, diversos de los que eran adorados en otras partes.

Concluyo mi respuesta, diciendo en compendio: que si la persuacion de la ecsistencia de la divinidad ha sido perpetua, universal y uniforme, en orden á los atri-

butos propios de ella, como son la sabiduría, el poder, la justicia &c., y la persuacion de la ecsistencia de muchos dioses, no ha sido ni perpetua, ni universal, ni uniforme: es muy notable la diferencia que hay entre uno y otro caso. La primera persuacion tiene todos los caractéres de voz de la naturaleza, como la llama Ciceron; y esta voz nunca engaña, sino que siempre dice la verdad; y la segunda no tiene estos caractéres, y por lo mismo de la primera debémos inferir la ecsistencia de Dios; y de la segunda no debémos inferir la ecsistencia de muchos dioses.

Confirмо mi respuesta con este discurso breve y claro. De que muchos hombres yerren en la eleccion del Dios que deben adorar, no se infiere que yerren en la persuacion de que hay Dios, que deben adorar. Por ejemplo. Todos los hombres padecen la necesidad de comer, y están persuadidos de que hay alimento con que socorrer esta necesidad; pero si uno ó muchos en lugar de tomar el alimento provechoso, toman el nocivo, de aquí no se infiere, que estos erraron en creer que hay alimento provechoso; sino que erraron en la eleccion del alimento. Otro símil. To-

dos los hombres están persuadidos de que nacieron para la felicidad; y, con todo, ¿cuantos errores no ha habido sobre esto, especialmente entre los filósofos, que unos quisieron que consistiera en la salud corporal, otros en las riquezas, otros en los honores, otros en los placeres sensuales, otros en la buena fama, y otros en la sabiduría! Y de todos estos errores no se puede inferir que los hombres han errado en persuadirse que nacieron para ser felices, sino lo que se deduce es, que muchísimos erraron en el conocimiento y eleccion de la felicidad verdadera.

A este modo, aunque innumerables hombres se hayan engañado, por la ceguedad de sus pasiones, en reconocer por Dios á unos seres que no lo son, no se infiere que hayan errado en la persuacion de que hay Dios; sino que erraron en el conocimiento y en la eleccion del verdadero. Para comprobar este raciocinio te repito las palabras de Ciceron: *No hay nacion tan bárbara y tan inculta, que aunque ignore cual es el Dios que debe adorar, no sepa que ecsiste efectivamente.* Con lo dicho me parece que queda contestado y disuelto tu argumento.

CONTINUACION
DE LA ANTECEDENTE.

CONVERSACION OCTAVA.

Sever. **N**o parece una cosa imposible, que todos los hombres convengan en admitir un error. Es necesario que los que pretenden que esto no ha sucedido, ni puede suceder según el orden de la naturaleza, demuestren con razones la verdad de esta proposición. El argumento que forma del consentimiento de todos los pueblos, es un argumento moral, que sirve solo para satisfacer al vulgo, que estando ya persuadido de la existencia de Dios, no desea que se le pruebe; pero para los espíritus fuertes las razones morales no tienen la misma fuerza. El que quiera convencerlos, es necesario que use de argumentos metafísicos, que son enteramente ciertos y demostrativos de la verdad.

Clem. Esta tu objecion que la has tomado de Pedro Baylé corifeo de los ateístas, es celebrada por estos con grande encarecimiento, como si ella estribara en el mayor peso de razones; pe-

ro voy á demostrar su debilidad. Primeramente, los defensores de la existencia de Dios la prueban no solamente con argumentos morales, sino tambien con argumentos metafísicos y físicos, que producen una total certeza: tales son muchos de los que te he propuesto, sacados de la contemplacion del universo, y de las causas y efectos de la naturaleza. En segundo lugar, el argumento moral cuando es perfecto y conforme á las reglas de la crítica, lleva consigo la luz de una evidencia capaz de iluminar los ojos del entendimiento mas ciego, á menos que no haya abrasado, como los atócs, el monstruoso pirronismo, tan degradante de la naturaleza racional. Por ejemplo, ¿habrá hombre por insensato que sea que niegue, que existió César Augusto, emperador de los romanos, á vista de innumerables historias que así lo aseguran; á vista de las medallas, de las inscripciones y otros monumentos que se erigieron en memoria de este emperador; y á vista en fin de la misma tradicion acerca de su existencia?

Esta verdad tiene tal carácter de certeza, que ninguno la niega; pues ella no estriba en razones metafísicas, sino

solamente morales: y, en general, todo hecho que se refiere con las circunstancias que requiere la crítica juiciosa, produce una certeza que los filósofos llaman evidencia moral, á que no puede negarle el ascenso, sino solo un hombre enemigo declarado de la verdad.

Pues ¿qué diremos de la ecsistencia de la divinidad, que consta por infinitos monumentos, y por la creencia y tradicion de todas las naciones, en todos los siglos? Toda luz ilumina en círculo, porque ilumina ácia todas partes, y si se quiere buscar el origen y principio de ella, se ocurre al centro comun de donde nacen los rayos, y allí se encuentra. A este modo, si queremos hallar el origen de la persuacion de la ecsistencia de Dios, en que siempre han estado todos los pueblos deramados por todo el orbe, es necesario que ocurramos al centro comun, que es el primer hombre, de quien todos han nacido, y allí lo encontraremos. Y si no, dime: ¿quién es el autor de esta creencia? Se sabe quienes han sido los autores de las sectas religiosas y de las demás opiniones, ya en la filosofia, y ya en las otras ciencias, y se señala en las historias la

época en que ecsistieron. En virtud de esto vuelvo á preguntarte, ¿quién fué el inventor de la persuacion, de que ecsiste un Dios en el universo, y en qué tiempo ecsistió este inventor?

Sever. En el sistema de la eternidad del mundo, no es extraño que no se sepa quien fué el autor de esta invencion; pues es de creer que haya ecsistido en algun siglo remotisimo de los infinitos que lleva el mundo de ecsistencia; y así, el nombre de este inventor y la época en que vivió, se habrán perdido en la obscuridad de los tiempos, no obstante que haya noticia de los autores de otras sectas y opiniones, pues estos ecsistieron en siglos no muy remotos del nuestro.

Clem. Hay muchas razones con que desvanecer tu respuesta. Sea la primera que, como tengo probado, el sistema de la eternidad del mundo es una pura invencion; porque no estriba en algun fundamento sólido. La segunda, que no es creible que se hubiera perdido la memoria de un hombre tan célebre, que fué inventor de un sistema, que tiene sobre los otros las notables ventajas de haber sido abrazado y sostenido por todos los pueblos, en todos

los siglos de que tenemos noticia. La tercera, ¿qué hombre fué este tan feliz, que ha conseguido lo que ninguno? Otros han hecho descubrimientos en las ciencias, fundándolos en razones sólidas; y otros han sido inventores de sistemas útiles y benéficos al género humano; y, con todo, no han logrado que estos descubrimientos y otros sistemas se hayan admitido general y perpetuamente. Porque ¿qué contradicciones y qué variaciones no han sufrido los sistemas de la física, de la astronomía, de la medicina, y otras ciencias? ¿Y es posible que el sistema de la ecsistencia de Dios, que segun los ateistas, está destituido de todo fundamento de verdad, y es opuesto á la razon natural y á la felicidad de los hombres, haya sido admitido por todos los pueblos y en todos los siglos? Y aunque ha padecido sus contradicciones, ha sido por un corto número de hombres, que no han conseguido destruir este sistema en toda la tierra; ¿pero qué digo en toda la tierra? ni siquiera en un solo pueblo de toda la basta estension de ella. Lo que han llegado á conseguir con todos sus esfuerzos, es hacer algunos prosélitos y secuaces,

entre los hombres de corazon corrompido y costumbres depravadas. El número de los ateistas es tan corto, comparado con el de los que creen la ecsistencia de la divinidad, que se puede reputar por nada. Finalmente, los ateistas tan lejos están de haber generalizado su sistema para destruir el de la ecsistencia de Dios, que son vistos por el comun de los hombres, como abortos y monstruos de la humanidad.

Sever. El número de los ateistas no es tan escaso y mezquino como se ha querido suponer falsamente, segun han demostrado algunos eruditos defensores del ateismo.

Clem. Sea lo primero, que muchos de los que se numeran entre los ateistas, son calumniados con esta nota; segun se ha demostrado sólidamente con sus mismos escritos: y sea lo segundo, que aunque realmente lo hubieran sido todos los sujetos de que hacen mencion los apologistas del ateismo, vuelvo á decir, que este número se puede tener por nada comparado con el de los que han admitido y admiten la ecsistencia de Dios. ¡Ah! como se ve la debilidad de la causa que sostienen los ateistas; pues ha-

llandose combatidos con el argumento poderoso del consentimiento universal y perpetuo de las naciones, sobre la ecsistencia de la divinidad, quieren defenderse con citar un miserable número de hombres que la han negado.

Sever. No es estraño que se haya generalizado tu sistéma, habiendo sido inventado y sostenido por la política de los reyes y de los tiranos, que queriendo contener á los pueblos en la órbita de sus deberes, y tambien oprimirlos y esclavizarlos, fingieron un ser supremo, señor y juez de todos los hombres, que manda, que estos obedezcan y se sujeten en todo á sus superiores, y que tiene un gran poder para castigarlos, cuando no lo verifiquen. Así lo decia Cricias, tirano de Atenas; segun refiere Sisto Empirico libro 1.^o Numa Pompilio rey de los romanos, segun dice Tito Livio queriendo sujetar á aquellas gentes feroces, fingió que tenía comunicacion con la Diosa Egeria, y que esta le dictaba las ceremonias que eran mas agradables á los Dioses. Dec. 1.^o libro 1.^o cap. 8.

Clem. Primeramente, voy á citar contra tu dicho un testimonio para tí de grande peso y autoridad: las sigientes palabras de Pedro Bayle, gran patron del ateismo,

citadas en el diccionario crítico letra B.
 „Si lo que dicen los impios fuera verdadero, como es falsísimo que la religion no es otra cosa, que una invencion de los hombres, de la que han usado los que imperan para contener á los pueblos en sus obligaciones, se debe confesar, que los príncipes fueron los primeros que cayeron en los lazos que habian tendido para otros. Tan lejos está de que la religion los constituya señores de sus pueblos, que antes bien los hace súbditos de sus pueblos. Deben no profesar la religion que parece mas poderosa que ellos, sino la religion del pueblo; pues de lo contrario se destruye su imperio.

En segundo lugar, confieso ingenuamente que segun consta de las historias, muchos príncipes han abusado de la religion para sus fines particulares; pero este mismo abuso prueba, que los pueblos ya desde antes tenían religion; pues por respeto á ella se sujetaban á sus opresores; porque de otra suerte nada hubieran aprovechado los príncipes con su política. ¿Como hubieran podido los pueblos creer á sus príncipes solo sobre su palabra, acerca de la ecsistencia de un juez supremo é invisible, que se ma-

nifestaba á ellos solos, y esto con el fin de que tiranizasen á sus subditos, y que estos se sujetasen enteramente á sus caprichos y á sus antojos los mas injustos? Y si esta ficcion hubiera podido persuadirse á un pueblo bárbaro, no hubiera sido posible persuadirla á todas las naciones del universo, y mucho menos á las civilizadas y cultas, en que han florecido todo género de ciencias.

Es imposible que todos los hombres y en todos los tiempos, admitan un error segun esta mácsima de Séneca: *ningun hombre engaña á todos los hombres*; y mucho menos si el error es conocidamente pernicioso, como se supone este, dirigido á esclavizar á todos los pueblos, y hacerlos infelices. Pero supongámos por un momento, que todos los pueblos cayeron en este error, ¿es posible que en tantos siglos no lo haya descubierto ni siquiera una nacion de las mas cultas y sabias? Si no, señálame cual ha sido esta, que abandonando la fe de la existencia de Dios militó bajo las banderas del ateismo. Pero, ya se ve, todos los pueblos han sido, y son tan ciegos y tan insensatos; que no han descubierto un error tan grosero y tan fácil de descubrir, y este descubrimiento estaba reservado á

un corto número de hombres, superiores á los demás, y que tanto se jactan de ser ilustrados é ilustradores del género humano.

En tercer lugar, pregunto: ¿quien fué el príncipe autor de este engaño, de este error: en que tiempo ecsistió: cual fué su pátria, y en qué nacion ejerció su imperio? ¿Será acaso el rey Numa Pompilio que me citaste? pero la respuesta es obvia y convincente. Antes del reinado de Numa, y aun de la fundacion de Roma, creían las demás naciones la ecsistencia de Dios. Moyses, legislador de los judios, que ecsistió ocho siglos antes que Roma; y Orfeo, Homero y otros escritores profanos, que aunque posteriores á Moyses, fueron anteriores á la fundacion de Roma, hablan de Dios, como de una cosa cuya ecsistencia creían los judios, y las otras naciones, y tú mismo has convenido en esto; luego el rey Numa no fué inventor de la existencia de la Divinidad, sino que valiéndose de la creencia en que de ella estaban los romanos, para sujetarlos mas, fingió esa comunicacion con la diosa Egeria. Quanto á la sentencia de Cricias, que me citas, digo: que no basta que él lo diga, si no presenta algun documento ó

testimonio que compruebe su opinion: y que si él pensó de ese modo, infinitos de mayor autoridad han pensado del modo contrario.

Contesto por último con esta reflexión. Si de la ecsistencia de Dios resultaran obligaciones á solos los súbditos respecto de los príncipes, y no á estos respecto de los súbditos, podia haber algun fundamento para sospechar, que la ecsistencia de Dios era una ficcion, inventada por los príncipes para su propio provecho, y fines particulares; pero cuando de la ecsistencia de Dios nacen tambien obligaciones á los príncipes respecto de sus súbditos, y nace tambien la persuacion de que Dios es juez de unos y otros, y que tiene poder para castigar indistintamente al que faltare á sus deberes, es claro que entónces los príncipes no tienen interés en fingir la ecsistencia de Dios; porque si por una parte les es favorable, por la otra les es adversa, cuando faltan á sus obligaciones. Dime si no, ¿quienes han sido esos príncipes, que han asegurado que Dios ha impuesto obligaciones á los pueblos para con ellos, y no las ha impuesto á ellos para con sus pueblos? Concluyámos, que este ar-

gumento que me has propuesto, que es de Hobbes, de Espinosa, de Toland, y de otros apologistas del ateismo, es mas bien una ficcion de ellos para alucinar y seducir á los ignorantes é incautos, ya que carecen de razones para convencer á los instruidos y prudentes.

Sever. Aun hay otra causa á que atribuir el consentimiento de todas las gentes sobre la ecsistencia de la divinidad: esta es el temor. Los hombres viendo los relámpagos, oyendo los truenos y los rayos, sintiendo los temblores y sacudimientos de la tierra, y observando otros efectos de la naturaleza, que causan grandes impresiones de terror y de espanto, conocian la debilidad de sus fuerzas, y de aquí infirieron, que hay un ser superior á ellos, que los produce, de quien dependen, y á quien es necesario ocurrir en las calamidades. He aquí como el temor ha sido la causa de la persuacion de los hombres, acerca de la ecsistencia de Dios; segun cantó un poeta antiguo diciendo: *el temor fué el primero, que en el orbe de la tierra hizo los dioses, al caer del cielo los terribles rayos.*

Clem. Luciano refiere, ó mas bien finge un

célebre pasage sucedido en Abdera de Tracia. Dice, que un cómico llamado Arquelao, representó tan al vivo en esta ciudad la Andrómeda de Eurípides, que causó tales impresiones en el ánimo de los concurrentes, que arrebatados todos de un delirio, con semblante melancólico, y derramando lágrimas, no pronunciaban otras palabras, que Andrómeda, Medéa, Perseo, y los demás actores de la tragedia. A este modo los incrédulos fingén, que alguno, ó algunos de los hombres que no tenían idea de la existencia de Dios, sobrecogidos por el terror que infundian las tempestades y temblores, fueron acometidos del delirio y frenesí de creer que hay en el universo un ser supremo, de que antes no tenían ni la menor noticia; y que representaron tan al vivo su terror, y la ficcion de la existencia de este ser supremo, que de él se habia originado, que hicieron participantes de su demencia á todos los hombres que habitaban la tierra: con la diferencia notabilísima de que Luciano dice, que el delirio causado por la representacion de la tragedia lo padecieron solamente los habitantes de una ciudad, y solo en tiempo del estío,

pues llegado el invierno todos recobraron su juicio y cordura. Pero los ateistas dicen, que el delirio causado por el temor de las tempestades y terremotos, lo padecieron todos los hombres de toda la tierra, y que este se ha perpetuado en todas las estaciones del año, y en todos los siglos hasta el presente dia; sin que en tantos siglos haya convalécido de enfermedad tan peregrina, ni siquiera una nacion; y que ni siquiera un pueblo aun de los mas cultos é ilustrados haya conocido tal delirio y tal error: y que estando perfectamente cuerdos para tantas ciencias y tantas artes, en este asunto de la existencia de la divinidad, todos estén delirantes é insensatos. Pregunto como curioso: ¿quienes son mas delirantes, los locos fingidos por los ateistas, ó los mismos fingidores?

Respondo diréctamente. La idea que de Dios debian haberse formado los hombres en tal caso, seria la de un ser terrible, cruel, armado de rayos y de tempestades, é incesorable á los ruegos de los miseros mortales; pero lo cierto es, que los hombres se han formado de Dios la idea de un ser bené-

fico y propicio, y de un padre amante y bondadoso, que siempre está inclinado á hacerles bien: y aun cuando lo han considerado justo, y vengador de sus injurias, lo han contemplado tambien misericordioso con el arrepentido. De aquí es, que para conseguir los bienes, para librarse de los males, y para aplacar la indignacion de la divinidad, le han dirigido sus súplicas, y le han ofrecido sacrificios. Estas nociones, estas ideas que los hombres tienen de Dios, no son hijas del temor, sino del amor y de la esperanza; y cuando temen á Dios como justiciero, este temor es mas bien un efecto de la persuacion en que están de que hay un supremo Juez remunerador, que al paso que premia la virtud, castiga el vicio. Pero diré mas: el temor está tan lejos de ser causa de la persuacion de la ecsistencia de Dios, que mas bien es la causa del ateismo. He aquí la prueba fundada en la razon y en la esperiencia. Cierta clase de hombres, dominados por las pasiones mas violentas y furiosas, y empeñados en satisfacer los deseos de su corazon perverso, se ven cruelmente atormentados por los remordimientos de su concien-

cia criminal; y la idea de que los ve un juez ofendido con la infraccion de su ley, que tiene un poder infinito para castigarlos, derrama sobre sus placeres delincuentes el cáliz de la amargura, con lo que se irritan y ecsasperan. ¿Qué remedio pues, para gozar con tranquilidad de sus gustos y deleites? Esforzarse á borrar de su mente una idea que tanto los atormenta, y persuadirse, que no hay un Dios que vele sobre la observancia de su ley, que castigue las infracciones de ella; y de este modo entregarse mas desenfrenadamente á los apetitos de su corazon corrompido: luego el temor es mas bien causa del ateismo.

Sever. Aun me restan algunas razones que proponer. Si ecsistiera Dios, necesariamente habia de ser una substancia infinita é inmensa. En este caso los demás séres no podrían ecsistir, pues serian excluidos por esta substancia inmensa.

Clem. Si Dios fuera una substancia corporal, es evidente que no podría ecsistir al mismo tiempo con otros séres corpóreos; porque estando Dios en todo lugar, los otros séres corporales no ten-

drian donde estar, pues dos cuerpos no pueden ocupar un mismo lugar á un mismo tiempo, segun demuestran los fisicos; pero siendo Dios, como realmente es, una substancia enteramente espiritual, no ocupa lugar; y de aquí es, que no es incompatible su existencia con la de todos los séres corpóreos, aunque estos se multiplicáran hasta lo infinito.

Sever. Si ecsistiera Dios, tendría en sí mismo todas las perfecciones posibles; por consiguiente, los demas séres no tendrían perfeccion alguna: mas vemos que en estos se hallan perfecciones admirables, y así ó no ecsiste Dios, ó carece de todas las perfecciones que están repartidas en los otros séres.

Clem. Ecsiste Dios: tiene todas las perfecciones: y como es omnipotente, pudo crear otros séres, y adornarlos de las perfecciones que fueron de su agrado: y como éstas se hallan en séres limitados, son ellas tambien limitadas; con lo que es compatible, que Dios, sin perder nada de sus perfecciones infinitas, produjera en las criaturas unas perfecciones limitadas, correspondientes á la limitacion de su naturaleza.

Sever. Si Dios crió al mundo, lo crió por

alguna causa: pues ¿cuál pudo ser esta? No lo crió por los hombres buenos, porque estos son poquísimos: no lo crió por los malos, porque estos son indignos de tan grande beneficio.....

Clem. Dios crió al mundo para comunicar su bondad á las criaturas, y para hacer brillar y resplandecer su sabiduría, su poder, su providencia y demás atributos.

Sever. Para que Dios comunicára mas su bondad, hubiera sido muy conveniente que hubiera criado al mundo muchos siglos antes, y no hasta ahora siete mil años.

Clem. Dios obra no solo por bondad, sino tambien con sabiduría: y, así, á los fines que se propuso, convino crear el mundo ahora siete mil años, y no siglos antes. Pero supongámos que lo hubiera criado ahora diez mil; en este caso tambien preguntarian los ateistas, ¿por qué no ahora veinte mil? y así estarian preguntando interminablemente, con el fin de persuadir, que el mundo no fué criado, sino eterno; y de este modo echar á un lado la prueba poderosísima, que de la creacion del mundo resulta en favor de la existencia de Dios. Pero de esto ya he dis-

currido, manifestando: que el mundo ni es, ni pudo ser eterno.

Sever. Todos los que creen que hay Dios, defienden que es santo y justo: pues ¿como permite tantas maldades y delitos que se cometen en el mundo? y así, ó no ecsiste, ó carece de los atributos de la santidad y de la justicia; y, en este segundo caso, tampoco ecsiste; porque un ser que carece de estos atributos, no puede ser Dios.

Clem. Dios permite estos males, para sacar de ellos grandes bienes. Se manifiesta y resplandece su paciencia en sufrir al pecador, y en darle tiempo para el arrepentimiento: resplandece su providencia en los auxilios y medios que da al delincuente, para atraerlo á la penitencia: brilla su misericordia en perdonarlo, si se arrepiente: ostenta su omnipotencia en sostener al pecador penitente, para que no recaiga en sus pasados escesos: y, en fin, si el hombre culpado se obstina en seguir en el camino de sus desordenes, entónces se manifiestan la santidad y la justicia de Dios en castigarlo. Es innegable, que el ejercicio de estos atributos divinos, es un grande bien, pues de ellos resulta á Dios tanta gloria.

De que Dios permita los pecados, tambien le resultan al hombre grandes bienes. Al ver la paciencia con que Dios le sufre, y la bondad con que le llena de beneficios, en el mismo tiempo que lo está ofendiendo, se escitan en su corazon los afectos de la gratitud, y los impulsos á reconciliarse con un bienhechor tan generoso. De aquí dimana el ejercicio de la virtud de la penitencia; la humildad que el hombre adquiere despues de levantado de sus caídas; la compasion con que ve la flaqueza y las miserias ajenas, considerando las suyas propias. Comumente de los delitos que cometen unos hombres, reciben otros perjuicios é injurias; y esto es una ocasion para los ofendidos de ejercitar la mansedumbre en sufrir, y la generosidad en perdonar. Basta con esto para convencerte de los grandes bienes que resultan de los males que Dios permite que haya en el mundo.

Sever. Vemos que el vicio triunfa, y la virtud es oprimida: los perversos gozan de prosperidad, son ecsaltados, viven felices y contentos, y son el objeto de la envidia de los demás hombres: por el contrario, los virtuosos viven sumer-

gidos en la miseria, son despreciados y perseguidos, respiran la tribulacion y la amargura de que está agoviado su espíritu, y son un objeto digno de compasion. Pues si ecsistiera Dios, estaria cambiada esta suerte. Como justo remunerador concederia en premio á los virtuosos, el goce de los bienes; y á los perversos les aplicaria en castigo aquella porcion de males, correspondiente á su iniquidad. Conque si no hay esta remuneracion, es una prueba concluyente de que no ecsiste Dios.

Clem. Primeramente: es falsísima la proposicion, si se toma con tanta generalidad, diciendo, que todos los hombres viciosos gozan de prosperidad; porque la historia y la esperiencia enseñan, que ha habido y hay multitud innumerable de hombres malos, sujetos á una suerte miserable y desgraciada: otros desde la cumbre de la fortuna han sido derribados hasta el abismo de las calamidades y de la adversidad: y otros han acabado la escena de su vida con un fin trágico y lastimoso. Vea-se, por ejemplo, la historia de los emperadores romanos, que se consideraron como señores del universo, y se hallará, que la mayor parte de los Cé-

sares viciosos terminaron su ecsistencia de un modo muy funesto y desventurado. Jamás acabaria yo si quisiera citar los infinitos ejemplares que confirman esta verdad.

Lo segundo: que no hay hombres tan perversos, que no tengan algo de bueno; y sin embargo que son indignos de algun premio, y solo dignos de todo castigo, es tanta la bondad de Dios, que quiere premiarlos con bienes temporales, por las pocas obras buenas que practican.

Lo tercero: observámos que muchos de los pecadores poderosos suelen emplear parte de su fortuna en beneficio y consuelo de los miserables; y en fin, esta prosperidad que disfrutan, es un motivo capaz de ecsitar en su corazon la gratitud para con el soberano bienhechor, que es Dios, para que convirtiendose á él, le amen y le sirvan como deben.

Sever. Y los pecadores que carecen de estos bienes, ¿cual es el premio que reciben por las pocas buenas obras que hacen?

Clem. Lo primero: Dios no está obligado á premiar al que le ofende y lo desprecia: y si concede algun premio tem-

poral á los malos, por las obras buenas que ejercitan, es, como dije, por un exceso de su bondad; pues en todo rigor de justicia, los iníquos son merecedores solamente del castigo. Lo segundo: que es tambien bondad en Dios negar á muchos viciosos estos bienes; pues de ellos se servirian como de medios para aumentar sus delitos. Lo tercero: que esta misma adversidad puede ser una pena que Dios aplica benignamente como padre, para separar al hombre del camino del vicio, é introducirlo en las sendas de la virtud; porque los hombres mas bien se acuerdan de Dios en el tiempo de la desgracia, que en el de la fortuna; y por lo mismo están en mayor aptitud de convertirse á Dios: y, en suma, el Señor quiere atraer á unos por la concesion de los bienes, y á otros por la denegacion de ellos.

Cuanto á las adversidades de los justos, digo tambien, que ni todos ellos, ni en todo tiempo son atribulados y afligidos; porque muchísimos, aun en esta vida, reciben de la mano de Dios el premio de sus virtudes. Lo segundo: que así como no hay oro, por fino que sea, que no tenga la mezcla

de alguna escoria, de que es necesario purificarlo por medio del fuego; así tambien no hay hombres por virtuosos que sean, que carezcan enteramente de las culpas ligeras: pues de estas quiere Dios purificarlos con el fuego de las tribulaciones. Lo tercero: no se conoceria la dureza del diamante, si no es, resistiendo á los golpes; no se conoceria la solidez del oro sino pesandolo; la dulzura ó amargura de una cosa sino gustandola; y no se conoceria la pericia militar de un general, y el valor de un soldado, sino combatiendo en los campos de batalla. Así tampoco se conoceria la humildad, la paciencia, la fortaleza y la resignacion de los justos, sino sufriendo trabajos, persecuciones y adversidades. Y así como el general perito y el soldado valiente, no recibirán el premio de estas buenas calidades, sino ejercitandolas en triunfar de los enemigos, así tampoco los justos recibirán el premio de sus virtudes, sino ejercitandolas, haciendose superiores á las adversidades, y venciendose á sí mismos y á sus pasiones, que resisten los padecimientos.

Finalmente, Severo: ya es tiempo de que te hable con la sinceridad que me

caracteriza, y con todo el fuego del amor que te profeso. Todos los discursos y razones que hasta aquí he producido, no se dirigen, ni á convencerme á mí mismo de la verdad de que tratamos, porque de ella estoy convencido intimamente hasta el grado de la mayor certeza, ni tampoco pretendo buscar en esto mi propio bien. Pretendo sí, convencerte á tí de una verdad tan clara y evidente, que solo la niega un hombre, que cerrando los ojos á la luz mas esplendorosa, forma de sus mismas tinieblas un baluarte para defenderse contra las armas poderosas de la razon: y pretendo, en fin, sacarte de las sendas tortuosas del error, que te conducen al término de la mayor desgracia, é introducirte al camino de la verdadera felicidad.

Sever. Pues qué zel partido que yo he abrazado es el del error y de las tinieblas, y por efecto de obstinacion cierro el oido á la voz penetrante de la verdad y de la razon? ¿Qué miras, qué interés puedo proponerme en un proceder tan injusto y tan irracional? Si tú defiendes la ecsistencia de Dios por persuasion; yo la niego por convencimiento.

Clem. Si tú no te dieras por ofendido, yo

te hablaria con mayor franqueza y claridad.

Sever. Estoy muy convencido de los buenos sentimientos de tu corazon para conmigo, y así háblame con toda la ingenuidad que te es propia, persuadido de mi buena disposicion para abrazar la verdad en donde quiera que la conozca.

Clem. ¡Ay Severo amado! cuanto me alienan tus espresiones, para que yo te manifieste mi corazon, y para que este se anime de la confianza mas viva, de que algun dia te he de ver reducido al camino de la verdad. Fiado en la libertad que me permites para que te hable ingenuamente, es preciso decirte, que tienes empeño particular en obstinarte y mantener en el ateismo, por las mismas causas que te condujeron á él. Antes de pasar adelante, quisiera que me satisfacieses á una pregunta, con toda la franqueza, que debe caracterizar á un filósofo, que se gloria de ser defensor de la verdad.

Sever. Te prometo contestarte francamente.

Clem. Dime: ¿tu entendimiento se halla actualmente tan convencido del ateismo, como lo estaba antes de que diésemos principio á nuestra conferencia?

Sever. Mi honor::: mi palabra:::

Clem. ¿Qué? ¿qué quieres significar con eso?
No te sorprendas.

Sever. Mi honor me obliga á callar; mi palabra me escige responderte; y mi animo estrechado por dos extremos contradictorios, se resuelve á contestarte.

Clem. Ya te entendido: crees que tu honor quede lastimado confesando la verdad; porque es faltar á la fortaleza propia de un filósofo incrédulo. Esa es una fortaleza aparente, y una cobardía real y efectiva, como te demostraré mas adelante. Mira, que jamás fué honrar negar la verdad por capricho y obstinacion; sino, mas bien, una ignominia, aun en un idiota de la plebe. Por tanto, cumple tu palabra, y da gloria á la verdad.

Sever. Mucho me estrechas Clemente: es forzoso ceder á tus insinuaciones, y decirte, aunque se resienta mi orgullo filosófico, que á proporcion de lo que nos hemos ido internando en nuestra conferencia, he ido perdiendo grados de convencimiento sobre mi sistema; pero no tanto que no me haya quedado el suficiente para mantenerme en el ateismo. Lo único que has logrado es, escitar en mi espíritu una borrasca

de dudas y de temores, que he conseguido serenar con algunas reflexiones filosóficas, que he llamado en mi auxilio.

Clem. Permíteme que te estreche tiernamente entre mis brazos.

Sever. Sea enhorabuena: pero qué ¿esta demostracion es señal del triunfo que has logrado? que lejos estás de eso. Tengo un carácter demasiadamente firme para perseverar en mi persuacion.

Clem. Podria ser el abrazo una señal del triunfo, porque al fin ya está medio conseguido; pero por ahora es una manifestacion de mi complacencia, al oír de tu boca una confesion ingenua; cosa que es muy agena de los ateistas, cuyo caracter es el capricho y la tenacidad; pues aun cuando se les estrecha con razones convincentes, su soberbia les impide darse por vencidos; y solo contestan con el desprecio y el desdén; porque miran á todos los hombres contrarios á su sistema, como una chusma de preocupados, idiotas y bárbaros, segun se esplican en sus escritos y en sus conversaciones; y cada uno de ellos se juzga á sí mismo como un sol de sabiduría, cuyos resplandores son capaces de iluminar al uni-

verso entero. Pero tú me acabas de dar un testimonio de que no eres de ese número, á pesar de esa protesta de la firmeza de tu carácter, para mantenerte en tu sistema: y si tu me escuchas con docilidad las reflexiones que quiero hacerte, y me prometes seguir manifestando con imparcialidad y buena fe los sentimientos de tu corazón, yo me preparo con júbilo á darte otros mil abrazos, por el triunfo completo que espero alcanzar: triunfo en que saliendo tú vencido, tú cantarás la victoria triunfando de tus errores, de tus pasiones y de tí mismo, que es el heroísmo verdadero y glorioso.

Sever. Hasme las reflexiones que quisieres, con la ingenuidad que te es propia; asegurandote de nuevo de mi buena disposición para abrazar la verdad, en donde quiera que la conosca.

Clem. Severo: fiado en la libertad que me permites, te digo: que tú conoces en donde está la verdad, y que eres atea no de entendimiento sino de voluntad; que es decir, que has abrazado el ateísmo, no por convencimiento, sino por inclinación; pero una inclinación forzada y violenta. Voy á manifestártelo en las reflexiones siguientes, para

explicar mi sentir, y satisfacer á la pregunta que me hiciste, de que ¿qué miras, qué intenteres puedes proponerte en haber abrazado el ateísmo, y permanecer en él? Escuchame, y te venceré.

No puedo negar que en los siglos de nuestros padres ha habido incrédulos, y que en el nuestro abundan con mayor exceso; ni tampoco negaré, que ha habido y hay hombres de corazón tan corrompido y obstinado, que sean verdaderos incrédulos: lo que sí intento probar es, que son raros estos hombres que permanecen constantes en la impiedad, y que entre tantos que hacen ostentación de su incredulidad, acaso no habrá uno sobre cuyo corazón no conserve aun la fe su dominio, y que no tema en su interior al Dios que niega, y de cuyo nombre blasfema con audacia. Esta es la primera razón en que me fundo para asegurar, que la mayor parte de los que se jactan de ser incrédulos, no lo son efectivamente; porque los desordenes y vicios en que los vemos sumergidos, no nacen de su incredulidad, sino que mas bien esta nace de sus desordenes.

Sí, Severo: hasta ahora no hemos visto entre tantos hombres que se precian de ser incrédulos, alguno que haya empezado por dudar acerca de las verdades de la religion, y que de las dudas haya caido en los desordenes: todos empiezan por las pasiones, y despues se siguen las dudas, la incredulidad y las blasfemias. Al principio se dejan llevar de los desordenes de la edad y del amor á los placeres infames, y despues de haber andado algun camino, cuando ya están cautivos en el imperio de las pasiones, les parece imposible volver atrás, sacudiendo el yugo de la servidumbre. La luz de la razon natural, su conciencia y la fe, los obligan á abandonar este camino, haciendoles ver la iniquidad de sus obras, y representándoles á un Juez supremo, que observa y cuenta todos sus pasos, y que tiene justicia y poder para castigar en la eternidad con penas terribles todos sus extravios.

Esta consideracion los asusta, los aterra, y los compele á que muden de conducta. Entónces se irritan las pasiones, tocan alarma, y se ponen de parte de ellos contra las reflexiones religiosas, que los quieren atraer á las

sendas de la virtud. La religion amenazandolos con la acervidad de las penas, derrama sobre sus gustos delinquentes el caliz de la amargura; las pasiones acariciandolos con los placeres, quieren consolarlos y fortalecerlos contra sus temores: he aquí á estos hombres vicios constituidos entre dos extremos, sin hallar á qué parte inclinarse. Si siguen el goze de sus deleites, temen las penas preparadas á ellos, y tratan de convertirse á Dios. Se apodera de su corazon la tristeza y el abatimiento, al ver que tienen que despedirse de sus placeres encantadores: no tienen resolucion para esta despedida: en tales augustias quisieran continuar en sus desordenes, sin el temor de las penas que tanto los molestan y los perturban, y quisieran que lo que enseña la fe sobre estas penas fuese una quimera y una fábula. Entónces el corazon corrompido pide auxilio al entendimiento, á fin de que se persuada de que así es.

De aquí empiezan á nacer las dudas sobre la inmortalidad de la alma, y sobre las penas eternas; pero como en el estado de estas dudas no pue-

den gozar con tranquilidad de los halagos de las pasiones, se empeñan y se afanan en buscar razones para depouer estas dudas, y persuadirse que su alma, como la de los brutos, perece juntamente con su cuerpo. No bastándoles esto para aquietarse, solicitan la comunicacion de hombres incrédulos, para que los confirmen en aquellos errores, que pretenden calificar como verdades. Con los discursos capciosos de estos libertinos arrogantes, y con los libros impios que de ellos reciben, se declaran precipitadamente por el partido de la incredulidad; comenzando á negar aquellas verdades de la religion que mas incomodan á las pasiones; y muchos van abanzando á pasos de gigante á sumergirse en el ateismo, y con voz sacrilega y blasfema dicen, *no hay Dios*: pero lo dicen no con el entendimiento, porque de esto estén persuadidos, sino con la voluntad; porque quisieran que no lo hubiera, para entregarse mas libremente á los vicios y desordenes, sin los remordimientos de su conciencia, y sin los temores que infunde al vicioso la creencia de un Dios vengador.

Y así, no hay mayor ignominia para

la incredulidad, que manifestarle su origen. Se atribuye á sí misma falsamente el nombre de ciencia y de luz, siendo así que es hija de la iniquidad y de las tinieblas. No es pues la fuerza de la razon la que reduce á este estado á los falsos incrédulos, sino la flaqueza de un corazon corrompido, que no puede vencer sus infames inclinaciones: una falta de ánimo, que no pudiendo sufrir ni mirar con firmeza las amenazas terribles de la religion contra el vicio, procura deslumbrarse diciendo, que estos son unos temores pueriles y despreciables, hijos de la mala educacion, de la ignorancia y del fanatismo. Estos hombres son semejantes á aquel que caminando de noche sin compania, amedrentado por los horrores de las tinieblas, canta para animarse á sí mismo: son unos cobardes que ocultan su miedo bajo una falsa ostentacion de valentia.

Confirmo esto con la siguiente observacion. No hay incrédulo, aun de aquellos que mas se jactan de serlo, á quien la muerte repentina de algun companero, un accidente funesto; una pérdida sensible, un revez de fortuna, una desgracia ruidosa, ó algun gran-

de mal que les amenaza, no mueva á hacer tristes reflexiones acerca de su estado, y á desear vivir arregladamente. Tampoco hay pecador de los de esta especie, que en las circunstancias de la afliccion no busque á los justos para consolarse con ellos, y que no de un paso que haga concebir alguna esperanza de enmienda. No recurre entonces, para consolarse, á los compañeros de su incredulidad; no busca el alivio de su pena en la filosofia del libertinage, que niega á sus secuaces el consuelo y el remedio en el caso de mayor angustia y necesidad: esta filosofia es la religion de los banquetes, de los saraos, de los teatros, de los placeres y del desahogo de las pasiones mas criminales.

Casi todos los incrédulos están discordes y opuestos entre sí sobre los artículos principales de su sistema. Me seria muy fácil demostrarte esta verdad con los escritos de los mismos incrédulos; y aun debo añadir, que cada uno de ellos vive en unas continuas variedades acerca de los puntos de su incredulidad. Pues si ellos hubieran abrazado esta por verdadero convencimiento en fuerza de la razon natu-

ral, convendrian todos entre sí en lo sustancial de su sistema, y se mantendria cada uno en su persuasion; porque la razon no puede dictar á muchos ni á uno solo, cosas contradictorias. Pero, aun mas: se observa en cada uno de ellos, que la incredulidad es mas ó menos fuerte, quanto mas ó menos vivas están sus pasiones, de modo que á proporcion de lo que estas se aumentan ó se disminuyen, crece, ó descrece su incredulidad; y que llegando á perder el gusto á los deleites, se lo pierden á la impiedad. Esto sucede especialmente cuando agoviados del peso de las enfermedades, se postran en el lecho del dolor. ¡Ah! en este teatro lastimoso ¡quanto se muda la escena de sus discursos y de sus opiniones, y como se ve desaparecer la decoracion de su aparente fortaleza! Entonces, ¡qué poco trabajo cuesta persuadir aun á los mas pertinaces, que abracen el partido mas seguro, que es el de la religion! Ellos á vista de las puertas de la eternidad que ya se les abren, y de la suerte futura que se les prepara, imploran humildemente los socorros de la iglesia, y claman pidiendo misericordia al

Dios de sus padres, cuyo nombre tanto han blasfemado.

Esta es una observacion que se ha hecho particularmente en aquellos países en que hay mas incrédulos, de manera, que pocos han sido los que han perseverado en su obstinacion, hasta el último momento de su vida; y aun se asegura, que Voltér, patriarca de los impíos, tres veces que se vió en peligro de muerte, pidió un ministro de la iglesia para confesarse: las dos primeras veces lo consiguió; y la última no tuvo efecto por haber impedido la entrada al sacerdote D.^o Alembert, discípulo predilecto de este incrédulo. Yo no defiendo este hecho; pero así corrió la voz por la Francia, y se ha propagado hasta nuestros días; y yo me acuerdo haberlo leído en la historia de la vida de este libertino impísimo.

Luego si en estos hombres la incredulidad sigue el destino de sus pasiones; se aumenta, y se disminuye con ellas; y cuando estas se adormecen, tiene igual suerte la impiedad, hasta el término de perecer; pues los incrédulos en muchos casos la deponen, por entrar de nuevo en el camino de

la religion; es una prueba convincente de que las pasiones son la causa de la incredulidad; y de que estos hombres son incrédulos no de entendimiento sino de voluntad; porque desean serlo, porque desean parecerlo, y porque quieren, engañándose á sí mismos, persuadirse de que realmente lo son.

Sever. Si las pasiones fueran causa de la incredulidad, es claro, que los que abandonan la religion, serian mas viciosos despues de haberla abandonado que antes. Esto es evidentemente falso; porque entre los incrédulos se observan unas virtudes verdaderamente recomendables.

Clem. No me río, Severo, porque no digas que me burlo de tí. Escúchame estas respuestas. Primera: vemos (y yo lo confieso con sentimiento y rubor) que muchísimos cristianos, creyendo que han recibido el ser y otros innumerables beneficios, de la mano bondadosa de Dios; que están obligados á la observancia de su ley, y que tienen destinados premios eternos á la virtud y castigos eternos al vicio, con todo esto, viven tan abandonados á la corriente de las pasiones y de los desordenes, como si nada de esto creyeran. ¿Los

que realmente no lo creen, que nada temen ni esperan para despues de la muerte, y que se persuaden que no hay otra felicidad que la que consiste en los deleites y en el desahogo de las pasiones, estarán adornados de esas virtudes verdaderamente recomendables? Segunda: los incrédulos dan unas definiciones de la virtud tan extravagantes, que lo que dicen de la virtud en nada se parece á la virtud verdadera. Pero aun mas, muchísimos de ellos llevan tan adelante su insolencia y su perversidad, que dicen, que la virtud y el vicio, se distinguen entre sí solo en el nombre. En sus escritos y en sus conversaciones vemos los elogios y la apología de la soberbia, de la fornicacion, del adulterio, de la venganza, del horroroso suicidio y de todos los vicios. Vemos que se burlan en tono lastimero y despreciador, de los que viven con arreglo y moderacion, tratándolos de fanáticos, preocupados y supersticiosos; y lo que es mas, vemos que ellos se jactan y se glorian del desenfreno de sus pasiones, llamándolas desahogo de unas inclinaciones naturales é inocentes; y con todo esto defiendes que se practican

unas virtudes verdaderamente recomendables, entre esta clase de hombres que acerca de los vicios, con corta diferencia, piensan todos de un mismo modo? Si quisiera yo continuar este asunto, tengo materia para hablar muchos dias. Es preciso abreviar y concluir mi reflexion, en cuya confirmacion te voy á presentar un ejemplar muy poderoso, cuya verdad tú la has de confesar como hombre de bien.

Sever. Y ¿cual es?

Clem. El que se ve en tí mismo. Mientras viviste con pudor é inocencia, jamas dudaste de la fe. Acuerdate de aquel tiempo feliz, cuando las pasiones no habian inficionado tu corazon. Cuanto te representaba la fe de tus padres te parecia augusto y respetable: tu razon se sometia gustoso al yugo de la autoridad de la iglesia: entónces no cuidabas de proponerte dificultades y dudas; pero luego que se mudaron tus costumbres, empezaron tambien á variar tus ideas acerca de la religion; luego las dificultades que se presentan á tu entendimiento, no provienen de la fe, sino de la corrupcion de las costumbres; y la perseverancia en la incredulidad, nace de la repugnancia

que sientes en cumplir las obligaciones que dimanar de la ley divina, y del trabajo que tendrias que poner en enfrenar tus pasiones. De modo que no tengo embarazo en asegurar, que si á los incrédulos se les propusiera, que habian de creer otros mil artículos de fe, por cada mandamiento que se les dispensara, especialmente el sexto, admitirian la propuesta; y casi ninguno de ellos seguiria caminando por las sendas de la incredulidad.

Sever. Aquellas primeras impresiones que se hallaban en mí, á favor de la religion, provenian de las preocupaciones de la educacion de la niñez, en la que mis padres me comunicaron las ilusiones y el fanatismo de los siglos de la barbarie y de la idiotéz.

Clem. ¡Qué honras, qué gratitud para con unos padres tan amantes y tan bondadosos! Las segundas impresiones que has recibido tan favorables á la impiedad, no han provenido mas que de las preocupaciones de las pasiones y del desorden; y en iguales circunstancias, es mas prudente y seguro seguir las preocupaciones que se formaron en la inocencia, y que inclinan á la virtud, que las que han nacido del seno

de las pasiones, y que incitan solo á la iniquidad y al libertinage.

Sever. ¡Ah, Clemente! ¡Ah, Clemente! Cada:::

Clem. Severo amado, acaba de proferir lo que empezaste: pero tus suspiros y las lágrimas que se asoman á tus ojos, son el idioma con que tu corazon me anuncia la procsimidad de aquel momento venturoso, destinado por la Providencia para tu triunfo y para mi consuelo. Para proseguir, déjame limpiar el llanto que humedece mis mejillas: él es hijo de mi alegría. ¡O llanto el mas halagueño!

Sever. Iba á decir, que cada argumento, ó exclamacion tuya, es una zaeta que penetra mi corazon. Tus discursos serán falsos; pero ellos están revestidos del ropage magestuoso de la verdad. Ellos todo me trastornan; la fortaleza que me inspira la filosofia, no me permite ceder. Mi corazon se halla combatido de afectos contrarios. Tú me has sumergido en un abismo de confusiones. Con esto no lograrás convencerme; pero sí conseguirás privarme de la vida ó del juicio.

Clem. Yo tengo la mas viva confianza en la misericordia del eterno, de que algun dia has de invocar con veneracion

su santo nombre. Jamas deja sus obras imperfectas; y ha comenzado la de tu conversion y la tiene, (*) no lo dudes amigo, la tiene de concluir. Interin llega este momento para mí tan deseado, como importante para tí, quiero para cerrar por hoy nuestra conversacion, pedirte una gracia que no podrás negarme, pues precias de filósofo ingenuo y despreocupado.

Sever. Concedida desde luego: bien puedes decir cual es.

Clem. Que no te empeñes en cerrar los ojos á la luz: es decir, que no te opongas á la verdad, cuando esta se te presente. Ecsamina á tus solas mis racionios; y si te parecen juiciosos, no resistas: abra tu entendimiento la puerta, y hecho esto, ya continuaremos mañana nuestra conversacion.

Sever. Te daré gusto, pues es justísima tu propuesta.

(*) Aquí arrebató la muerte al autor: continúa hasta su conclusion el editor.

ULTIMA CONVERSACION.



Sever. ¡Qué noche tan melesta he pasado, y cuan prolongadas me han parecido sus horas! En cumplimiento de mi palabra, meditaba con imparcialidad las reflexiones que me has hecho, ecsaminaba en silencio las verdades que contenian, y, succediéndose unas á otras las ideas, enteramente me quitaron la tranquilidad y el reposo.

Clem. Y bien, amigo: ¿qué concepto has formado de ellas? Yo te creo hombre de bien, y por lo mismo espero que no desmentirá el lábio el dictámen de tu razon.

Sever. Puedo asegurarte, que si tus discursos hasta aquí no me han parecido irresistibles; los he hallado tan fundados y probables, que han hecho estremecer los cimientos vigorosos de mi filosofia. ¿Quién sabe (me decia yo á mis solas) quién sabe si Clemente dirá bien, y yo estaré descaminado? Pasando despues adelante, sosegado el tumulto, de mis pasiones repetia: si Dios ecsiste,

su santo nombre. Jamas deja sus obras imperfectas; y ha comenzado la de tu conversion y la tiene, (*) no lo dudes amigo, la tiene de concluir. Interin llega este momento para mí tan deseado, como importante para tí, quiero para cerrar por hoy nuestra conversacion, pedirte una gracia que no podrás negarme, pues precias de filósofo ingenuo y despreocupado.

Sever. Concedida desde luego: bien puedes decir cual es.

Clem. Que no te empeñes en cerrar los ojos á la luz: es decir, que no te opongas á la verdad, cuando esta se te presente. Ecsamina á tus solas mis racionios; y si te parecen juiciosos, no resistas: abra tu entendimiento la puerta, y hecho esto, ya continuaremos mañana nuestra conversacion.

Sever. Te daré gusto, pues es justísima tu propuesta.

(*) Aquí arrebató la muerte al autor: continúa hasta su conclusion el editor.

ULTIMA CONVERSACION.



Sever. ¡Qué noche tan melesta he pasado, y cuan prolongadas me han parecido sus horas! En cumplimiento de mi palabra, meditaba con imparcialidad las reflexiones que me has hecho, ecsaminaba en silencio las verdades que contenian, y, succediéndose unas á otras las ideas, enteramente me quitaron la tranquilidad y el reposo.

Clem. Y bien, amigo: ¿qué concepto has formado de ellas? Yo te creo hombre de bien, y por lo mismo espero que no desmentirá el lábio el dictámen de tu razon.

Sever. Puedo asegurarte, que si tus discursos hasta aquí no me han parecido irresistibles; los he hallado tan fundados y probables, que han hecho estremecer los cimientos vigorosos de mi filosofia. ¿Quién sabe (me decia yo á mis solas) quién sabe si Clemente dirá bien, y yo estaré descaminado? Pasando despues adelante, sosegado el tumulto, de mis pasiones repetia: si Dios ecsiste,

y, como mi amigo lo asegura, me ha colmado de favores y beneficios, sin duda soy yo un inicuo contra ese Dios, soy un perverso y un monstruo de ingratitude. Y ve aquí, que esta multitud de pensamientos, que en el silencio de la noche iban como desarrollándose, desterraron de mis ojos el sueño, y no han producido otro efecto que atormentarme.

Clem. Has dado ya el primer paso, Severo: y yo diviso muy cercana tu conversion. No resistas, vuelvo á suplicarte; pues esas dudas que sientes son aldabadas, que una invisible pero misericordiosa mano repite sobre tu corazon. ¿Pues qué, Dios no ha de reclamar lo que es por tantos títulos suyo? Te habrá esperado tanto tiempo, y combinado las circunstancias de tu vida con otra mira que llamarte, y hacer que reconocas á quien antes llamabas tu dulce padre? ¿Has acaso olvidado enteramente aquellas tiernas parábolas de que tu mismo me hacias tantas veces conversacion, ya de la oveja que habiéndose apartado del rebaño, y entregándose á pastos venenosos, al fin la encontró su pastor, y cargándola sobre sus hombros, volvió con ella penetra-

do de gozo: ya de aquel hijo ingrato, que despues de haber dejado á su padre, y mal gastado su caudal, volvió, obligado de la miseria, á su casa, y en vez de reprehension y castigo, halló solamente un padre, que lo esperaba en sus brazos? Pues tú eres tal vez (y pienso no engañarme, Severo) esa perdida oveja, que Dios encuentra, y ese hijo miserable que recibe en su seno. Tu eres.... Pero ¿por qué guardas tanto silencio, y cubres con el pañuelo tu rostro? ¿Por qué....

Sever. ¡Ay amado Clemente! no digas mas, y disculpa estas muestras de....

Clem. No sofoques tus sentimientos. ¿Qué puede encerrar tu pecho, que no debas descubrir á un verdadero amigo tan interesado en tu bien?

Sever. Iba á decir, que no culpes mi debilidad, y estos afectos que no me son deliberados. Yo estaba resuelto, segun las máxima de mi escuela, á mantenerme inflexible contra tus ratiocinios pero cuando mas confiaba en mi espíritu fuerte, me han hecho traicion las lágrimas de mis ojos.

Clem. Y cuando sin poder refrenarlo, así se esplica tu corazon, ¿quieres mayor prue-

ba, Severo, de que él reconoce al Dios que lo crió, y quiere volar ácia él con inclinacion mas irresistible, que aquella con que la pesada piedra baja á su centro? Déjalo pues, no lo detengas: déjalo ir á su criador. ¿Qué te detiene: qué temes? El filósofo ingenuo debe sentir haberse apartado de la verdad; pero jamas debe avergonzarse de abrazarla cuando la descubre. Yo advierto en tu semblante....

Sever. Basta repito, amigo: y mi llanto está ya publicando tu victoria. Yo por algun tiempo he podido oponerme á pie firme á tus combates, y quedar mas inmoble que lo está la roca contra las olas mas furiosas; pero cuando menos lo esperaba, me atacas de una manera irresistible; me recuerdas pasages de mi cristiana juventud; y me presentas memorias muy vivas, que con la mayor evidencia me obligan á confesar, que no solamente ecsiste un Dios, sino un Dios infinitamente misericordioso, que como pastor me busca, y me solicita, y como padre me llama, me perdona y me recibe. No hay duda: desde este instante vuelvo á ser todo suyo. Si me sufrió cuando le negaba, ¿qué temo cuando lo confieso?

¡O momento principio de mi felicidad!
¡O momento escrito con mis lágrimas:
tú vas á formar la época mas célebre
de mi vida!

Clem. Dame aca esos brazos, Severo: descansa sobre este pecho, donde si lo abres lerás su satisfaccion y alborozo; mas advierte, que no es mia la victoria. No, no digas que te he vencido; he sido únicamente el débil instrumento de que usó Dios; y así el triunfo es de su brazo y de su gracia.

Sever. Triunfó: y me prometo que para siempre. En prueba de ello toma, para no verlos mas, esos libros inicuos, inseparables cempañeros míos, causa de mi apostasia y de mi ceguedad. ¡Ah, cuan prudente era mi amable padre, (ojalá todos observáran igual conducta con sus hijos) en no permitirme, que leyese obra alguna, que de antemano no fuese por él cuidadosamente ecsaminada! Pero en aquellos dias de tu ausencia (bien presentes están en mi memoria) dos amigos; hago mal en darles este nombre, dos jóvenes debo decir perversos y demasiado libertinos, con pretesto de mi ilustracion, pusieron en mis manos esas dos obritas de su maldita filosofia, adornadas

con dibujos é imágenes obscenas, que me fueron llevando como por grados, primero al placer de los sentidos hasta la total corrupcion de la voluntad; y despues por las sospechas y las dudas hasta los mas groseros errores del entendimiento.

Clem. Ahora, Severo mio, conocerás la verdad de aquellos racionios, con que intenté manifestarte, que los ateos lo son mas bien de voluntad que de entendimiento. Desean desáhogar sus pasiones: y mirando que hay un Dios que lo prohíbe, se empeñan y procuran quitar este Dios, que tanto les estorba, y les acíbara sus deleites. De suerte, que aquel *no hay Dios*, equivale en un verdadero analisis á un *no querria que tal Dios hubiese*.

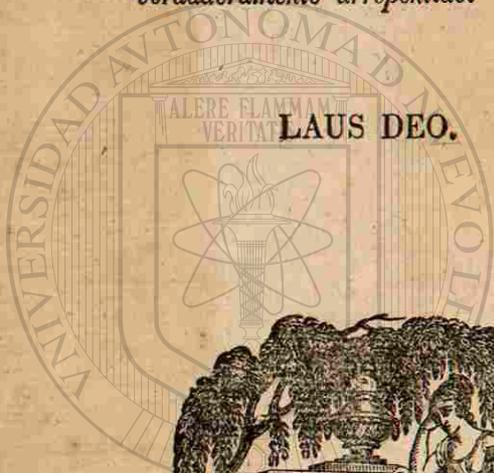
Sever. Muy presentes tengo esas y cuantas reflexiones me hiciste, y con las que al fin has conseguido (permítame hablar como quien ya soy por la divina misericordia; y no como quien antes era por mi desgracia) has logrado digo, convencerme y sacárme de mi ceguedad. Agradecido pienso darte el mejor testimonio de mi persuacion. Voy á trasladar al papel tus discursos, y los haré volar por el mundo, á fin de

que produzcan en otros infelices el fruto que produgeron en mí.

Clem. El Señor suele valerse de medios muy despreciables en lo humano, para llevar al cabo sus soberanos designios, brillando en esto mismo su poder y sabiduría. A nuestra vez trabajémos y cooperémos todos, los unos plantando, y los otros regando; que llegando el tiempo oportuno, Dios dará el incremento.

Sever. Conforme con estas ideas insisto en mi proyecto, y desde luego he de ponerlo por obra. No tendré embarazo en describir los descarríos de mi vida, para que con mi caída eviten otros jóvenes la suya. Estenderé con cuanto órden y claridad pueda tus conversaciones y sábios discursos. Sin temor ni vergüenza remitiré estos escritos á mis desgraciados compañeros, desafiando aun á los corifeos del ateísmo, pues conozco que ellos no se rinden á la razon; porque no quieren que la luz hiera sus ojos. Esto será un tributo debido; á Dios, deseándo con él presentarle alguna recompensa por tantos favores y beneficios que me ha hecho. Sí, amado Clemente: voy á ser un pregonero de la misericordia de un Dios, cuya ec-

sistencia negué infiel y temerario: y si en otro tiempo todos han visto en mí un cristiano apostata; desde hoy verán (gloria y honor eterno al rey de los siglos) *un ateo verdaderamente arrepentido.*



UNIV

TÓNOMA DE NUEVO LEÓN

D

NERAL DE BIBLIOTECAS



